

LIBRO IV: LAS ESCRITURAS ANUNCIAN A UN SOLO DIOS Y PADRE

Prólogo

[973] *Pr.* 1. Mi querido hermano, te envió el cuarto libro de la obra que te prometí, acerca de la *Exposición y refutación de la falsa gnosis*. Por medio de las palabras del Señor hemos confirmado lo que anteriormente hemos dicho, a fin de que también tú, como pediste, recibas de nuestra cosecha todos los argumentos para confundir a los herejes; y para que, una vez refutados, ya no les permitas volver a caer en el abismo [\(296\)](#) del error ni ahogarse en el mar de la ignorancia; sino que, volviéndose al puerto de la verdad, puedan lograr su salvación.

Pr. 2. Si alguien desea convertirlos, conviene que con toda diligencia se informe de sus argumentos: pues ningún médico es capaz de curar a un enfermo si antes no conoce el mal que padece. Quienes nos precedieron, aun cuando eran mejores que nosotros, no pudieron refutar de modo suficiente a los valentinianos, porque ignoraban sus enseñanzas, que nosotros hemos expuesto con esmero en el primer libro, en el cual también mostramos cómo su doctrina recapitula todas las herejías. Por igual motivo en el segundo libro los tomamos como el blanco de toda nuestra refutación: [974] quien los rebata de modo correcto, también derrocará a todos los que proponen un falso conocimiento. Echándolos por tierra a ellos, al mismo tiempo derrumbará toda herejía.

Pr. 3. Su doctrina es más blasfema que cualquier otra, como hemos demostrado, porque afirman que el único Dios, Creador y Demiurgo, proviene del desecho. También blasfeman contra nuestro Señor, al dividir y separar a Jesús de Cristo, a Cristo del Salvador, al Salvador del Verbo y al Verbo del Unigénito. Y así como dicen que el Demiurgo es fruto del desecho, así también enseñan que Cristo y el Espíritu Santo fueron emitidos a causa de la penuria, y que el Salvador es producto de los Eones emitidos por la penuria. Como se ve, nada hay en ellos sino blasfemia. En el libro anterior demostré, contra todos ellos, la doctrina de los Apóstoles; pues «los que desde el principio fueron testigos y llegaron a ser servidores de la Palabra» (Lc 1,2) de la Verdad, no sólo jamás pensaron de esta manera, sino que nos enseñaron a huir de tales argucias, pues con ayuda del Espíritu supieron de antemano que habría quienes sedujeran a los más simples.

[975] *Pr.* 4. Como la serpiente sedujo a Eva, prometiéndole lo que ni siquiera ella tenía (Gén 3,4-5), así éstos (los gnósticos) pretendiendo tener un mayor conocimiento de los misterios inefables, y prometiéndole la comprensión que dicen hallarse en el Pléroma, arrastran a los fieles a la muerte; los hacen apóstatas de aquel que los creó. En aquel primer momento el ángel apóstata, provocando por la serpiente la desobediencia de los hombres, pensó que el asunto quedaría oculto al Señor: por eso Dios le dio la forma y nombre que tiene. Mas ahora, en estos últimos tiempos, el mal se extiende entre los hombres, no sólo haciéndolos apóstatas; sino que, mediante muchas invenciones, los ha hecho blasfemar contra el Creador; quiero decir, por medio de todos los herejes de los que he hablado. Pues todos ellos, aunque provienen de diversas partes y enseñan doctrinas diversas, sin embargo concuerdan en el mismo fin blasfemo, hiriendo letalmente, enseñando a blasfemar contra el Dios que nos ha creado y nos sustenta, y destruyendo nuestra salvación. El hombre está compuesto de alma y carne, la cual fue

formada a semejanza de Dios (297) y plasmada por sus manos (298), eso es, por el Hijo y el Espíritu, a los cuales dijo: «Hagamos al hombre» (Gén 1,26). La intención de aquel que atenta contra nuestra vida es hacer de los hombres unos incrédulos y blasfemos contra su Creador. Todas las proclamas de los herejes en último término se reducen a blasfemar contra el Demiurgo y a destruir la salvación de la carne, creatura de Dios, por la cual, como hemos demostrado, el Hijo de Dios de muchas maneras llevó a cabo la Economía. También hemos probado por las Escrituras que a ningún otro se le llama Dios, excepto al Padre universal, al Hijo y a aquellos que han recibido la filiación adoptiva.

1. Unidad de los dos Testamentos

1.1. Un solo Dios, Creador y Padre

1.1.1. Según las palabras de Jesús

1,1. Queda, pues, firme sin discusión, que el Espíritu, hablando en propia persona, no ha llamado Dios y Señor a nadie más sino al Dios Soberano de todas las cosas, con su Verbo; así también aquellos que reciben el Espíritu de adopción, es decir, quienes creen en el único Dios verdadero y en Jesucristo Hijo de Dios. De modo semejante, el Apóstol no llama Dios y Señor a otros fuera de éstos; y lo mismo nuestro Señor, el cual nos mandó no proclamar Padre a ningún otro sino al que está en los cielos, al único Dios y Padre. [976] No es como los engañadores sofistas enseñan, que por naturaleza es Dios y Padre aquel que ellos han inventado; mientras que el Demiurgo no sería ni Dios ni Padre por naturaleza, sino que así se le denominaría con lenguaje figurado porque domina la creación. De este modo hablan los logistas depravados que fabrican ilusiones sobre Dios, descuidando la doctrina de Cristo, poniéndose a hacer sus propias cábalas acerca de la Economía de Dios. Pues ellos pretenden tener a sus Eones por Dioses, Padres y Señores, así como a los Cielos, junto con la Madre que han inventado, a la cual también llaman Tierra y Jerusalén, y pretenden aplicarle mil nombres.

1,2. ¿Quién puede dudar de que, si el Señor hubiese conocido muchos padres y dioses, no habría enseñado a sus discípulos a reconocer a un solo Dios, y sólo a él llamar Padre? Más bien él distinguió entre los que son llamados dioses en lenguaje figurado, del único Dios verdadero, a fin de que no yerren en su doctrina ni confundan una cosa con otra. En cambio, si además de anunciarnos a un solo Dios al que debemos llamar Padre, también hubiese confesado como Dios y Padre en el mismo sentido a algún otro, parecería que delante de los discípulos enseñaba una doctrina, y aparte él obraba de manera diversa. Entonces no habría sido un maestro bueno, sino falsario y perverso. Los Apóstoles, por su parte, habrían violado el mandamiento fundamental cuando confesaron Dios, Señor y Padre al Demiurgo, como hemos probado, si éste no fuese el único Dios y Padre. Y el Maestro habría sido culpable de su pecado, pues les mandó llamar Padre sólo a uno, y les impuso la obligación de confesar al Creador su Padre, como arriba explicamos.

1.1.2. Según las palabras de Moisés

2,1. Moisés, resumiendo toda la Ley que había recibido del Demiurgo en el Deuteronomio, dice: «Prestad oídos, cielos, que hablaré, y escucha, tierra, la palabra de mi boca» (Dt 32,1). David, a su vez, confesando que del Señor le viene el auxilio, canta:

«El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra» (Sal 121[120],2). Isaías confiesa que la palabra le viene del que hizo el cielo y la tierra, y domina sobre ellos: «Escucha, cielo, y presta oídos, [977] tierra, porque el Señor ha hablado» (Is 1,2), y añade: «Así dice el Señor Dios, el que hizo el cielo y le dio firmeza, el que fundó la tierra y todo cuanto hay en ella, y que da respiración al pueblo que en ella habita y el Espíritu a quienes sobre ella caminan» (Is 42,5).

1.1.3. Los Evangelios confirman las palabras de Moisés

2,2. También nuestro Señor Jesucristo confesó quién es su propio Padre, cuando dijo: «Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra» (Mt 11,25). ¿A quién quieren oírnos llamar Padre aquellos erráticos sofistas de Pandora? ¿Acaso al Abismo que ellos han imaginado? ¿O a la Madre? ¿O al Unigénito? ¿O al Dios que diseñaron Marción y los suyos, el cual con muchos argumentos hemos probado que no es Dios? ¿O más bien, como la verdad enseña, a aquél a quien los profetas anunciaron, al Hacedor del cielo y de la tierra, a quien Cristo confesó su Padre, al que la ley proclamó diciendo: «Escucha, Israel, el Señor tu Dios es uno solo» (Dt 6,4)?

2,3. Que las enseñanzas de Moisés sean palabras de Cristo, éste mismo lo dijo a los judíos, como Juan lo recuerda: «Si creyeráis a Moisés, también me creeréis a mí, pues él escribió sobre mí. Mas si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis en mis palabras?» (Jn 5,46-47), indicando que sin duda alguna, las palabras de Moisés son también suyas. En tal caso, las palabras de Moisés y de los demás profetas son de Cristo, como ya probamos. Además, el Señor mismo señaló cómo Abraham respondió al rico acerca de los hombres que entonces vivían: «Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco le creerán si uno de los muertos resucita para hablarles» (Lc 16,31).

2,4. La parábola del pobre y el rico no es un simple mito; sino que, ante todo, es una enseñanza acerca de que nadie debe dedicarse a los placeres, ni servir a las comodidades del mundo, ni entregarse a las orgías, olvidando a Dios. Pues dice: «Había un rico que vestía de púrpura y lino, y cada día gozaba de espléndidos banquetes» (Lc 16,19). Acerca de este tipo de personas, el Espíritu Santo dijo por Isaías: «Beben vino a la música de las cítaras, los panderos, las liras y las flautas, pero ni miran las obras de Dios, ni contemplan las obras de sus manos» (Is 5,12). A fin de que no caigamos en la misma amenaza, el Señor nos ha mostrado en qué acaban. Pero asimismo da a entender que quienes escuchan a Moisés y a los profetas, creen en aquél [978] a quien ellos anunciaron, el Hijo de Dios que resucitó de entre los muertos y nos da la vida, y enseña que todas las cosas provienen del mismo ser: Abraham, Moisés, los profetas, el mismo Cristo que resucitó de entre los muertos, en el cual creen también muchos que, viniendo de la circuncisión, han escuchado a Moisés y a los profetas cuando predicaban la venida del Hijo de Dios. En cambio quienes los desprecian y dicen que ellos provienen de otra substancia, no reconocen al «primogénito de entre los muertos» (Col 1,18), imaginando por separado al Cristo que permanecería impassible, y al Jesús que ha sufrido.

2,5. Estos no acogen del Padre el conocimiento del Hijo, ni aprenden del Hijo acerca del Padre, aunque éste abiertamente y sin parábolas enseña acerca del Dios verdadero: «No juréis ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el escabel de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey» (Mt 5,34-35). Claramente lo afirma del Demiurgo, como consta por las palabras de Isaías: «El cielo es mi trono y la tierra el escabel de mis pies» (Is 66,1). Fuera de éste no hay otro Dios; de otro modo

el Señor no lo llamaría ni Dios ni el gran Rey, pues tal denominación no admite ni comparación ni grados; ya que a quien tiene sobre sí a otro superior o se halla bajo el poder de otro, no se le puede llamar ni Dios ni gran Rey.

2,6. No pueden afirmar que lo anterior se dijo irónicamente, pues las palabras mismas les probarían que se han dicho en sentido verdadero. Porque quien las dijo era la Verdad, y en verdad reclamó su casa cuando echó de ella a los cambistas y compradores, diciéndoles: «Está escrito: *Mi casa se llamará casa de oración, y vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones*» (Mt 21,13; Mc 11,17). ¿Qué razón podía tener para hacer y decir lo anterior, y para reclamar su casa, si predicaba a otro Dios? Mas lo hizo a fin de demostrar que ellos habían violado la ley de su Padre. El no condenó la casa ni desautorizó la Ley que había venido a cumplir (Mt 5,17), sino que reprendió a aquellos que abusaban de la casa y transgredían la Ley.

Por eso los escribas y fariseos, que habían empezado a despreciar a Dios desde el tiempo de la Ley, no recibieron a su Palabra, es decir, [979] no creyeron en Cristo. De ellos dice Isaías: «Tus jefes son rebeldes y cómplices de ladrones, ansían regalos, buscan la ganancia, no hacen justicia al huérfano ni hacen caso al pleito de la viuda» (Is 1,23). Jeremías escribe otro tanto: «Los guías de mi pueblo no me conocen. Son hijos insensatos e imprudentes; sabios para lo malo, no conocieron el bien» (Jer 4,22).

2,7. En cambio, cuantos temían a Dios y se preocupaban por su Ley se acercaron a Cristo y se salvaron, como él mismo dijo a sus discípulos: «Id a las ovejas perdidas de Israel» (Mt 10,6). Cuando el Señor permaneció por dos días con los samaritanos «muchos de ellos creyeron por sus palabras y decían a la mujer: *Ya no creemos por lo que nos has dicho: nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es en verdad el Salvador del mundo*» (Jn 4,41-42). Y Pablo dice: «Así se salvará todo Israel» (Rom 11,26). También llamó a la Ley nuestro pedagogo hasta la venida de Jesucristo (Gál 3,24). ¡Que no se culpe a la Ley por la incredulidad de algunos! Pues la Ley a nadie prohibió creer en el Hijo de Dios. Por el contrario, los exhortó diciendo que los seres humanos no pueden salvarse de la antigua mordida de la serpiente (Núm 21,8) si no creen en aquel que, en la semejanza de la carne del pecado (Rom 8,3), levantado de la tierra sobre el madero del martirio, atrajo todo a sí (Jn 12,32) y da la vida a los muertos.

1.1.4. Mala interpretación de los sectarios

3,1. Sin embargo, esos malvados dicen: «Si el cielo [980] es el trono de Dios y la tierra su escabel, y si él ha dicho que los cielos y la tierra pasarán (Lc 21,33), entonces, cuando éstos perezcan, por fuerza perecerá el Dios que sobre ellos se sienta. Por tanto no es el Dios sobre todas las cosas». En primer lugar, no saben lo que *trono* y *escabel* significan; ni saben lo que Dios es, sino que lo imaginan como un hombre sentado y limitado por ellos, no como el que todo lo contiene. También ignoran el significado de *cielo* y *tierra*. Pablo, en cambio, lo sabía: «Pasa la apariencia de este mundo» (1 Cor 7,31). David resuelve su problema: «Al principio fundaste la tierra, Señor. El cielo y la tierra son obra de tus manos. Ellos pasarán, pero tú permaneces. Todos envejecen como su ropa, los cambiarás como un vestido, porque cambiarán. En cambio tú eres el mismo y tus años no transcurrirán. Los hijos de tus siervos tendrán donde habitar, y su linaje será por siempre firme» (Sal 102[101],26-29). De este modo mostró claramente qué es lo que perecerá y quién dura para siempre: Dios con sus siervos. Lo mismo Isaías: «Levantad los ojos al cielo y mirad abajo la tierra; porque el cielo se disipará como el

humo y la tierra se usará como un vestido. Sus habitantes morirán como ellos, pero mi salvación durará eternamente y mi justicia no se extinguirá» (Is 51,6).

[981] 4,1. Más aún, acerca de Jerusalén y de la casa (299), se atreven a decir que, si fuera la ciudad del gran Rey (Mt 5,35), no habría quedado desierta. Es como si alguno argumentase que, si la paja fuese creatura de Dios, jamás se le arrancarían los granos; y si los sarmientos de la vid hubiesen sido hechos por Dios, no se quedarían privados de los racimos. Mas, como estas plantas no fueron creadas por sí mismas, sino para que en ellas crecieran los frutos, por eso, una vez maduro y arrancado su producto, se les deja y arranca, pues ya no sirven para dar fruto. Algo semejante pasó a Jerusalén: llevaba en sí el yugo de la servidumbre a la cual el hombre había estado sometido; y pues bajo el reino de la muerte no estaba sujeto a Dios (Rom 5,14), fue sometido para hacerlo capaz de quedar libre. Vino entonces el fruto de la libertad que creció, fue cortado y almacenado en el depósito: fueron desenraizados (de Jerusalén) aquellos que pueden dar fruto, para distribuirlos en el mundo. Así dice Isaías: «Los hijos de Jacob germinarán e Israel florecerá, y toda la tierra se llenará de sus frutos» (Is 27,6). Una vez diseminado su fruto por la tierra, justamente fue segada y abandonada la ciudad que en otro tiempo había producido un buen fruto -pues de ella brotaron Cristo según la carne (Rom 9,5) y los Apóstoles-, pero ahora ya no es útil [982] para producir fruto. Cualquier cosa que tenga un inicio temporal, también debe tener un final en el tiempo.

4,2. La Ley comenzó con Moisés y concluyó con Juan. Cristo vino a llevarla a cumplimiento, por eso «la Ley y los profetas hasta Juan» (Lc 16,16). Así también Jerusalén: comenzó en la época de David, y habiendo cumplido el tiempo de su Ley, debía acabarse una vez manifestado el Nuevo Testamento; pues Dios hizo todas las cosas con orden y medida, y ante él nada hay sin proporción ni orden (Sab 11,20). Bien lo expresó quien dijo que el Padre, incontenible en sí mismo, ha sido contenido en su Hijo: pues la medida del Padre es su Hijo que lo contiene. Y como ese plan de salvación era temporal, Isaías dijo: «La Hija de Sion ha quedado abandonada como el cobertizo en una viña y como la cabaña en un pepinar» (Is 1,8). ¿Cuándo quedarían desiertas? ¿No sería cuando le cortaron los frutos y quedaron sólo las hojas, que ya no pueden fructificar?

4,3. ¿Y para qué hablar más de Jerusalén, cuando deberá pasar toda la apariencia de este mundo, una vez que se almacene el fruto en el granero y se eche al fuego la paja? «El día del Señor es como un horno ardiente, y los pecadores serán como paja que arderá el día que está por venir» (Mal 3,19). ¿Y quién es el Señor que ha de venir en ese día? Lo dice Juan el Bautista hablando de Jesucristo: «El os bautizará en el Espíritu Santo y fuego. Tiene el biello en su mano para limpiar su era, juntará el fruto en el granero y quemará la paja en fuego inextinguible» (Mt 3,11-12). [983] No es, pues, uno el que crea el trigo y otro la paja, sino uno solo y el mismo. Es él quien los separa, o sea los juzga. Mas el trigo, la paja, los minerales y los animales fueron hechos como son por naturaleza. El hombre fue creado racional, y por ello semejante a Dios, libre en sus decisiones y con un fin en sí mismo; y si alguna vez se convierte en paja y otra en trigo, es por su propia responsabilidad. Por eso se le condena justamente, porque, habiendo sido creado racional, pierde por su culpa la razón, al vivir de modo irracional, opuesto a la justicia de Dios, entregándose a cualquier impulso terreno y sirviendo a todos los placeres, como dice el profeta: «El hombre, cuando recibe honra, pierde el entendimiento, se asemeja a las bestias irracionales» (Sal 49[48],21).

1.1.5. El mismo Dios de los profetas

5,1. Dios es, pues, único y el mismo que enrolla el cielo como un libro (Is 34,4) y renueva la faz de la tierra (Sal 104[103],30): que hizo las cosas temporales para el hombre, a fin de que madurando en ellas diese frutos de inmortalidad; él, por su bondad, produjo las cosas eternas, «para mostrar a los siglos futuros las inenarrables riquezas de su benignidad» (Ef 2,7); que fue anunciado por la Ley y los profetas, y al que Cristo confesó su Padre. Es el mismo Creador, el mismo Dios que está sobre todas las cosas, como dice Isaías: «Yo soy testigo, dice el Señor, y mi siervo al que elegí, para que sepáis, creáis y entendáis que soy yo. Antes de mí no hubo otro Dios, y después de mí no lo habrá. Yo soy Dios y no hay otro salvador fuera de mí. [984] Lo anuncié, y realicé la salvación» (Is 43,10-12). Y también: «Yo, Dios, soy el primero, y soy el mismo entre los últimos» (Is 41,4). Y no lo dice ni en metáfora ni en otro sentido ni por vanagloria: sino porque era imposible conocer a Dios sin Dios; pues Dios nos enseña a conocerlo por su Verbo. Así pues, a quienes no saben esto, y por ello creen haber descubierto a otro Padre, justamente se les podría decir: «Erráis, pues no conocéis las Escrituras ni el poder de Dios» (Mt 22,29).

1.1.6. El mismo Dios de Abraham y de Moisés

5,2. Nuestro Señor y Maestro respondiendo a los saduceos que niegan la resurrección y por eso deshonran a Dios y falsifican la Ley, al mismo tiempo les reveló la resurrección y les manifestó a Dios, diciéndoles: «Erráis porque no conocéis las Escrituras ni el poder de Dios. A propósito de la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que dijo Dios: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?» Y añadió: «No es Dios de muertos sino de vivos» (Mt 22,29-32): en efecto, todos viven por él. Mediante esto les hizo manifiesto que aquel que había hablado a Moisés desde la zarza, y se había revelado el Dios de los padres, él mismo es el Dios de los vivientes. ¿Y quién puede ser Dios de los que viven, sino aquel que es Dios sobre el cual no hay ningún otro Dios? A éste anunció Daniel a Ciro, rey de los persas, cuando diciéndole el rey: «¿Por qué no adoras a Bel?» (Dan 14,3), Daniel le dijo: «Porque no adoro ídolos hechos por mano de hombre, sino al Dios vivo que hizo el cielo y la tierra y tiene el poder sobre toda carne» (Dan 14,4). Y añadió: «Adoraré a mi Señor y Dios, porque es un Dios viviente» (Dan 14,24).

Luego el mismo Dios viviente que adoraron los profetas, es el Dios de los vivientes, y es su mismo Verbo el que habló a Moisés, que reprendió a los saduceos y que dio la resurrección: éste es aquel que a aquellos engeguedidos reveló al mismo tiempo [985] la resurrección y Dios. Porque si no es Dios de muertos sino de vivos, entonces se dice que es también el Dios de los padres que durmieron, y no perecieron sino que sin duda viven en Dios, siendo hijos de la resurrección. Pues el mismo Señor nuestro es la resurrección, según nos dijo: «Yo soy la resurrección y la vida» (Jn 11,25). Y los patriarcas son sus hijos, pues el profeta ha dicho: «En lugar de tus padres, son tus hijos» (Sal 45[44],17) [\(300\)](#). Luego el mismo Cristo es, con el Padre, Dios de los vivientes, el que habló a Moisés, el que se manifestó a los padres.

5,3. Lo mismo enseñaba a los judíos: «Vuestro padre deseó ver mi día, lo vio y se alegró» (Jn 8,56). ¿Qué significa esto? «Abraham creyó a Dios y se le reputó como justicia» (Rom 4,3; Gál 3,6). En primer lugar, porque éste es el único Dios, Creador del cielo y de la tierra (Gén 14,22); en seguida, porque multiplicaría su descendencia como

las estrellas del cielo (Gén 15,5). Pablo lo expresa diciendo: «Como antorchas en el mundo» (Fil 2,15). Por eso, dejando toda parentela terrena, siguió al Verbo de Dios, peregrinando al lado del Verbo para habitar con él (Gén 22,1-5).

5,4. Justamente, pues, los Apóstoles, descendencia de Abraham, dejando la barca y a su padre, siguieron al Verbo de Dios. Y justamente también nosotros, acogiendo la misma fe que tuvo Abraham, y portando la cruz [986] como Isaac la leña, lo hemos seguido. Pues en Abraham el hombre había aprendido y se había acostumbrado a seguir al Verbo de Dios (301). Abraham había seguido según su fe el precepto del Verbo de Dios, con ánimo dispuesto a entregar a su hijo el amado en sacrificio a Dios; para que así Dios se complaciese en entregar en favor de toda su descendencia, para ser sacrificio de redención, a su Hijo Unigénito y amado.

5,5. Y, como Abraham era profeta y con el Espíritu veía el día de la venida del Señor y la Economía de la pasión, por el cual él mismo como creyente y todos los demás que como él creyeron serían salvos, se alegró con grande gozo. El Dios de Abraham no era el «Dios desconocido» cuyo día él deseaba ver; así como tampoco lo era el Padre del Señor, pues él había conocido a Dios mediante la Palabra, creyó en él, y por eso el Señor se lo reputó como justicia (Gén 15,6). Porque la fe en Dios justifica al hombre. Por eso decía: levanto mi mano al Dios Altísimo que hizo el cielo y la tierra» (Gén 14,22). Quienes sostienen falsas doctrinas tratan de echar por tierra estas verdades, argumentando con alguna frase suelta malinterpretada.

1.2. El Hijo revela al único Padre

6,1. El Señor, enseñando a los discípulos acerca de quién es él mismo como Verbo que nos transmite el conocimiento del Padre (302), condena a los judíos que pensaban tener a Dios, mientras despreciaban a su Verbo: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien su Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11,27; Lc 10,22). Mateo, Marcos y Lucas enseñaron lo mismo. Juan, en cambio, dejó de lado esta sentencia. [987] Por el contrario, esos que se sienten más expertos que los Apóstoles, así retuercen la frase: «Nadie conoció al Padre sino el Hijo, ni al Hijo sino el Padre y aquel a quien el Hijo se lo haya querido revelar», y la interpretan diciendo que nadie conoció al Dios verdadero antes de la venida de nuestro Señor, y por tanto el Dios anunciado por los profetas no sería el Padre de Cristo.

6,2. Mas si Cristo hubiese comenzado a existir cuando se hizo hombre y realizó su venida, y el Padre se hubiese acordado de proveer al bien de los hombres a partir del tiempo de Tiberio César, entonces habría mostrado que su Verbo no estuvo siempre junto con la creación; pero en tal caso no habría motivo por qué era necesario que desde aquel momento anunciase un nuevo Dios, sino habría que buscar más bien las causas de un tal descuido y negligencia. Mas ni aun así el problema sería tal y tan grave que nos obligara a cambiar de Dios y que vaciara nuestra fe en el Creador que nos alimenta mediante su creación. Sino que, así como dirigimos al Hijo nuestra fe, así hemos de mantener firme e inamovible nuestro amor al Padre. Esto es lo que bien dijo Justino en su libro contra Marción: «Yo no le habría creído al Señor si me hubiese anunciado a otro Dios distinto de nuestro Creador, hacedor y sustentador. Mas, puesto que del único Dios que hizo este mundo y nos creó, y que contiene y administra todas las cosas, vino a nosotros el Hijo Unigénito para recapitular en sí toda la creación, permanece firme mi fe en él, e inamovible mi amor por el Padre, pues ambas cosas son don de Dios». (303)

6,3. Pero nadie puede conocer al Padre si no se lo revela el Verbo de Dios, esto es el Hijo; ni al Hijo, sin el beneplácito del Padre. Porque el Hijo realiza el beneplácito del Padre: ya que el Padre envía, [988] el Hijo es enviado y viene. Y al Padre, que para nosotros es invisible e indeterminable, lo conoce su mismo Verbo; y siendo aquél inenarrable, éste nos lo da a conocer. De modo semejante, sólo el Padre conoce a su Verbo: así nos reveló el Señor que son estas cosas. Y por eso el Hijo, al manifestarse a sí mismo, revela el conocimiento del Padre. Y el conocimiento del Padre es la misma manifestación del Hijo: pues todas las cosas se nos manifiestan mediante el Verbo. Y para que conociésemos que el Hijo que ha venido es el mismo que da el conocimiento del Padre a quienes creen en él, decía a sus discípulos: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien su Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11,27; Lc 10,22); enseñándonos a sí mismo y al Padre, así como es, de modo que no recibamos como Padre sino a aquel que el Hijo revela.

6,4. Este es el Creador del cielo y de la tierra (Mt 11,25; Lc 10,21), como lo prueban sus palabras. No es aquel a quien Marción, Valentín, Basílides, Carpócrates, Simón u otros mal llamados Gnósticos inventan como un falso Padre. Porque ninguno de ellos era el Hijo de Dios, como lo era sólo nuestro Señor Jesucristo, contra el cual enseñan su opuesta doctrina cuando se atreven a proclamar un «Dios desconocido». Ellos deberían preguntarse a sí mismos: ¿Cómo puede ser desconocido un Dios a quien ellos conocen? Pues si al menos unos cuantos conocen una cosa, ya no es desconocida. El Señor nunca dijo que el Padre y el Hijo sean del todo desconocidos; pues si así fuese, su venida no tendría sentido. ¿Para qué habría venido? ¿Acaso para decirnos: «No busquéis a Dios, pues como es desconocido no lo encontraréis»? Eso es lo que falsamente andan los valentinianos pregonando, que el Cristo habría dicho a los Eones. Eso es sin duda un engaño. Pues el Señor enseñó que nadie puede conocer a Dios si éste no se lo enseña, es decir, que sin Dios [989] no es posible conocer a Dios; pero la voluntad del Padre es que lo conozcamos. Y lo conocen aquellos a quienes el Hijo se lo revele.

6,5. A este Hijo el Padre ha revelado para manifestarse a sí mismo por él, y para recibir en el eterno refrigerio a los justos que creen en él (pues creer en él significa hacer su voluntad); mas a aquellos que no creen y por eso huyen de la luz, justamente los recluirá en las tinieblas que ellos mismos han elegido para sí. Así pues, el Padre se ha revelado para todos, y para todos ha hecho visible a su Verbo: y al mismo tiempo el Verbo ha mostrado a todos al Padre y al Hijo, cuando se dejó ver de todos, y así es justo el juicio de Dios sobre todos los que igualmente lo han visto pero no han creído igualmente.

6,6. En efecto, el Verbo revela a Dios Creador por medio de la misma creación, al Hacedor del mundo por medio del mundo, al artista Plasmador por medio de los seres plasmados, y por medio del Hijo al Padre que engendró al Hijo. Todos ellos hablan de modo parecido, pero no tienen la misma fe. Así también por medio de los profetas el Verbo se predicó a sí mismo y al Padre. También en este caso todos oyeron lo mismo, pero no todos creyeron igualmente. Y, finalmente, el Padre se manifestó en su Verbo hecho visible y palpable: todos vieron al Padre en el Hijo, aunque no todos creyeron en él. Pues lo invisible del Hijo es el Padre, y lo visible del Padre es el Hijo. Por eso, mientras él estuvo presente, todos lo reconocían como Cristo y lo llamaban Dios. El diablo tentador proclamó al verlo: «Sabemos quién eres, el Santo de Dios» (Mc 1,24; Lc 4,34). Y el diablo tentador le dijo: «Si tú eres el Hijo de Dios» (Mt 4,3; Lc 4,3). Aunque todos veían y nombraban al Hijo y al Padre, sin embargo no todos creían en él. (304)

6,7. Era preciso que todos dieran testimonio de la verdad, para la salvación de los creyentes y condenación [990] de los incrédulos, pues el juicio ha de ser justo para todos, todos han de tener acceso a la fe en el Padre y el Hijo; o sea, todos pueden corroborar el testimonio al recibirlo de todos: los amigos lo recibirán de quienes les son cercanos, y los extraños, de sus enemigos. Pues la prueba verdadera e irrefutable es la que proviene de los signos ofrecidos por los mismos adversarios; ya que éstos, al ver con sus propios ojos lo que ante ellos sucede, dan testimonio de los signos, aunque en seguida tomen una actitud hostil, se vuelvan acusadores y pretendan que no es válido su propio testimonio.

En efecto, no eran distintos el que por una parte se daba a conocer y por otra decía: «Nadie conoce al Padre», sino uno y el mismo. Todas las cosas le han sido sometidas por el Padre (1 Cor 15,27), y todos dieron testimonio de que es Dios verdadero y hombre verdadero: el Padre, el Espíritu, los ángeles, la creación, los seres humanos, y finalmente la muerte misma (1 Cor 15,25-26). Pues el Hijo, en servicio del Padre, lleva todas las cosas a su perfección, a partir de la creación hasta el final, y sin él nadie es capaz de conocer a Dios. Pues el Hijo es el conocimiento del Padre y el Padre es quien revela el conocimiento del Hijo, y lo hace por medio del Hijo mismo (305). Por eso el Señor decía: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien su Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11,27; Lc 10,22). «Se lo quiera revelar» (306). No sólo se refiere al tiempo futuro, como si el Verbo hubiese comenzado a revelar al Padre únicamente cuando nació de María, sino que, en general, se refiere a todo el tiempo. Desde el principio el Hijo da asistencia a su propia creatura, revelando a todos al Padre, según el Padre quiere, cuando quiere y como quiere. Por ello en todo y por todo uno solo es el Padre, uno el Verbo y uno el Espíritu, así como la salvación es una sola para todos los que creen en él.

1.2.1. Es el mismo Dios de Abraham

7,1. Abraham, por consiguiente, por medio del Hijo también conoció al Padre, [991] al Demiurgo del cielo y de la tierra: éste fue a quien confesó Dios. Y aprendió sobre la venida del Hijo de Dios entre los seres humanos, por la cual su posteridad sería como las estrellas del cielo. El deseó ver este día a fin de poder él también abrazar a Cristo; y se alegró, al verlo en forma profética por el Espíritu (Jn 8,56). Por eso Simeón, uno de sus descendientes, completaba la alegría del patriarca cuando dijo: «Ahora dejas a tu siervo ir en paz, Señor, porque mis ojos han visto tu Salvación que preparaste ante todos los pueblos, Luz para la revelación a las naciones y gloria de tu pueblo Israel» (Lc 2,29-32). Y los ángeles anunciaron un grande gozo a los pastores que velaban en la noche (Lc 7,10). E Isabel exclamó: «Proclama mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador» (Lc 2,47). (307) De este modo el gozo de Abraham descendió a los de su linaje que velaban, vieron a Cristo y creyeron en él. Pero también a la inversa, el gozo de sus hijos se remontó hasta Abraham, que había deseado ver el día de la venida de Cristo. El Señor dio testimonio de ello: «Abraham, vuestro padre, deseó ver mi día, lo vio y se alegró» (Jn 8,56).

7,2. No lo dijo tanto por Abraham, cuanto para mostrar que todos los que desde el principio conocieron a Dios y profetizaron sobre la venida de Cristo, del mismo Hijo recibieron la revelación, el cual en los últimos tiempos se hizo visible y palpable, y vivió en medio de la raza humana (308). De este modo suscitó de las piedras hijos de Abraham y cumplió la promesa que Dios le había hecho, de multiplicar su linaje como

las estrellas del cielo, según predicó Juan Bautista: «Poderoso es Dios para hacer de esas piedras hijos de Abraham» (Mt 3,9; Lc 3,8). Esto es lo que Jesús hizo cuando nos arrancó del culto que rendíamos a las piedras, [992] sacándonos de una dura e inútil parentela, al crear en nosotros una fe semejante a la de Abraham. De esto da testimonio Pablo cuando dice que nosotros somos hijos de Abraham por la semejanza de la fe y la promesa de la herencia (Rom 4,12-13).

7,3. Uno y el mismo es el Dios que llamó a Abraham y le dio la promesa. Es el Creador que por medio de Cristo prepara la ley para el mundo, que son aquellos de entre los gentiles que creen en él. Dice: «Vosotros sois la sal del mundo» (Mt 5,14), esto es, como las estrellas del cielo. Así pues, éste es de quien hemos afirmado que no es por nadie conocido, sino por el Hijo y por aquéllos a quienes el Hijo se lo revelare. Y el Hijo revela al Padre a todos aquellos de quienes quiere ser conocido; y ninguno conoce a Dios sin que el Padre así lo quiera y sin el ministerio del Hijo. Por eso el Señor decía a los discípulos: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Ninguno viene al Padre sino por mí. Si me conociérais, también conoceríais a mi Padre; pero ya lo habéis visto y conocido» (Jn 14,6-7). De donde es claro que se le conoce por el Hijo, o sea por el Verbo.

7,4. Por eso los judíos se alejaron de Dios, al no recibir al Verbo, creyendo poder conocer al Padre sin el Verbo, esto es, sin el Hijo. No sabían que Dios era quien en figura humana había hablado a Abraham, y luego a Moisés, diciendo: «He visto el sufrimiento de mi pueblo en Egipto, y he bajado a liberarlos» (Ex 3,7-8). Esto es lo que el Hijo, que es el Verbo de Dios, había preparado desde el principio; pues el Padre no había necesitado de los ángeles para la creación ni para formar al hombre, por el cual había hecho el mundo; ni necesitó de su ministerio para hacer lo que realizó para llevar a cabo el designio (de salvación) en favor de los hombres; sino tenía ya determinado un [993] misterio rico e inefable. Pues se ha servido, para realizar todas las cosas, de los que son su progenie y su imagen (309), o sea el Hijo y el Espíritu Santo, el Verbo y la Sabiduría, a quienes sirven y están sujetos todos los ángeles. Por tanto yerran quienes, por motivo de lo que se ha dicho: «Nadie conoce al Padre sino el Hijo» (Mt 11,27; Lc 10,22), introducen otro Padre desconocido.

1.2.2. Contra Marción: Abraham se salvó

8,1. Están locos Marción y sus seguidores, los cuales echan fuera de la herencia a Abraham, del cual el Espíritu dio testimonio por medio de muchos, y en especial de Pablo: «Creyó en Dios y se le reputó como justicia» (Rom 4,3). También el Señor, en primer lugar al suscitarle de las piedras hijos y al multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo, pues dice: «Vendrán de Oriente y Occidente, del Norte y del Sur, y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos» (Lc 13,29; Mt 8,11). Y también cuando dijo a los judíos: «Veréis a Abraham, Isaac y Jacob con todos los profetas en el reino de Dios, mientras vosotros seréis echados fuera» (Lc 13,28). Es claro, pues, que quienes se oponen a su salvación, inventando otro Dios diverso del que hizo a Abraham la promesa, quedan fuera del Reino de Dios y pierden la herencia de la incorrupción; porque desprecian y blasfeman del Dios que introduce en el cielo a Abraham y a su descendencia que es la Iglesia, por medio de Jesucristo, por medio del cual ella ha recibido la adopción y la herencia prometidas a Abraham.

1.2.3. Jesús perfeccionó la Ley

8,2. El Señor actuó en defensa de su descendencia, la liberó del cautiverio y la llamó a la salvación, [994] como dejó claro en la mujer curada (Lc 13,10-13), diciendo a quienes no tenían una fe semejante a la de Abraham: «¡Hipócritas! ¿Acaso alguno de vosotros no desata su buey o su asno en día de sábado y lo lleva a beber? Y a esta hija de Abraham, a quien Satanás tuvo atada durante 18 años, ¿no era conveniente librarla de sus ataduras en sábado?» (Lc 13,15-16). Queda, pues, claro que él libró y devolvió la vida a quienes creían con una fe semejante a la de Abraham, y nada hizo contra la Ley al curarla en sábado. La Ley, en efecto, no prohibía curar a los seres humanos, si incluso se les podía circuncidar en ese día (Jn 7,22-23); más aún, ordenaba a los sacerdotes realizar en ese día su ministerio, y ni siquiera vetaba que se curara a los animales.

La piscina de Siloé con frecuencia curó en sábado, y por eso muchos enfermos se sentaban en sus orillas. En cambio la ley sabática mandaba abstenerse de toda labor servil; es decir, de todo trabajo que se emprende por negocio y con deseo de lucro, o por otro fin terreno. En cambio exhortaba a llevar a cabo las obras del alma, que se realizan por el pensamiento o las buenas palabras para ayudar al prójimo. Por eso el Señor reprendió a quienes injustamente lo acusaban de curar en sábado. De este modo no rompía sino cumplía la Ley, actuando como Sumo Sacerdote que en favor de los seres humanos vuelve propicio a Dios, limpiando a los leprosos, curando a los enfermos y dando su vida, a fin de que el hombre exiliado escape de la condena y sin temor regrese a su heredad.

8,3. La Ley tampoco prohibía alimentarse con la comida que se tenía a la mano, pero sí segar y recoger en el granero. Por eso el Señor, a aquellos que acusaban a sus discípulos de cortar espigas para comer, les dijo: «¿No habéis leído lo que hizo David cuando tenía hambre, [995] cómo entró en la casa de Dios, comió de los panes de la proposición, y les dio a sus acompañantes, aunque sólo a los sacerdotes les es permitido comerlos?» (Mt 12,3-4) Con estas palabras de la Ley excusó a sus discípulos y dio a entender que a los sacerdotes les es lícito actuar libremente. Pues David era sacerdote a los ojos de Dios, aunque Saúl lo persiguiese, pues todos los justos participan del sacerdocio. Sacerdotes son todos los discípulos del Señor que no heredarán aquí campos o casas, sino que siempre sirven al altar. Moisés se refiere a ellos en la bendición a Leví: «El que dijo a su padre y a su madre: *No los he visto*, el que no reconoce a sus hermanos e ignora a sus hijos, guarda tu palabra y observa tu alianza» (Dt 33,9). ¿Y quiénes son aquellos que han dejado al padre y a la madre y han renunciado a sus parientes por el Verbo de Dios y su alianza, sino los discípulos del Señor? De ellos Moisés dijo: «No tendrán heredad, porque el Señor es su herencia» (Dt 10,9). Y también: «Los levitas sacerdotes y demás miembros de la tribu de Leví no tendrán parte ni heredad en Israel: los sacrificios ofrecidos al Señor serán su posesión y de ellos comerán» (Dt 18,1).

Por eso Pablo decía: «No busco los regalos, sino vuestro fruto» (Fil 4,17). Y como los discípulos del Señor tienen en posesión la herencia levítica, les era permitido, al sentir hambre, comer de los granos: «Pues el obrero merece su comida» (Mt 10,10). Los sacerdotes profanaban el sábado y no cometían delito (Mt 12,5). ¿Por qué no? Porque, cuando estaban en el templo, no atendían a ministerios mundanos, [996] sino del Señor. Cumplían la Ley, no la despreciaban como aquel que fue a traer leña al campamento de Dios y fue justamente lapidado (Núm 15,32-36), pues «todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego» (Mt 3,10; Lc 3,9); y: «A quien violare el templo de Dios, Dios lo destruirá» (1 Cor 3,17).

1.3. El Antiguo Testamento preparó el Nuevo

9,1. Todas las cosas provienen, pues, de un único e idéntico ser (310), es decir, de un único y mismo Dios, como el Señor dijo a sus discípulos: «Por eso todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un hombre padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas» (Mt 13,52). No enseñó que uno saca cosas viejas y otro nuevas, sino uno y el mismo. El padre de familia es el Señor soberano de toda la casa paterna, el cual promulga su ley para los siervos indisciplinados, da preceptos adecuados a los libres y justificados por la fe, y entrega su herencia a los hijos.

Llamó a sus discípulos maestros y doctores en lo que toca al Reino de los cielos, como dijo acerca de ellos a los judíos: «He aquí que os envío maestros y doctores, de los cuales a unos mataréis y a otros expulsaréis de las ciudades» (Mt 23,34). Lo viejo y nuevo que se saca del tesoro, puede sin dificultad representar los dos Testamentos: lo viejo, la Antigua Ley, y lo nuevo, la vida según el Evangelio, de la cual David dice: «Cantad al Señor un cántico nuevo» (Sal 96 [95],1; 98[97],1); e Isaías: «Cantad al Señor un himno nuevo, que parta de esto: *Las cumbres de la tierra dan gloria a su nombre, [997] y las islas pregonan su poder*» (Is 42,10-12). Jeremías dice, por su parte: «Estableceré un pacto nuevo, no como el que sellé con vuestros padres» (Jer 31,31-32) en el monte Horeb. El mismo y único Padre de familia entregó ambos testamentos, que son la Palabra de Dios, nuestro Señor Jesucristo, habló con Abraham y Moisés, nos restituyó la libertad en una situación nueva y multiplicó la gracia que de él procede.

9,2. «Aquí está uno, dice, mayor que el templo» (Mt 12,6). Mas no se habla de más y menos entre las cosas que no tienen comunión entre sí, y que son de naturaleza contraria y opuesta entre sí; sino entre las que son de la misma substancia, y se comunican entre sí, y difieren sólo en número y grandeza, como el agua respecto al agua, la luz a la luz y la gracia a la gracia. Así es mayor la ley que se dio en la libertad, que la que se dio en la esclavitud: y por ello se difundió no en una nación, sino en todo el mundo. Pues uno y el mismo es el Señor que es más que el templo, y da a los hombres más que Salomón y que Jonás: esto es, su presencia y resurrección a los muertos. Pero lo hace sin cambiar a Dios, y sin predicar a otro Padre, sino al mismo que siempre ha distribuido tantos bienes a sus servidores, y que les da mayores dones según el progreso de su amor a Dios, como el Señor decía a sus discípulos: «Veréis cosas mayores que éstas» (Jn 1,50). Y Pablo dice: «No que ya hubiese recibido o hubiese sido justificado, o ya fuese perfecto» (Fil 3,12). «En parte conocemos y en parte profetizamos; mas cuando venga lo que es perfecto, desaparecerá lo parcial» (1 Cor 13,9-10).

Pues así como, al llegar lo perfecto, no veremos a otro Padre, sino al que ahora deseamos ver: «Dichosos los puros de corazón, [998] porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8); así tampoco esperamos a otro Cristo e Hijo de Dios, sino al Hijo de María la Virgen, que sufrió, y en el cual creemos y amamos, como dice Isaías: «Y dirán aquel día: He aquí el Señor nuestro Dios, en quien hemos esperado, y nos alegramos en nuestra salvación» (Is 25,9); y Pedro dice en su Epístola: «A quien amáis sin ver, en quien ahora creísteis sin verlo, os alegraréis con gozo inefable» (1 Pe 1,8). Ni recibimos algún otro Espíritu Santo, sino al que clama: «Abbá, Padre» (Rom 8,15). Y estos mismos dones se nos aumentarán, y progresaremos, de manera que no disfrutaremos ya de los dones de Dios en espejo o en enigma, sino cara a cara. Así ahora, viendo algo que es más que el templo y que Salomón, que es la venida del Hijo de Dios, no conocemos a otro Dios, sino al que es el hacedor y creador de todas las cosas, el mismo que se nos

manifestó desde el principio; ni a otro Cristo Hijo de Dios, sino al que los profetas anunciaron.

9,3. Los profetas conocieron y predicaron de antemano el Nuevo Testamento y a aquel que en él se pregonaba. Este, siguiendo el beneplácito del Padre debía establecerlo, se manifestó a los seres humanos como Dios quiso, a fin de que, quienes crean en él a través de ambos Testamentos, puedan siempre ir madurando hasta llegar al término de la salvación. Pues uno es Dios y una la salvación. En cambio, son muchos los preceptos que educan al ser humano y no son pocos los escalones que lo hacen subir hasta Dios. A un rey terreno, aun siendo hombre, le es posible muchas veces conceder a sus súbditos bienes cada vez mejores. ¿Y no podrá Dios, el cual es siempre el mismo, dar al género humano cada vez mayores gracias, y honrar constantemente con mejores premios a quienes le agraden?

[999] Si progresar consistiese en descubrir a otro Padre distinto de aquel que se predicó desde el principio, entonces lo mejor sería encontrar a un tercer Padre después de aquel segundo que se imaginan, y luego a un cuarto tras el tercero, y en seguida otro y otro más. Pensando de esta manera, una mente de tal calaña nunca encontrará firmeza en un solo Dios. Rechazado por aquel que es, y volviéndose atrás, siempre andará buscando y jamás hallará; sino que siempre seguirá nadando en lo incomprensible. Sólo le queda hacer penitencia y convertirse, volver al punto original del que se ha desviado, confesando y creyendo en un solo Dios Padre Demiurgo, a quien anunciaron los profetas y reveló Cristo.

Como él mismo dijo a quienes acusaban a sus discípulos de no observar la tradición de los antiguos: «¿Por qué anuláis el precepto de Dios por vuestra tradición? Dios dijo: *Honra a tu padre y a tu madre; y: A quien maldijere a su padre o a su madre, se le haga morir*» (Mt 15,3-4; Mc 7,9-10). Y en seguida repite: «Anuláis la Palabra de Dios por vuestra tradición» (Mt 15,6). De este modo Cristo confiesa que es el Dios y Padre quien mandó en la Ley: «Honra a tu padre y a tu madre, para que te vaya bien» (Ex 20,12). El Señor, que es veraz, declaró que el precepto de la Ley es Palabra de Dios, y a ningún otro llamó su Padre.

1.3.1. El Antiguo Testamento prepara la venida de Cristo

10,1. Justamente Juan lo recuerda diciendo [1000] a los judíos: «Investigad las Escrituras, en las cuales creéis tener vida eterna: ellas dan testimonio de mí. Y no queréis venir a mí para tener vida» (Jn 5,39-40). ¿Cómo podían dar testimonio de él las Escrituras, si no proviniesen de uno y el mismo Padre, que mediante ellas preparaba a los seres humanos, instruyéndolos acerca de la venida de su Hijo, y preanunciando la salvación que él traería? El les dijo: «Si creyérais en Moisés, también me creeríais a mí, pues él escribió sobre mí» (Jn 5,46). Es decir, el Hijo de Dios está sembrado a través de todas las Escrituras, una vez hablando con Moisés, otra con Noé dándole las dimensiones (del Arca), otra preguntándole a Adán (311), otra pronunciando juicio sobre los sodomitas. Así también dejándose ver cuando guía a Jacob por el camino y cuando habla con Moisés desde la zarza.

No tienen número las ocasiones en que se muestra al Hijo de Dios hablando con Moisés. Ni siquiera ignoró éste el día de su pasión (del Hijo), sino que la preanunció en figura al establecer la Pascua: pues el Señor sufriendo en la Pascua cumplió lo que tanto

tiempo antes Moisés había predicado mediante ella. Y no sólo señaló el día, sino también indicó el lugar, el tiempo y el signo del atardecer, cuando dijo: «No podréis inmolar la Pascua en ninguna otra de las ciudades que el Señor tu Dios te dará, sino en aquel lugar que el Señor tu Dios elegirá para que invoques su nombre: ahí inmolarás la Pascua al atardecer, antes de que el sol se oculte» (Dt 16,5-6).

10,2. También anunció su venida, diciendo: «No faltará un príncipe salido de Judá, ni un jefe que nazca de sus riñones, hasta que venga aquel para quien está reservado (el cetro): éste es la esperanza de las naciones. Atará el pollino a la parra y el borrico a la vid. Lavará sus ropas en vino y su manto en la sangre de la uva. [1001] Sus ojos se alegrarán con el vino, y sus dientes se pondrán blancos como leche» (Gén 49,10-12). Aquellos a quienes tanto les gusta andar escrutando las Escrituras, busquen el tiempo en el que haya faltado un jefe nacido de Judá, quién es la esperanza de las naciones, quién es la vid, cuál es su pollino y su vestido, qué significan sus ojos, sus dientes y el vino. Busquen en cada uno de los textos y no encontrarán anunciado a ningún otro sino a nuestro Señor Jesucristo. Por ese motivo Moisés, reprendiendo al pueblo ingrato, dice: «¡Así pues, pueblo torpe y sin sabiduría, mira lo que devuelves al Señor! (Dt 32,6). Y de nuevo señala al Verbo, el que desde el principio los creó e hizo, y en los últimos tiempos nos ha redimido y devuelto la vida, «colgado del madero» (Dt 21,23; Gál 3,13); y sin embargo no creen en él. Pues dice: «Tu Vida estará colgada ante tus ojos y no creerás a tu Vida» (Dt 28,66). Y más adelante: «¿No es éste tu Padre, el que te modeló, te hizo y te creó?» (Dt 32,6).

1.3.2. Los profetas desearon ver a Cristo

11,1. Mas no únicamente los profetas; también muchos justos, conociendo por el Espíritu su venida, pedían que llegase el tiempo en que pudieran ver cara a cara a su Señor y oyeran sus palabras, como el Señor declaró a sus discípulos: «Muchos profetas y justos desearon ver el día que veis, y no lo vieron, oír lo que oís y no lo oyeron» (Mt 13,17). ¿Mas cómo podrían desear verlo y oírlo, si no hubiesen sabido de antemano acerca de su venida? ¿Y cómo habrían podido saberlo, si no hubieran recibido de él el previo conocimiento? ¿Y cómo las Escrituras habrían dado testimonio de él, si no hubiese sido uno mismo el Dios que por su Verbo reveló y mostró todas las cosas a los creyentes? Lo hizo unas veces hablando con aquel a quien había modelado, otras dando la Ley, otras reprendiendo, otras exhortando, pero sobre todo [1002] liberando al esclavo para adoptarlo como hijo, a fin de perfeccionar al ser humano dándole la herencia de la incorrupción en el tiempo oportuno. Así pues, lo plasmó para que creciera y se incrementase, como dice la Escritura: «Creced y multiplicaos» (Gén 1,28).

2. El Nuevo Testamento cumple el Antiguo

2.1. El hombre cambia, Dios no

11,2. En esto difiere Dios del ser humano: Dios hace, el hombre es hecho. Y, por cierto, el que hace siempre es el mismo; en cambio aquel que es hecho debe recibir comienzo, adelanto y aumento hasta llegar a la madurez. Dios concede los beneficios, el ser humano los recibe. Dios es perfecto en todas las cosas, siempre es igual y semejante a sí mismo, porque todo él es luz, mente, substancia y fuente de todos los bienes; mientras que el ser humano recibe el ir aprovechando y creciendo hasta Dios. De la misma manera como Dios es siempre el mismo, así también el hombre que se encuentra en

Dios, siempre irá creciendo hacia él. Pues ni Dios deja nunca de beneficiar y enriquecer al ser humano, ni éste deja de recibir de Dios sus beneficios y riquezas. Cuando el ser humano es agradecido con aquel que lo creó, se convierte en recipiente de su bondad e instrumento de su gloria. De igual modo, el ingrato que desprecia a aquel que lo plasmó y no se sujeta a su Palabra, se convierte en recipiente de su juicio. Pues el mismo Señor prometió dar más a quien siempre da mucho fruto y multiplica el dinero de su Señor: «¡Ea, siervo bueno y fiel! Puesto que fuiste fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu Señor» (Mt 25,21; Lc 19,17).

11,3. Pues así como prometió que a quienes ahora produzcan fruto, daría más según los dones de su gracia, y no por un cambio del conocimiento -ya que el Señor sigue siendo el mismo y el Padre así también se revela-, de igual manera el único y mismo Señor, con su venida, concede a los últimos mayores dones de gracia que en el Antiguo Testamento. Los antiguos escuchaban, por medio de los siervos, que habría de venir el Rey; por eso se alegraban con un gozo moderado, según lo que esperaban de esta venida. En cambio quienes lo vieron presente, recibieron la libertad y gozaron de sus dones, gozan de mayor gracia y de más abundante alegría, felices por la llegada del Rey, como dice David: «Mi alma se alegrará en el Señor, exultará en su salvación» (Sal 35[34],9).

[1003] Por eso, cuando entró en Jerusalén, todos los que se hallaban en el camino, con el ansia de David en el alma (Sal 42[41],2; 84[83],3), reconocieron a su Rey y se quitaron los vestidos para con ellos y con ramas verdes adornar la calle, gritando con grande gozo y alegría: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!» (Mt 21,9; Sal 118[117],25-26). En cambio los malos administradores, aquellos que se imponían a los pequeños y dominaban sobre los más simples, se pusieron celosos, y por ello rechazaban que hubiese llegado el Rey. Le decían: «¿Oyes lo que dicen?» Y el Señor les respondió: «¿Nunca habéis leído: *De la boca de los pequeños y lactantes has sacado tu alabanza?*» (Mt 21,16; Sal 8,3). Así les mostró que en él se cumplía lo que David había dicho acerca del Hijo de Dios, para darles a entender que no conocían el poder de la Escritura y la Economía de Dios, pues él era aquel Cristo a quien los profetas habían anunciado, «cuyo nombre toda la tierra alaba», porque su Padre «de los pequeños y lactantes ha sacado su alabanza», y por eso «su gloria se eleva más allá de los cielos» (Sal 8,2-3).

11,4. Así pues, si es el mismo aquel a quien los profetas anunciaron, el Hijo de Dios nuestro Señor Jesucristo, cuya venida trae consigo una mayor gracia y premio a quienes le recibieron, es claro que es también el mismo Padre aquel a quien los profetas predicaron, y que el Hijo, al venir, no nos dio a conocer a otro Padre sino al mismo que desde el principio había sido anunciado. De éste sacó la libertad para aquellos que de modo legítimo, con ánimo dispuesto y de todo corazón lo sirven. En cambio ha separado de la vida y arrojado a la perdición eterna a quienes desprecian a Dios y no le obedecen, sino que por una gloria humana, han puesto su riqueza en los actos de pureza exterior -los cuales la Ley les había dado como una sombra o trazo que delineaba lo eterno con rasgos temporales, y las cosas celestes con figuras terrenas-. Estos fingen observar más de lo que está prescrito, prefiriendo sus propias observancias al mismo Dios: están por dentro llenos de hipocresía, arden en deseos y en todo tipo de malicia (Mt 23,28). A éstos los arrojará a la perdición eterna, separándolos de la vida.

2.2. El mandamiento fundamental es el mismo

[1004] 12,1. Porque la tradición de sus padres, que ellos fingían observar cumpliendo la Ley, era contraria a la Ley que Moisés había dado. Por eso dijo Isaías: «Tus taberneros mezclan vino con agua» (Is 1,22). Con ello dio a entender que los antiguos mezclaban el agua de su tradición con el austero precepto de Dios; es decir, agregaban una ley adulterada contraria a la Ley, como claramente lo manifestó el Señor: «¿Por qué transgredís el precepto de Dios por vuestra tradición?» (Mt 15,3) No sólo, pues, vaciaron la Ley de Dios al transgredirla, mezclando vino con agua, sino que además establecieron una ley contraria, que hasta ahora se llama farisaica. A ésta algunos le añaden, otros le quitan, otros la interpretan como les viene en gana: de modo tan singular la aplican sus maestros. Tratando de reivindicar sus tradiciones, se negaron a sujetarse a la Ley de Dios que los instruía sobre la venida de Cristo (Gál 3,24). Por el contrario, acusaban al Señor de haber curado en sábado, lo cual, como antes hemos expuesto, la Ley no prohibía -puesto que ella misma de algún modo curaba al hacer circuncidar a un hombre en sábado (Jn 7,22-23)-. Ellos, en cambio, no se reprochaban a sí mismos por transgredir el mandamiento de Dios, siguiendo su tradición y su ley farisaica- al no cumplir lo principal de la Ley, o sea el amor a Dios.

12,2. Y como éste es el primero y más alto mandamiento, y el segundo es el amor al prójimo, el Señor enseñó que toda la Ley y los profetas dependen de estos dos preceptos (Mt 22,37-40). El mismo no nos dio otro precepto mayor que éste, sino que le dio nueva fuerza, al mandar a sus discípulos que amasen de todo corazón a Dios, y a los prójimos como a sí mismos. En cambio, si él hubiese provenido de otro Padre, jamás habría tomado de la Ley el primero y sumo mandamiento, sino que habría pretendido presentar otro mayor que tuviese su origen en el Padre perfecto, [1005] que sustituyese a aquel que el Dios de la Ley había dado. Pablo añade: «El amor es el cumplimiento de la Ley» (Rom 13,10). Y dice que, una vez que se hubiese terminado todo lo demás, quedará la fe, la esperanza y la caridad, pero la mayor de éstas es la caridad (1 Cor 13,13). Y ni el conocimiento ni el amor a Dios valen nada, ni la comprensión de los misterios, ni la fe ni la profecía, sino que todo está vacío y es inútil sin la caridad (1 Cor 13,2). Es que la caridad construye al hombre perfecto. Y aquel que ama a Dios es el hombre perfecto, tanto en este mundo como en el futuro: pues jamás dejaremos de amar a Dios, sino que, cuanto más lo contemplemos, más lo amaremos.

12,3. Ya que tanto en la Ley como en el Evangelio el primero y mayor de los mandamientos es amar al Señor Dios con todo el corazón, y de ahí se sigue el segundo igual al primero, amar al prójimo como a sí mismo, se muestra que es uno y el mismo el legislador tanto de la Ley como del Evangelio. La identidad del perfecto mandamiento de vida en ambos Testamentos demuestra que se trata del mismo Señor, que ordenó en uno y otro los preceptos particulares más convenientes a cada tiempo, él mismo estableció en ambos los más sublimes e importantes, sin los cuales nadie puede salvarse.

2.3. Hipocresía de los fariseos

12,4. Que nadie se confunda con las palabras del Señor, cuando puso en claro que la Ley no viene de otro Dios, cuando afirmó para instruir a la multitud y a los discípulos: «En la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos: haced y observad todo cuanto os dijeren, mas no actuéis según sus obras; pues ellos dicen y no hacen. Atan

fardos pesados y los cargan sobre los hombros de los hombres, pero ellos ni con un dedo quieren moverlos» (Mt 23,2-4). No criticaba la Ley que por medio de Moisés se había promulgado, puesto que los movía a observarla mientras Jerusalén estuviese en pie; pero sí reprendía a aquellos que proclamaban las palabras de la Ley, y sin embargo no se movían por el amor, y por eso cometían injusticia contra Dios y el prójimo.

Como Isaías escribe: «Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me honran, cuando enseñan doctrinas y preceptos humanos» (Is 29,13). Llama preceptos humanos y no Ley dada por Moisés a las tradiciones que los padres de aquéllos (fariseos) habían fabricado, por defender las cuales violaban la Ley de Dios, y por eso tampoco obedecían a su Verbo. Esto es lo que Pablo afirmó acerca de ellos: «Ignorando la justicia de Dios, [1006] y tratando de imponer su propia justicia, no se sometieron a la justicia de Dios. Pues el fin de la Ley es Cristo, para justificar a todos los creyentes» (Rom 10,3-4). Mas, ¿cómo podría Cristo ser fin de la Ley, si no fuese también su principio? Pues, quien decidió el fin, también llevó a cabo el principio; y es el mismo que dijo a Moisés: «He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he bajado para liberarlo» (Ex 3,7-8): desde el principio el Verbo de Dios se habituó a subir y bajar para salvar a quienes el mal tiene sometidos.

2.4. Cristo confirma la Ley

12,5. Y como la Ley desde antaño había enseñado a los seres humanos que debían seguir a Cristo, éste lo aclaró a aquel que le preguntaba qué debía hacer para heredar la vida, respondiendo: «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos». Y como él le preguntase: «¿Cuáles?», el Señor continuó: «No cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no darás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 19,17-19). De este modo exponía por grados los mandamientos de la Ley, como un ingreso a la vida para quienes quisieran seguirlo: diciéndoselo a uno, se dirigía a todos. Y, habiéndole él respondido: «Todo esto he cumplido» -aunque tal vez no lo había hecho, pues le había dicho: «Guarda los mandamientos»-, Jesús lo probó en sus apetitos, diciéndole: «Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres, y luego ven y sígueme» (Mt 19,20-21).

A quienes esto hicieren, les prometió la parte que corresponde a los Apóstoles, y no predicó a otro Dios Padre a aquellos que lo seguían, fuera de aquel al que la Ley había anunciado desde el principio; ni a otro Hijo; ni a otra Madre, Entimesis del Eón que provino de la pasión y el desecho; ni la Plenitud de treinta Eones, que, como ya hemos probado, es inconsistente y vacía; ni toda esa fábula que los demás herejes han fabricado. Más bien les enseñaba a observar los mandamientos que Dios estableció desde el principio, a fin de vencer la concupiscencia con obras buenas y seguir a Cristo. Y como distribuir entre los pobres lo que se posee, deshace las viejas avaricias, Zaqueo puso en claro: «Desde hoy doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si en alguna cosa he defraudado a alguno, le devuelvo cuatro veces más» (Lc 19,8).

2.5. No vino a abolir la Ley

13,1. El Señor no abolió los preceptos naturales de la Ley, [1007] por los cuales se justifica el ser humano, los cuales incluso guardaban antes de la Ley aquellos que fueron justificados por la fe y agradaban a Dios; por el contrario, los amplió y llevó a la perfección (Mt 5,17), como lo muestran sus palabras: «Se dijo a los antiguos: *No*

cometerás adulterio. Pero yo os digo: todo aquel que viere a una mujer para desearla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón» (Mt 5,27-28). Y añadió: «Se ha dicho: *No matarás*. Pero yo os digo: todo el que sin motivo se enoje contra su hermano, es reo de juicio» (Mt 5,21-22). Y: «Se ha dicho: *No perjurarás*. Pero yo os digo que no debéis jurar en absoluto. Que vuestras palabras sean: Sí, sí, y no, no» (Mt 5,33-34.7). Y otras cosas parecidas.

Todos esos mandatos no contradicen ni anulan los antiguos, como andan vociferando los marcionitas; sino que los amplían y perfeccionan, como él dijo: «Si vuestra justicia no fuese mejor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 5,20). ¿Qué significaba *mejor*? En primer lugar, no creer sólo en el Padre, sino también en el Hijo que ya se había manifestado: pues éste es el que conduce al ser humano a la comunión y unidad con Dios. En segundo lugar, no sólo decir, sino actuar - pues ellos decían y no hacían (Mt 23,3)-, y no sólo abstenerse de obrar mal, sino también de desearlo. No enseñaba estas cosas para contradecir la Ley, sino para cumplirla y hacer que la justificación de la Ley fuese eficaz en nosotros. Hubiese sido contrario a la Ley que él hubiese ordenado a sus discípulos hacer algo que ella prohíbe. En cambio, disponer que no sólo se abstengan de lo que prohíbe la Ley, sino también de desearlo, no es contrario a ella ni la anula, como antes dijimos, sino que la cumple, amplía y desarrolla.

[1008] 13,2. Y es que la Ley, como había sido promulgada para siervos, educaba mediante acciones externas y corporales, ajenas al alma, tratando de atraerla como quien la ata a la obediencia a los preceptos, a fin de que los seres humanos aprendiesen a someterse a Dios. En cambio el Verbo, al liberar el alma, les enseñó a ponerla al servicio del cuerpo para purificarlo libremente. Una vez que logró esto, fue necesario desatar también los lazos de la servidumbre a los cuales el hombre se había habituado, para que sin atadura alguna siguiese a Dios. Por eso amplió los decretos de libertad y ahondó en la sumisión al Rey, no fuera a suceder que alguno, volviéndose atrás, pareciese indigno de aquel que lo había liberado. En cambio conservó la piedad y obediencia hacia el Padre de familia, que es la misma para siervos e hijos; pero a éstos les aumentó la confianza, ya que es más elevada y gloriosa la acción libre que la realizada en sujeción y servidumbre.

13,3. Por eso el Señor, en lugar de «No cometerás adulterio» mandó no desear con concupiscencia (Mt 5,27-28); en lugar de «No matarás» prohibió ceder a la ira (Mt 5,21-22); en vez de simplemente pagar el diezmo, ordenó repartir los bienes entre los pobres (Mt 19,21); no amar sólo al prójimo, sino también al enemigo (Mt 5,43-44); y no únicamente estar dispuestos a dar y compartir (1 Tim 6,18), sino también a dar generosamente a aquellos que nos arrebatan nuestros bienes: «Si alguien te quita la túnica, dale también el manto; no le reclames al otro lo que te arrebató; y trata a los demás como quieres que ellos te traten» (Lc 6,29-30). De modo que no debemos entristecernos de mala gana cuando algo nos quitan, sino que lo demos voluntariamente, incluso que nos alegremos más dando al prójimo por gracia que cediendo a la necesidad: «Si alguien te obliga a caminar con él una milla, acompáñalo otras dos» (Mt 5,41), de manera que no lo sigas como un esclavo, sino que tomes la delantera como un hombre libre. De este modo te harás siempre útil en todo a tu prójimo, [1009] no mirando su malicia sino sólo tratando de ejercitar la bondad, para hacerse semejante al Padre, «el cual hace salir su sol sobre los malos y los buenos, y llueve sobre justos e injustos» (Mt 5,45).

Como antes dijimos, todas estas cosas no destruyen la Ley, sino que la cumplen, la extienden y la amplían en nosotros, en cuanto decimos que es más digno obrar por libertad, lo que muestra un afecto y sumisión a nuestro liberador más arraigados en nosotros. Porque El no nos ha liberado para que nos separemos de El -pues nadie que se aparte de los bienes del Señor puede adquirir por sí mismo el alimento de la salvación-; sino para que, habiendo recibido más dones suyos, más lo amemos; pues mientras más lo amemos, recibiremos de él mayor gloria cuando estemos para siempre en presencia del Padre.

13,4. Los preceptos naturales son los mismos para ellos (los esclavos) y para nosotros; sólo que en ellos comenzaron y en nosotros recibieron aumento y perfección. Mas obedecer a Dios y seguir su Palabra, amarlo sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, hacerse prójimo del otro, abstenerse de todas las obras malas y todos los mandamientos semejantes, son comunes a unos y otros: por eso manifiestan a un solo y mismo Señor. Este Señor nuestro es el Verbo que en primer lugar atrajo a los siervos a Dios, y después liberó a los que se le someten, como El mismo dijo a sus discípulos: «Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor. A vosotros os he llamado amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído de mi Padre» (Jn 15,15). Cuando dice: «Ya no os llamo siervos», claramente da a entender que fue El mismo quien anteriormente sometió a los hombres, por la Ley, como siervos de Dios, para luego darles la libertad. En aquello que dice: «Porque el siervo no sabe lo que hace su Señor», mediante su venida muestra cuán grande era la ignorancia del pueblo servil. Y al llamar *amigos* a sus discípulos, nítidamente muestra que él es la Palabra de Dios, la misma que Abraham siguió voluntariamente y sin ataduras, por la generosidad de su fe, por lo cual se hizo «amigo de Dios» (Sant 2,23).

Mas el Verbo de Dios no elevó a Abraham a su amistad porque le hiciese falta, pues es perfecto desde siempre -en efecto, dijo: «Antes de que Abraham fuese, yo existo» (Jn 8,58)-; sino para otorgar a Abraham la vida eterna, por pura bondad, pues la amistad [1010] con Dios es fuente de inmortalidad para cuantos la cultivan.

2.6. Dios no creó por su propio provecho

14,1. Así pues, cuando al principio Dios plasmó a Adán, no lo hizo por necesidad, sino para tener a alguien que fuese objeto de sus beneficios. En cambio no sólo antes de Adán, sino antes de toda otra creación, el Verbo glorificaba a su Padre, permanecía en El, y el Padre lo glorificaba a El, como él mismo dijo: «Padre, glorifícame con la gloria que tuve delante ti antes de que el mundo existiese» (Jn 17,5). Ni nos mandó seguirlo porque necesitase de nuestro servicio, sino para procurarnos a nosotros mismos la salvación. Porque seguir al Salvador es lo mismo que participar de la salvación, así como seguir la luz es recibirla. Pues los que están en la luz no la iluminan, sino que ella los ilumina y los hace resplandecer; no le dan nada a ella, sino que reciben de la luz el beneficio de estar iluminados. De modo semejante, quien sirve al Señor nada le añade, ni a Dios le hace falta el servicio humano. Sino que El concede la vida, la incorrupción y la vida eterna a quienes le siguen y le sirven, de modo que convierte el servicio que ellos le prestan en servicio para ellos mismos; así como a quienes le siguen les da sus beneficios más que recibirlos de ellos: en efecto, él es rico, perfecto y no pasa necesidades.

Por ello también el Señor pide a los seres humanos que le sirvan; pues, como él es bueno y lleno de misericordia, quiere derramar sus beneficios sobre quienes perseveran en su servicio. Dios por su parte nada necesita; en cambio al hombre le hace falta la comunión con Dios. Y es una gloria del ser humano perseverar y mantenerse en el servicio de Dios. Por eso el Señor decía a sus discípulos: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os he elegido» (Jn 15,16). Con estas palabras les daba a entender que no eran ellos quienes le daban gloria a El al seguirlo, sino El quien a los seguidores del Hijo de Dios concedía su gloria. Y añadió: «Quiero que donde yo estoy, también estén ellos, para que vean tu gloria» (Jn 17,24): no se vanagloriaba con ello, sino quería hacer a sus discípulos participar de su gloria, como dice Isaías: «Del oriente traeré a tu descendencia y del ocaso te recogeré. Diré al sur: ¡Entrégalos! [1011] Y al norte: ¡No los retengas! Trae a mis hijos desde lejos y a mis hijas desde los confines de la tierra, a todos los que llevan mi nombre. Lo he preparado, modelado y hecho para mi gloria» (Is 43,5-7). Y eso porque «donde está el cadáver, ahí se reunirán las águilas» (Mt 24,28), para participar en la gloria de Dios: pues él nos ha creado y preparado para que participemos de su gloria.

14,2. Desde el principio Dios plasmó al ser humano para ser vaso de sus dones; eligió a los patriarcas para su salvación; formó el pueblo antiguo para enseñar a esa gente indócil a seguir a Dios; instruyó a los profetas para acostumar a los seres humanos sobre la tierra a ser depositarios de su Espíritu y a participar de la comunión con Dios. No necesitando él nada, concedió a los necesitados la comunión con El. Como un arquitecto proyectaba la construcción de la obra salvadora en favor de aquellos que hacían su beneplácito, guiándolos en Egipto sin que ellos lo advirtieran. Cuando andaban errando en el desierto, les dio la más adecuada de las leyes; a los que entraron en la tierra buena les concedió una digna heredad; para quienes se convertían al Padre mataba el novillo cebado y los hacía vestir con la mejor de las túnicas (Lc 15,22-23). De muchas maneras preparó al género humano a fin de que la salvación le viniese como una sinfonía (312). Por eso Juan dice en el Apocalipsis: «Su voz como el sonido de muchas aguas» (Ap 1,15). Pues en realidad son muchas las aguas del Espíritu de Dios, porque el Padre es rico y grande. El Verbo pasó por todas ellas, prestando generosamente su auxilio a quienes se le sometían, escribiendo una ley conveniente para cada creatura.

2.7. Dios estableció la Ley para el bien del ser humano

14,3. De esta manera dio al pueblo las leyes para fabricar la tienda y el templo, para elegir a los levitas, y para establecer el servicio de los sacrificios, oblaciones y ritos de purificación. No porque necesitase algo de esto -pues siempre está colmado de todos los bienes y tiene en sí mismo todo olor de suavidad y todo buen óleo perfumado, incluso antes de que Moisés naciese-; educaba a un pueblo inclinado a retornar a los ídolos, [1012] poniéndoles en la mano muchas herramientas para perseverar en el servicio divino: por medio de lo que era instrumento secundario para llegar a lo primario, es decir por medio de los tipos los guiaba hacia la verdad, por lo temporal a lo eterno, por lo carnal a lo espiritual y por lo terreno a lo celestial, como dijo a Moisés: «Harás todo conforme al modelo que viste en el monte» (Ex 25,40). Durante cuarenta días (Moisés) aprendió a retener las palabras de Dios, los caracteres celestes, las imágenes espirituales y las figuras de lo que había de venir, como dice Pablo: «Bebían de la roca que los acompañaba, y la roca era Cristo» (1 Cor 10,4). Y en seguida, habiendo recorrido los sucesos narrados en la Ley, añade: «Todo esto les sucedía en figura; y se ha escrito para

instrucción de quienes venimos al final de los tiempos» (1 Cor 10,11). Por los tipos aprendían a temer a Dios y a perseverar en su servicio.

15,1. De esta manera la Ley era para ellos una educación y una profecía de los bienes futuros. Pues en un principio Dios amonestó a los seres humanos por medio de los preceptos naturales que desde el inicio inscribió en su naturaleza, es decir por el Decálogo -ya que, si alguien no los cumple, no obtendrá la salvación-, y nada más les pidió entonces, como dice Moisés en el Deuteronomio: «Estos son todos los mandamientos que el Señor dirigió desde el monte a toda la comunidad de los hijos de Israel, nada más añadió, las escribió en dos tablas de piedra que me entregó» (Dt 5,22), y ordenó que observaran estos preceptos quienes quisieran seguirlo (Dt 19,17). Mas, cuando se volvieron atrás fabricando el becerro, y en sus deseos se regresaron a Egipto deseando más ser esclavos que libres, cayó sobre ellos una servidumbre digna de su concupiscencia, que no los separaba de Dios sino que los mantenía bajo el yugo de su dominio. Ezequiel dice, para indicar los motivos de tal ley: «Sus ojos iban tras los deseos de su corazón; [1013] por eso les di preceptos ineficaces y órdenes que no les dan la vida» (Ez 20,24).

En los Hechos de los Apóstoles Lucas escribe que Esteban, el primer diácono elegido por los Apóstoles y el primer mártir de Cristo, así dijo sobre la Ley de Moisés: «El os dio los preceptos del Dios vivo. Mas vuestros padres se negaron a obedecerlo, sino que lo rechazaron y en su corazón se regresaron a Egipto, cuando dijeron a Aarón: *Fabricanos dioses que nos guíen, pues no sabemos lo que ha ocurrido a Moisés, el que nos sacó de Egipto.* Entonces fabricaron un becerro, le ofrecieron sacrificios al ídolo y festejaron la obra de sus manos. Mas Dios se volvió y los entregó al servicio de los astros del cielo, como está escrito en el libro de los profetas: *¿Acaso me ofrecisteis oblaiones y sacrificios durante cuarenta años en el desierto, casa de Israel? Cargasteis la tienda de Moloc y la estrella del dios Refam, ídolos que fabricasteis para adorarlos*» (Hech 7,38-43). Claramente dijo que no fue otro Dios quien les dio la Ley, sino el único y mismo, una Ley apta para someterlos. Por eso dice a Moisés en el Exodo: «Mandaré ante ti a mi ángel: no subiré yo contigo, porque este pueblo es de dura cerviz» (Ex 33,2-3).

15,2. Y no sólo eso, sino que el Señor les hizo caer en la cuenta de que algunos preceptos mandados por Moisés, se les habían dado porque, en su dureza de corazón, no querían sujetarse: «¿Por qué Moisés mandó dar el acta de repudio y echar a la mujer? Esto fue permitido por vuestra dureza de corazón; mas no fue así desde el principio» (Mt 19,7-8). Excusó a Moisés, porque era un siervo fiel; pero también confesó que fue Dios quien había hecho al varón y a la mujer, y a ellos los reprendió por ser duros e insubordinados: por eso [1014] Moisés les dio el precepto del repudio, acomodado a su dureza. ¿Mas para qué detenernos en el Antiguo Testamento? Los Apóstoles hicieron lo mismo en el Nuevo, y por la misma razón que hemos expuesto. Por ejemplo, Pablo escribe: «Esto os digo yo, no el Señor» (1 Cor 7,12). Y también: «Esto lo digo a manera de concesión, no como un mandato» (1 Cor 7,6). Y en otro lugar: «Sobre las vírgenes no tengo un precepto del Señor; mas os doy un consejo, como quien ha conseguido la misericordia del Señor, a fin de ser fiel» (1 Cor 7,25). En cambio dice en otro verso: «Que Satanás no os tienta por vuestra incontinencia» (1 Cor 7,5).

Así pues, si en el Nuevo Testamento notamos a los Apóstoles hacer ciertas concesiones por motivo de la incontinencia de algunos, a fin de que no apostaten de Dios, porque estando endurecidos podrían desesperar de la salvación, no os admire si en el Antiguo el mismo Dios quiso hacer algo semejante por la costumbre del pueblo. Los fue llevando por el sendero de tales observancias, a fin de que mediante ellas mordieran el anzuelo del decálogo para salvarse; de modo que, una vez cogidos por él, no volviesen a la idolatría ni apostatasen de Dios, sino que aprendieran a amarlo de todo corazón. Mas si alguno, mirando la desobediencia de los israelitas desviados, juzgare débil la Ley, hallará en nuestra vocación que «muchos son los llamados, y pocos los elegidos» (Mt 22,14). Muchos son lobos por dentro, aunque por fuera se visten con piel de oveja (Mt 7,15). Dios siempre ha protegido, por una parte la libertad y decisión del ser humano, y por otra su exhortación a él: por ello quienes no obedecen son justamente juzgados por su desobediencia, y quienes obedecen y creen reciben la corona incorruptible.

2.8. Fines de la circuncisión y del sábado

[1015] 16,1. La Escritura enseña, además, que Dios dio la circuncisión no como la cumbre de la justicia, sino como un signo por el cual se reconociese la raza de Abraham: «Dios dijo a Abram: *Se deberá circuncidar todo macho entre vosotros, y deberéis circuncidar el prepucio de vuestra carne, lo cual servirá como signo de la alianza entre mí y vosotros*» (Gén 17,9-11). Algo semejante dice Ezequiel sobre el sábado: «Les di mis sábados a fin de que les sirva de signo entre mí y ellos, para que sepan que yo soy el Señor que los santifico» (Ez 20,12). Y en Exodo Dios dijo a Moisés: «Guardaréis mis sábados, pues ésta será mi señal en vosotros para vuestros descendientes» (Ex 31,13).

Así pues, Dios les dio estas cosas como signos. Y tales signos no dejaban de ser símbolos, es decir, no carecían de significado, ni eran inútiles, pues se los dio la sabiduría de un artista, ya que la circuncisión carnal simbolizaba la espiritual. Dice el Apóstol: «Nosotros hemos sido circuncidados con una circuncisión no hecha por mano de hombre» (Col 2,11). Y el profeta: «Circuncidad la dureza de vuestro corazón» (Dt 10,16). Los sábados enseñaban [1016] a perseverar día a día en el servicio de Dios, como escribe Pablo: «Se nos considera todo el día como ovejas para el matadero» (Rom 8,36); es decir, consagrados todo el tiempo como ministros de nuestra fe, en la que perseveramos absteniéndonos de toda avaricia, no buscando ni poseyendo tesoros terrenos. También indicaban de algún modo el reposo del Señor que siguió a la creación, o sea el reino en el cual reposará el ser humano que persevere en el servicio de Dios, donde participará de la mesa de Dios.

16,2. Prueba de que estas prácticas no justificaban al ser humano, sino que servían de signo al pueblo, es que Abraham «creyó y le fue reputado a justicia, hasta el punto de llamarse el amigo de Dios» (Sant 2,23; Gén 15,6), sin la circuncisión y sin la observancia del sábado. Lot fue sacado de Sodoma sin estar circuncidado, para recibir de Dios la salvación. Noé era incircunciso, y sin embargo a tal punto agradó al Señor que éste le comunicó las medidas con las cuales el mundo sería regenerado. También Enoch agradó a Dios sin la circuncisión, pues, siendo hombre, Dios lo envió como su legado ante los ángeles y «fue arrebatado» (Heb 11,5; Gén 5,24), y vive hasta hoy como testigo del juicio de Dios, porque los ángeles caídos fueron castigados, en cambio el hombre [1017] que agradó a Dios fue elevado para salvarse. Toda la enorme multitud de justos que existieron antes de Abraham, así como todos los patriarcas que vivieron antes

de Moisés, fueron justificados sin lo que hemos dicho y sin la Ley de Moisés, como éste mismo dijo al pueblo en el Deuteronomio: «El Señor tu Dios estableció una alianza en el Horeb. El Señor no había destinado esta alianza a vuestros padres, sino a vosotros» (Dt 5,2-3).

16,3. ¿Y por qué no hizo la alianza con los patriarcas? Porque «la Ley no ha sido establecida para los justos» (1 Tim 1,9). Los patriarcas eran justos y tenían el decálogo escrito en su corazón y en su espíritu, pues amaban a Dios que los hizo y se abstenían de hacer todo mal a su prójimo; por ello no fue necesario amonestarlos mediante la letra, porque llevaban dentro de sí la justicia de la Ley. Mas esta justicia y amor a Dios cayó en el olvido y se extinguió en Egipto, por ello fue necesario que Dios, por su inmensa bondad hacia el ser humano, se la mostrase con su Palabra. Primero con su poder sacó de Egipto al pueblo, a fin de que en seguida los seres humanos se hiciesen discípulos y seguidores de Dios; luego castigó a los rebeldes, para que no despreciasen a su Creador; los alimentó con el maná, para que recibieran un alimento espiritual, como dice Moisés en el Deuteronomio: «Te alimentó con el maná que tus padres no conocieron, para que sepas que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Dt 8,3). Luego les ordenó el amor a Dios y la justicia que implica el amor al prójimo; de modo que, a fin de que el hombre no sea ni injusto ni indigno de Dios, lo instruyó mediante el decálogo en la amistad consigo y en la concordia para con su prójimo. Todas estas cosas eran para provecho del ser humano, aunque de él Dios no necesitaba nada.

16,4. Por eso dice la Escritura: «El Señor pronunció [1018] en el monte todas estas palabras para la comunidad de los hijos de Israel, y nada más añadió» (Dt 5,22); pues, como hemos dicho, nada más necesitaba de ellos. Y Moisés añade: «Así pues, Israel, ¿qué otra cosa te ha pedido el Señor tu Dios, sino que temas al Señor tu Dios, que camines por todos sus caminos, que ames y sirvas al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma?» (Dt 10,12). Esto es lo que llenaba al hombre de gloria, supliendo en él lo que le faltaba, o sea la amistad con Dios; en cambio a Dios nada le añadía: porque a Dios no le hace falta el amor del hombre. El ser humano, en cambio, estaba privado de la gloria de Dios (Rom 3,23), que de ningún otro modo podía recibir sino obedeciéndolo. Por eso Moisés les dijo: «Elige la vida, para que viváis tú y tus descendientes: ama al Señor tu Dios, escucha su Palabra y acógelo, porque de esto depende la vida y la duración de tus días» (Dt 4,14). A fin de preparar al ser humano para este tipo de vida, el Señor mismo habló, dándoles a ellos y a todos los demás las palabras del decálogo: por ese motivo duran hasta nosotros, y por su venida a nuestra carne les ha hecho crecer y perfeccionarse, no las ha abolido.

16,5. En cuanto a los preceptos adecuados a un estado de servidumbre, se los dio aparte por medio de Moisés, a fin de instruirlos y castigarlos, pues Moisés mismo lo dijo: «El Señor me mandó en aquel momento enseñaros estos preceptos y mandatos» (Dt 4,14). Por este motivo en el Nuevo Testamento de la libertad abolió los mandamientos que les había dado como en figura para el estado de servidumbre. En cambio amplió e hizo crecer aquellos que son naturales, impulsan la libertad y son comunes a todos; concediendo a los seres humanos benigna y generosamente, por la filiación adoptiva, conocer y amar a Dios Padre de todo corazón, y seguir sin desviación a su Verbo, no sólo absteniéndose de realizar las malas obras sino incluso de desearlas. También desarrolló el temor de Dios: pues es más propio de los hijos temer [1019] que de los siervos, pues lo hacen por amor a su padre. Por eso el Señor dice: «Los hombres darán

cuenta en el juicio aun de toda palabra ociosa que dijeren» (Mt 12,36); y: «Quien viere a una mujer para deseirla con pasión, ya ha adulterado con ella en su corazón» (Mt 5,28); y: «Quien sin motivo se enoje con su hermano, es reo de juicio» (Mt 5,22). Así aprendemos que daremos cuenta a Dios no sólo de los hechos, como los esclavos, sino también de las palabras y pensamientos, sobre los cuales él nos hizo libres y los puso bajo nuestro poder; y en estas cosas el ser humano da mejor prueba de respetar, temer y amar al Señor. Por eso Pedro dice que no se nos dio la libertad como un velo para encubrir la maldad (1 Pe 2,16), sino para probar y manifestar la fe (1 Pe 1,7).

2.9. La figura de los sacrificios

17,1. Los profetas muy claramente explican que Dios no tenía necesidad de su servicio, sino que dispuso algunas observancias de la Ley en favor de ellos. Como hemos expuesto, también el Señor enseñó que a Dios no le hacen falta las oblaciones de los seres humanos; sino que las quiere por el hombre mismo [\(313\)](#).

Cuando Samuel vio que descuidaban la justicia y se alejaban del amor de Dios, y en cambio pensaban hacérselo propicio por medio de los sacrificios y el cumplimiento de otras de sus normas, les dijo: «¿Acaso Dios no se complace más en que escuchéis su palabra, que en holocaustos y sacrificios? La obediencia vale más que el sacrificio y la docilidad que la grasa de carneros» (1 Sam 15,22). Y David dice: «No quisiste oblación ni sacrificio, pero me diste oídos; no pediste holocaustos por el pecado» (Sal 40[39],7). Con estas palabras les enseñó que Dios prefiere la obediencia a los sacrificios [1020] y holocaustos, los cuales de nada valen para la justicia, y al mismo tiempo anuncia el Nuevo Testamento.

Más claro aún lo dice el Salmo 50: «Porque si quisieras sacrificios, te los ofrecería; pero los holocaustos no te agradan. El sacrificio para Dios es el espíritu contrito; Dios no desprecia el corazón contrito y humillado» (Sal 51[50],18-19). Que Dios de nada necesita, lo dice el Salmo anterior: «No aceptaré becerros de tu casa ni cabritos de tus rebaños. Porque míos son todos los animales de la tierra, las fieras de los montes y las reses; conozco todas las aves del cielo y todos los productos de los campos. Si tuviese hambre, no te lo diría: pues mío es el orbe de la tierra y cuanto contiene. ¿Acaso comeré carne de toros o beberé sangre de cabritos?» (Sal 50[49],9-13). Y además, para que ninguno pensara que Dios rehúsa los sacrificios por estar enojado, continúa dándoles este consejo: «Inmola a Dios el sacrificio de alabanza y ofrece al Altísimo tus votos, invócame en la tribulación, yo te libraré y tú me darás gloria» (Sal 50[49],14-15). Después de repudiar lo que aquéllos creían que, aun pecando, podía volverlo propicio, y haciéndoles ver que a él nada de eso le hace falta, los exhorta y amonesta para que ofrezcan aquello que justifica al ser humano y lo acerca a Dios.

Esto mismo dice Isaías: «¿Para qué quiero ese montón de sacrificios vuestros? dice el Señor. Estoy harto» (Is 1,10). Y, una vez que ha rechazado los holocaustos, oblaciones y sacrificios, así como las fiestas, los sábados, las solemnidades y todas las costumbres que las acompañaban, les indica qué cosas son aceptables para la salvación: «Lavaos, purificaos, quitad de mi vista la maldad de vuestros corazones; dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien; buscad el derecho, salvad al oprimido, haced justicia al huérfano, defended a la viuda. Entonces venid y disputemos, dice el Señor» (Is 1,16-18).

17,2. No abolió, pues, los sacrificios, como un hombre enojado, según algunos piensan; [1021] sino que lo hizo por compasión al ver su ceguera, y en cambio impulsó el sacrificio verdadero, ofreciendo el cual podían tener a Dios propicio a fin de que El les diese la vida. Como dice en otro lugar: «El sacrificio agradable a Dios es un corazón contrito. Olor de suavidad que a Dios agrada es el corazón que da gloria a su Creador» (314). Pues si indignado hubiese rechazado sus sacrificios por ser indigno de conseguir su misericordia, ciertamente no hubiera indicado otros por medio de los cuales podrían salvarse. Mas, como Dios está lleno de misericordia, no los privó de un buen consejo. Pues, aunque dijo por Jeremías: «¿Para qué me ofrecéis incienso de Saba y canela de tierras lejanas? No me agradan vuestros holocaustos y sacrificios» (Jer 6,20); en seguida añadió: «Escuchad la Palabra del Señor, todos los hombres de Judá. Esto dice el Señor Dios de Israel: *Enderezad vuestros caminos y vuestra conducta, y os haré habitar en este lugar. No os fiéis de palabras mentirosas, porque no os serán de ningún provecho, cuando decís: ¡Templo del Señor! ¡Templo del Señor!*» (Jer 7,2-4).

17,3. Y además, para dar a entender que no los sacó de Egipto a fin de que le ofreciesen sacrificios, sino para que, olvidando la idolatría de los egipcios, pudieran escuchar la voz de Dios que les traería salvación y gloria, dice por medio del mismo Jeremías: «Esto dice el Señor: *¡Añadid holocaustos a los sacrificios y comed la carne! Pues yo no hablé con vuestros padres para ordenarles holocaustos y sacrificios cuando los saqué de Egipto; sino que les dirigí mi Palabra para mandarles: Escuchad mi voz y yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo. Caminad en todos mis caminos como yo os mandare, para que os vaya bien. Y no obedecieron ni hicieron caso, sino que caminaron según les dictó la malicia de sus corazones, [1022] y se volvieron atrás en vez de seguir adelante*» (Jer 7,21-25). Y en otro pasaje del mismo profeta: «El que se gloríe, gloríese sabiendo y entendiendo que yo soy el Señor que ejerce en la tierra misericordia, justicia, y juicio»; y concluye: «Esta es mi voluntad, dice el Señor» (Jer 9,23). No se complace en oblaciones, holocaustos y sacrificios.

Estas cosas no eran principales sino secundarias, y por este motivo las recibió el pueblo, como Isaías indica: «No me honraste con las ovejas de tus holocaustos ni con tus sacrificios; no te pedí que me sirvieras con ofrendas ni te cansé exigiéndote incienso; no me has comprado perfumes con tu plata; ni me saciaste con la grasa de tus sacrificios. Por el contrario, te acercaste a mí lleno de pecados y de iniquidades» (Is 43,23-24). Y dice: «¿Sobre quién pondré mis ojos, sino sobre el manso y humilde que se estremece ante mi Palabra?» (Is 66,2). «No serán las grasas y las carnes gordas las que te quitarán tus injusticias» (Jer 11,15). «Este es el ayuno que yo quiero, dice el Señor: Desata toda atadura injusta, rompe toda cadena de relación violenta, deja ir en paz a los oprimidos, rompe todo contrato injusto; de corazón comparte tu pan con el hambriento; acoge en tu casa al extranjero sin techo; si ves a un desnudo, vístelo, y no desprecies a tus hermanos de sangre. Entonces tu luz despuntará como la aurora y tus heridas sanarán muy rápido; te precederá la justicia y la gloria del Señor te rodeará; apenas me estarás llamando yo te responderé: *¡Aquí estoy!*» (Is 58,6-9).

Zacarías, uno de los doce profetas, comunicando la voluntad de Dios, escribe: «Esto dice el Señor omnipotente: *Juzgad con justo juicio, [1023] cada uno tenga piedad y misericordia de su hermano; dejad de oprimir al huérfano, a la viuda y al extranjero, y ninguno recuerde en su corazón el mal que le haya hecho su hermano*» (Zac 7,9-10). Y añade: «Estas son las palabras que dirás: *Cada uno diga la verdad a su prójimo, juzgad con justicia en vuestras puertas, que ninguno le dé vueltas en su corazón al mal que su*

hermano le haya hecho, no os deleitéis en el falso juramento, porque yo odio todo esto, dice el Señor omnipotente» (Zac 8,16-17). También David dice algo semejante: «¿Cuál es el hombre que ama la vida y desea vivir días felices? Reprime tu lengua del mal, y tus labios para que no digan palabras dolosas. Apártate del mal y haz el bien, busca la paz y ve tras ella» (Sal 34[33],13-15).

17,4. Por todo lo anterior queda claro que Dios no les exigía sacrificios y holocaustos, sino la fe, la obediencia y la justicia para su salvación. Así les enseñó Dios su voluntad por el profeta Oseas: «Quiero misericordia y no sacrificio, conocimiento de Dios más que holocaustos» (Os 6,6). Y también el Señor los exhortó diciendo: «¿Si supiéseis lo que significa: *Misericordia quiero y no sacrificios*, nunca habríais condenado al inocente» (Mt 12,7). De este modo dio testimonio de que los profetas predicaban la verdad, y al mismo tiempo reprendió a los otros por su ignorancia culpable.

2.10. El Sacrificio del Nuevo Testamento

17,5. Dando consejo a sus discípulos de ofrecer las primicias de sus creaturas a Dios, no porque éste las necesitase, sino para que no fuesen infructuosos e ingratos, tomó el pan creatural y, dando gracias, dijo: «Esto es mi cuerpo» (Mt 26,26). Y del mismo modo, el cáliz, también tomado de entre las creaturas como nosotros, confesó ser su sangre, y enseñó que era la oblación del Nuevo Testamento. La Iglesia, recibéndolo de los Apóstoles, en todo el mundo ofrece a Dios, que nos da el alimento, las primicias de sus dones en el Nuevo Testamento.

Con estas palabras lo preanunció Malaquías, uno de los doce profetas: «No me complazco en vosotros, dice el Señor omnipotente, y no recibiré el sacrificio de vuestras manos. Porque desde el oriente hasta el occidente mi nombre es glorificado en las naciones, y en todas partes se ofrece a mi nombre [1024] incienso y un sacrificio puro: porque grande es mi nombre en las naciones, dice el Señor omnipotente» (Mal 1,10-11). Con estas palabras indicó claramente que el pueblo antiguo dejaría de ofrecer a Dios; y que en todo lugar se le habría de ofrecer el sacrificio puro; y su nombre es glorificado en los pueblos.

17,6. ¿Y qué otro nombre es glorificado en todas las naciones, sino el de nuestro Señor, por el cual reciben gloria tanto el Padre como el ser humano? Y lo llama «su nombre» porque es el de su propio Hijo, al cual él mismo ha hecho hombre (Mt 1,21). Es como si un rey pintase la imagen de su hijo, justamente la llamaría su propia imagen a doble título: porque es la de su hijo, y porque él mismo la hizo. Algo semejante sucede con el nombre de Jesucristo al que la Iglesia rinde gloria en todo el mundo: el Padre confiesa que es suyo, primero porque es de su Hijo, y segundo porque El mismo lo ha escrito y dado para su salvación al ser humano (Hech 4,12). Así pues, porque el nombre del Hijo es también del Padre, y porque la Iglesia ofrece su oblación en todas partes a Dios omnipotente por Jesucristo, bien dice (el profeta) por ambos motivos: «Y en todo lugar se ofrece incienso a mi nombre y un sacrificio puro» (Mal 1,11). Juan dice en el Apocalipsis que el incienso es la oración de los santos (Ap 5,8).

18,1. Por consiguiente, la oblación de la Iglesia que dice el Señor se le ofrece por todo el mundo, es un sacrificio puro y acepto a Dios; no porque El tenga necesidad de nuestro sacrificio, sino porque quien lo ofrece recibe gloria al momento mismo de ofrecerlo, si su oblación es aceptada. Al ofrecer al Rey nuestra oblación le rendimos

honor y le mostramos afecto. Esto es lo que el Señor, queriendo que lo hiciésemos con toda simplicidad e inocencia, enseñó a ofrecer diciendo: «Si al presentar tu oblación ante el altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu oblación ante el altar, primero ve a reconciliarte con tu hermano, y vuelve luego a presentar tu ofrenda» (Mt 5,23-24). Lo propio es, pues, ofrecer a Dios las primicias de su creatura, como dice Moisés: «No te presentarás con las manos vacías en la presencia del Señor tu Dios» (Dt 16,16). De este modo, en las mismas cosas en las cuales el ser humano muestra su gratitud, [1025] Dios reconoce su agradecimiento y recibe el honor divino.

18,2. No se condena, pues, el sacrificio en sí mismo: antes hubo oblación, y ahora la hay; el pueblo ofrecía sacrificios y la Iglesia los ofrece; pero ha cambiado la especie, porque ya no los ofrecen siervos, sino libres. En efecto, el Señor es uno y el mismo, pero es diverso el carácter de la ofrenda: primero servil, ahora libre; de modo que en las mismas ofrendas reluce el signo de la libertad; pues ante él nada sucede sin sentido, sin signo o sin motivo. Por esta razón ellos consagraban el diezmo de sus bienes. En cambio quienes han recibido la libertad, han consagrado todo lo que tienen al servicio del Señor. Le entregan con gozo y libremente lo que es menos, a cambio de la esperanza de lo que es más, como aquella viuda pobre que echó en el tesoro de Dios todo lo que tenía para vivir (Lc 21,4).

18,3. En un principio Dios puso los ojos sobre las oblaciones de Abel, porque las ofrecía con sencillez y justicia; en cambio no miró el sacrificio de Caín, porque su corazón estaba dividido por celos y malas intenciones contra su hermano, según Dios mismo le dijo al reprenderlo por lo que ocultaba: «¿Acaso no pecas aunque ofrezcas tu sacrificio rectamente, si no compartes con justicia? Tranquilízate» (Gén 4,7). Es que no se aplaca a Dios con el sacrificio. Por eso, si alguien tratara de ofrecer su sacrificio de modo que pareciese puro, recto y legítimo, en cambio en su alma no compartiera con rectitud en el trato con su hermano ni tuviera temor de Dios, no por haber ofrecido un sacrificio externamente correcto seduciría a Dios: por dentro estaría lleno de pecado y su oblación de nada le serviría si no cesa de hacer el mal que ha concebido interiormente; pues al simular una obra, el pecado mismo hace homicida a esa persona.

Por eso el Señor decía: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! Os parecéis a sepulcros blanqueados. Por fuera la tumba parece hermosa, pero por dentro está llena de huesos de muerto y podredumbre. Así vosotros: por fuera parecéis justos ante los hombres, pero por dentro estáis llenos [1026] de maldad e hipocresía» (Mt 23,27-28). Por fuera daban la impresión de ofrecer el sacrificio de modo legítimo; pero dentro de ellos ocultaban los celos como Caín. Por eso asesinaron al justo (Sant 5,6), dejando de lado, como Caín, el consejo del Verbo [\(315\)](#), pues El le dijo: «Tranquilízate!», pero no hizo caso. ¿Y qué otra cosa puede significar tranquilizarse, sino dominar sus impulsos? También dijo otra cosa parecida: «¡Fariseo ciego!, limpia la copa por dentro para que también esté limpia por fuera» (Mt 23,26). Pero no escucharon. Jeremías dice: «Tus ojos y tu corazón no están sanos, sino que en tu avidez sólo piensas en derramar la sangre del justo, en la opresión y en cometer homicidio» (Jer 22,17). Y también Isaías: «Habéis hecho planes pero no para mí, pactos pero no por mi Espíritu» (Is 30,1).

Y para que su voluntad y sus pensamientos interiores, una vez puestos de manifiesto, manifestaran que el Dios que los desenmascara no es culpable de ellos ni obra el mal, sino que la culpa recae sobre el que hace el mal, le dice a Caín que rehúsa tranquilizarse: «El se revuelve sobre ti, y tú lo debes dominar» (Gén 4,7). Algo

semejante dijo a Pilato: «No tendrías ningún poder si no se te hubiese dado de lo alto» (Jn 19,11). Porque Dios siempre concede al justo sufrir a fin de que ese sufrimiento que soporta le sirva de prueba; y en cambio el perverso sea juzgado y por sus mismas acciones sea echado fuera. Por ello no son los sacrificios los que purifican al ser humano, pues Dios no los necesita; sino la conciencia pura de quien lo ofrece es lo que santifica el sacrificio, y hace que Dios los reciba como de un amigo. En cambio peca «quien mata en mi honor un becerro como si matara un perro» (Is 66,3).

18,4. Mas, como la Iglesia lo ofrece con simplicidad, ante Dios este sacrificio se le tiene por puro. Así dijo Pablo a los Filipenses: «Me siento lleno con los dones que me enviasteis por medio de Epafrodito, como un perfume de suavidad y un sacrificio aceptable que agrada a Dios» (Fil 4,18). Conviene, pues, que ofrezcamos a Dios el sacrificio y que en todo seamos gratos al Dios Demiurgo, con pensamientos puros, con fe sin hipocresía, con esperanza firme, fervientes en el amor, ofreciendo las primicias de sus creaturas. [1027] Y sólo la Iglesia ofrece esta oblación pura al Demiurgo, cuando la presenta en acción de gracias por los dones que provienen de la creación. Los judíos ya no la ofrecen, porque sus manos están llenas de sangre (Is 1,15); pues rechazaron al Verbo, por medio del cual se ofrece a Dios el sacrificio. Pero tampoco lo ofrece ninguna de las comunidades de los herejes: porque unos llaman Padre a alguien diverso del Demiurgo, si le ofrecieran una creatura, lo mostrarían ansioso de lo que pertenece a otro y codicioso de lo ajeno. Y por su parte, quienes pregonan que todas las creaturas que nos rodean fueron hechas de la penuria, ignorancia y pasión, ofreciendo el fruto de la ignorancia, de la pasión y de la penuria pecan contra su Padre, más ofendiéndolo que dándole gracias.

¿Cómo les constará que el pan sobre el que se han dado gracias, es el cuerpo de su Señor, y el cáliz de su sangre, si no creen en el Hijo del Demiurgo del mundo, es decir, en su Verbo, por el cual el árbol da fruto, las fuentes manan y la tierra da primero el tallo, después de un poco la espiga, y por fin el trigo lleno en la espiga? (Mc 4,27-28)

[1028] 18,5. ¿Cómo dicen que se corrompe y no puede participar de la vida, la carne alimentada con el cuerpo y la sangre del Señor? Cambien, pues, de parecer, o dejen de ofrecer estas cosas. Por el contrario, para nosotros concuerdan lo que creemos y la Eucaristía y, a su vez, la Eucaristía da solidez a lo que creemos. Le ofrecemos lo que le pertenece, y proclamamos de manera concorde la unión y comunidad entre la carne y el espíritu. Porque, así como el pan que brota de la tierra, una vez que se pronuncia sobre él la invocación (**epíklesin**) de Dios, ya no es pan común, [1029] sino que es la Eucaristía compuesta de dos elementos, terreno y celestial, de modo semejante también nuestros cuerpos, al participar de la Eucaristía, ya no son corruptibles, sino que tienen la esperanza de resucitar para siempre.

18,6. Pues no lo ofrecemos como si él lo necesitase, sino para dar gracias por su don y santificar las creaturas (316). Así como a Dios no le hace falta lo nuestro, así a nosotros sí nos hace falta ofrecer algo a Dios, como dice Salomón: «Quien se compadece del pobre presta a Dios» (Prov 19,17). Mas aunque Dios no tenga necesidad de nada, recibe nuestras buenas obras a fin de darnos en retorno sus propios bienes, como dice nuestro Señor: «Venid, benditos de mi Padre, a recibir el reino preparado para vosotros; porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, vagué peregrino y me recibisteis, desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme» (Mt 25,34-36). Así como él no necesita de estas cosas, y sin embargo quiere

que las hagamos en favor de nosotros mismos, así también el Verbo mismo mandó al pueblo que ofreciera oblaciones aunque él no las necesitaba, sino para que aprendiera a servir a Dios, como también quiere que nosotros ofrezcamos en el altar el don, con frecuencia y sin cesar nunca (317). Porque hay un altar en los cielos, al que todas nuestras oblaciones se dirigen; y un templo, como Juan dice en el Apocalipsis: «Se abrió el templo de Dios» (Ap 11,19); y sobre el santuario: «Apareció el santuario de Dios, en el que habitará junto con los hombres» (Ap 21,3).

3. Toda la Escritura se refiere a Cristo

3.1. Dios es incomprendible

19,1. El pueblo antiguo recibió todos los dones, oblaciones y sacrificios [1030] como una figura, como se lo mostró a Moisés en el monte el único y mismo Dios a cuyo nombre la Iglesia da gloria hoy entre todas las naciones. Convenía que las cosas terrenas, hechas para nosotros, nos sirviesen como figuras de los bienes celestiales hechos por el mismo Dios: de otra manera no se entendería que otra cosa diversa de los bienes espirituales pudiera ser su imagen. Pues las cosas espirituales que están sobre los cielos, son para nosotros invisibles e inefables; pero decir que ellas son tipos de otros bienes aún superiores a los cielos y que pertenecen a otro Pléroma y que son imagen de otro Dios y Padre, sería en absoluto propio de tontos e idiotas. Porque, como antes dijimos muchas veces, dichas personas se ven forzadas a inventar imágenes de imágenes ya que nunca se asienta su mente encontrando un solo Dios. Sus ideas van más allá de Dios, y ellos, en sus corazones, sobrepasan al Maestro; se imaginan haberse elevado y sobreexaltado, cuando en realidad se les escapa el Dios verdadero.

19,2. Con justicia se les podría decir, como la Palabra misma sugiere: «Puesto que os habéis alzado por sobre Dios, orgullosos tontos -pues habéis oído que *El contiene los cielos en la palma de su mano* (Is 40,12)-, decidme cuánto miden y reveladme su innumerable cantidad de codos (318), enseñadme su *longitud, anchura y altitud* (Ef 3,18), el principio y el fin de sus límites, puesto que el corazón del ser humano es incapaz de captarlo y entenderlo». Pues en verdad son grandes los tesoros del cielo: el corazón no puede medir a Dios y el alma no es capaz de entender a aquel que sostiene la tierra con la palma de su mano. ¿Quién adivinará sus dimensiones, y quién conocerá el dedo de su mano derecha? ¿O quién abarcará su mano con la cual mide lo inmensurable, que con su propia medida determina las medidas de los cielos y con su puño demarca la tierra con abismos, que en sí misma contiene la anchura, longitud, profundidad y altura de toda la creación, que se ve, se oye, se entiende y sin embargo es invisible? Por eso Dios está «por sobre [1031] todo Principado, Potestad, Dominación, y por sobre todo lo que puede nombrarse» (Ef 1,21) entre las cosas hechas y creadas. El llena los cielos (Jer 23,24) y «contempla los abismos» (Dan 3,55); y, sin embargo, está con cada uno de nosotros: «Yo soy un Dios cercano y no lejano. Si el hombre se escondiese en lo más recóndito, ¿acaso yo no lo vería?» (Jer 23,23) Su mano abarca todas las cosas, ilumina los cielos y todo cuanto está bajo los cielos, «escruta los riñones y el corazón» (Ap 2,23), está presente en nuestros escondrijos y secretos, y abiertamente nos conserva y alimenta.

19,3. Si el hombre, pues, no puede contener la plenitud y grandeza de su mano, ¿cómo puede alguien pretender que conoce y entiende en su corazón a un Dios tan grande? Mas ellos, como si ya lo hubiesen visto, medido y recorrido todo lo que El es, inventan

que por sobre El existen otro Pléroma de Eones y otro Padre. No volviendo los ojos a las cosas celestiales se hunden en el profundo Abismo de su locura, diciendo que su Padre termina donde comienzan los seres que están fuera del Pléroma, que el Demiurgo no alcanza el Pléroma, y de esta manera ninguno de ellos puede ser perfecto ni comprender todas las cosas: en efecto, al primero le faltaría toda la creación del mundo fuera del Pléroma, y a éste la creación de las cosas que están dentro del Pléroma, y así ni uno ni otro sería el Señor. Mas es evidente para cualquiera, que nadie puede expresar la grandeza de Dios a partir de las cosas creadas; y cualquiera que juzgue las cosas dignamente, confesará que su grandeza no puede venir a menos, sino que contiene todas las cosas, llega hasta nosotros y permanece con nosotros.

3.2. Dios creó por su Verbo y su Sabiduría

[1032] 20,1. No es posible conocer a Dios en su grandeza; pues es imposible medir al Padre: mas según su amor (pues éste es el que nos conduce a Dios por el Verbo), obedeciéndolo, aprendemos constantemente cuán grande es Dios, y que él por sí mismo crea, elige, adorna y contiene todas las cosas, y entre todas éstas también está incluido nuestro mundo. Nosotros mismos fuimos hechos junto con estas cosas que él contiene. A esto se refiere la Escritura cuando dice: «Y Dios plasmó al hombre, tomando el barro de la tierra, e infundió en su cara el sopro de vida» (Gén 2,7). Por tanto, no fueron los ángeles quienes nos hicieron o plasmaron, pues los ángeles no podían reproducir la imagen de Dios; ni otro alguno, fuera del Verbo del Señor, ni algún Poder que no fuese el mismo Padre universal. Porque Dios no tenía necesidad de ningún otro, para hacer todo lo que El había decidido que fuese hecho, como si El mismo no tuviese sus manos. Pues siempre le están presentes el Verbo y la Sabiduría, el Hijo y el Espíritu, por medio de los cuales y en los cuales libre y espontáneamente hace todas las cosas, a los cuales habla diciendo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gén 1,26): toma de sí mismo la substancia de las creaturas, el modelo de las cosas hechas y la forma del ornamento del mundo.

3.3. Dios se comunica por su Verbo

20,2. Bien dice la Escritura: «Ante todo cree que hay un solo Dios que ha creado, hizo y llevó a término todas las cosas a partir de la nada para que existiesen, El contiene todo y nada puede contenerlo». (319) [1033] Y también dijo bien Malaquías: «¿Acaso no hay un solo Dios que nos ha creado? ¿Acaso no es uno solo el Padre de todos nosotros?» (Mal 2,10). En consecuencia el Apóstol dice: «Uno solo es Dios, el Padre, que está sobre todos y en todos nosotros» (Ef 4,6). Lo mismo el Señor: «Todo me lo ha dado mi Padre» (Mt 11,27), y claramente se refiere al que hizo todas las cosas; pues no le dio cosas ajenas, sino las suyas. Y cuando dice «todas las cosas» ninguna queda excluida. Por eso El mismo es «juez de vivos y muertos» (Hech 10,42), el cual «tiene la llave de David; abrirá y nadie cerrará; cerrará y nadie abrirá» (Ap 3,7). Pues, en efecto, nadie en los cielos ni en la tierra ni bajo la tierra puede abrir el libro del Padre, ni siquiera verlo (Ap 5,3), excepto el Cordero que ha sido muerto (Ap 5,12), que nos ha redimido con su sangre (Ap 5,9) después de haber recibido el poder de Dios que hizo todas las cosas por medio de su Verbo y las ordenó por su Sabiduría.

Este mismo Verbo recibió todo el poder cuando se hizo carne (Jn 1,14) a fin de que, así como tiene el principado en los cielos como Verbo de Dios, así también lo tenga en la tierra como hombre justo «que no cometió pecado ni se encontró dolo en su boca» (1 Pe

2,22). Y como «primogénito de los muertos» (Col 1,18) tiene el principado sobre todo lo que está bajo la tierra. De esta manera, como arriba dijimos, todas las cosas pueden ver a su Rey. De esta manera la luz del Padre irrumpe en la carne de nuestro Señor, y de esa carne sus rayos se reflejan en nosotros, para que el ser humano, rodeado por la luz del Padre, se haga incorruptible.

20,3. Que el Verbo, o sea el Hijo, ha estado siempre con el Padre, de múltiples maneras lo hemos demostrado. Y que también su Sabiduría, o sea el Espíritu estaba con El antes de la creación, lo afirma por Salomón: «Dios creó la tierra con sabiduría, y con inteligencia consolidó los cielos; por su ciencia se abrieron los abismos y las nubes destilaron rocío» (Prov 3,19-20). Y también: «El Señor me hizo al inicio de sus caminos, antes de sus obras. Desde la eternidad me fundó, desde el principio, antes que la tierra. Antes de que existiesen los abismos y manasen las fuentes de las aguas, antes de que se asentasen los montes, antes de todas las colinas me engendró» (Prov 8,22-23). Y también: [1034] «Cuando asentó los cielos, yo estaba con El, y cuando afirmó las fuentes del abismo; cuando fortalecía los cimientos de la tierra, yo estaba con El como arquitecto. Yo era en quien El se complacía, y cada día me alegraba en todo tiempo ante su rostro, cuando El se gozaba en la perfección del orbe y se regocijaba con los hijos de los hombres» (Prov 8,27-31).

3.4. El Verbo de Dios habló por los profetas

20,4. Uno solo es Dios, que hizo y ordenó todo mediante el Verbo y la Sabiduría: es el mismo Demiurgo que asignó este mundo al género humano. El, por su grandeza, no ha sido conocido por aquellos mismos que El creó (pues nadie ha investigado su profundidad, ni de entre los antiguos que ya han fallecido, ni de entre los que aún viven); en cambio, por el amor, lo conocemos mediante aquel por cuyo ministerio él hizo todas las cosas. Este es su Verbo, nuestro Señor Jesucristo, el cual en los tiempos recientes se hizo hombre entre los hombres, para unir el fin con el principio, es decir, al hombre con Dios. Y por tal motivo los profetas, habiendo recibido del mismo Verbo el don profético ([320](#)), predicaron su venida en la carne, por medio de la cual se realizó la mezcla y comunión de Dios con el hombre según el beneplácito de Dios. El Verbo había preanunciado desde el principio que habríamos de ver a Dios entre los hombres, que entraría en contacto con éstos sobre la tierra y hablaría con ellos, que se haría presente a su ser creado para salvarlo, y que se mostraría sensiblemente para liberarnos de manos de todos los que nos odian, esto es, de todos los espíritus rebeldes. Y que nos haría servirlo en santidad y justicia todos nuestros días, a fin de que, habiendo el hombre abrazado al Espíritu de Dios, entre en la gloria del Padre.

3.5. El Padre habló a los profetas por su Hijo y el Espíritu

20,5. Esto decían los profetas en sus anuncios, pero no como dicen algunos, que los profetas veían a alguien distinto de Dios Padre, el cual permanece invisible. Esto enseñan aquellos que ignoran enteramente lo que sea la profecía. Porque la profecía es la predicción de cosas futuras, es decir, el preanuncio de cosas que sólo después serán reales. Los profetas predecían que los hombres habrían de ver a Dios, como dice el Señor: «Dichosos los limpios de corazón, porque [1035] ellos verán a Dios» (Mt 5,8). Aunque, a decir verdad, «ninguno verá a Dios y vivirá» (Ex 33,20), si lo ve en toda su grandeza e inefable gloria; porque el Padre es inaccesible. Pero, por su amor, bondad y omnipotencia, va a conceder a todos aquellos a quienes ama, el privilegio de ver a Dios,

como los profetas anunciaban; porque «lo que para los hombres es imposible, es posible para Dios» (Lc 18,27).

El hombre no verá a Dios por sí mismo; pero El, si lo quiere, se dejará ver de los hombres: de aquellos que el quiera, y cuando y como quiera, porque Dios es omnipotente. Por medio del Espíritu se dejó ver proféticamente; por medio del Hijo se dejó ver según la adopción; se hará ver según su paternidad en el reino de los cielos (321): el Espíritu prepara al hombre para el Hijo de Dios, el Hijo lo conduce al Padre, el Padre concede la incorrupción para la vida eterna, que a cada uno le viene con la visión de Dios. Pues así como los que ven la luz están en la luz y perciben su claridad, así también quienes ven a Dios están en Dios y ven su claridad. Y la claridad de Dios da la vida: es decir, quienes ven a Dios tienen parte en la vida. Por eso el que no puede ser abarcado, comprendido ni visto, concede a los seres humanos que lo vean, lo comprendan y abarquen, a fin de darles la vida una vez que lo han visto y comprendido. Así como su grandeza es insondable, así también es inefable su bondad, [1036] por la cual da la vida a quienes lo ven: porque vivir sin tener la vida es imposible, la vida viene por participar de Dios, y participar de Dios es verlo y gozar de su bondad.

20,6. Pues los hombres verán a Dios para vivir, haciéndose inmortales por la visión, por la que se aproximarán a Dios. Y, como antes dije, los profetas explicaban por medio de figuras que verían a Dios todos los hombres portadores de su Espíritu, que sin desmayar esperan su venida. Así como enseña Moisés en el Deuteronomio: «En aquel día veremos que Dios hablará al hombre, y éste vivirá» (Dt 5,24). Pues algunos de ellos veían al Espíritu profético y sus obras, que impregnaban todos los tipos de sus dones. Otros veían la venida del Señor, y toda su Economía desde sus inicios, por medio de la cual cumplió la voluntad celestial y terrena del Padre. Otros veían las glorias del Padre, de manera adaptada a los que entonces las contemplaban y escuchaban, y a los hombres que en el futuro habrían de oír hablar de ellas.

Así se revelaba Dios: pues por todas estas cosas el Padre se manifiesta, por medio de la obra del Espíritu, el ministerio del Hijo y la aprobación del Padre, perfeccionando así al hombre en vista de su salvación. Como dice el profeta Oseas: «Yo multipliqué las visiones, y las manos de los profetas me han representado» (Os 12,11). Y el Apóstol afirma lo mismo cuando dice: «Hay diversidad de carismas, pero un solo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero el mismo Señor; hay diversidad de operaciones, pero el mismo Dios, que obra todo en todos. Pues a cada uno se le da la manifestación del Espíritu para el servicio» (1 Cor 12,4-7). Pero, puesto que [1037] es Dios quien obra todo en todos, el saber cómo o cuán grande sea, es invisible e inefable para todas sus criaturas; mas no es en modo alguno desconocido: pues todas ellas aprenden por el Verbo, que hay un Dios Padre, que contiene todas las cosas y a todas les da el ser, como está escrito en el Evangelio: «Nadie vio jamás a Dios; el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha revelado» (Jn 1,18).

20,7. El Hijo habla del Padre desde el principio, porque desde el principio está con el Padre, y comunica al género humano, para su utilidad, las visiones proféticas, la repartición de los carismas y sus ministerios, y en forma continuada y al mismo tiempo la glorificación del Padre, en el tiempo oportuno. Pues donde hay continuidad hay constancia, y donde hay constancia hay desarrollo en el tiempo, y donde hay desarrollo en el tiempo hay utilidad: por eso el Verbo fue hecho dispensador de la gracia del Padre para utilidad de los hombres, por los cuales ordenó toda esta Economía, para mostrar a

Dios a los hombres y presentar el hombre a Dios. De esta manera custodió la invisibilidad del Padre, por una parte para que el hombre nunca despreciase a Dios y para que siempre tuviese en qué progresar; y por otra parte para revelar a Dios a los hombres mediante una rica Economía, a fin de que el hombre no cesase de existir faltándole Dios enteramente. Porque la gloria de Dios es el hombre viviente: y la vida del hombre es la visión de Dios. Si la manifestación de Dios por la creación da vida en la tierra a todos los vivientes, mucho más la manifestación por el Verbo del Padre da vida a aquellos que contemplan a Dios.

20,8. El Espíritu de Dios anunció el futuro mediante los profetas, preparándonos y moldeándonos para que fuésemos súbditos de Dios; pues había de suceder que el hombre, por beneplácito del Espíritu Santo, contemplase (a Dios). Pues era necesario que quienes habían de predicar las cosas futuras, contemplasen a Dios, al cual proponían a la mirada de los hombres. Y lo habrían de hacer de modo que no sólo se hablase proféticamente de Dios y del Hijo de Dios, del Hijo y del Padre; sino que se diesen a conocer todas las cosas de Dios a todos los miembros enseñados y santificados; para que el hombre fuese educado y meditase cómo disponerse para la gloria que habría de revelarse a quienes aman a Dios (Rom 8,18.28).

Los profetas profetizaban no sólo por la palabra, sino también por sus visiones, por su conducta y por las acciones que realizaban [1038] según el Espíritu les sugería. De esta manera veían al Dios invisible, como dice Isaías: «Vi con mis ojos al Señor de los Ejércitos» (Is 6,5). Con esto dio a entender que el ser humano verá a Dios con sus ojos y escuchará su voz. De esta manera veían al Hijo de Dios hecho hombre conversar con los seres humanos (Bar 3,38), y así anunciaron lo que había de venir, hablando como presente de aquel que aún no lo estaba, presentando como pasible al impassible, y prediciendo que aquel que en ese tiempo estaba en los cielos, bajaría «al polvo de la muerte» (Sal 22[21],16). También anunciaron las Economías de su recapitulación, de las cuales unas las veían en visiones, otras las anunciaban por medio de la palabra, y otras las insinuaban mediante acciones que servían de figuras. Ellos veían visiblemente lo que un día habría de ser visto, proclamaban con la palabra lo que un día habría de ser oído, y realizaban con acciones aquello que un día habría de llevarse a cabo: de este modo anunciaban todas las cosas de modo profético. Por eso Moisés decía al pueblo infiel a la Ley, que Dios era un fuego (Dt 4,24), para amenazarlos con el fuego que Dios un día mandaría sobre ellos; y a quienes mantenían el temor de Dios, les decía: «El Señor Dios es clemente y compasivo, generoso y fiel, es veraz y ejercita la justicia y la misericordia mil veces, borrando las injusticias, iniquidades y pecados» (Ex 34,6-7).

20,9. El Verbo «hablaba con Moisés cara a cara, como un amigo habla con su amigo» (Ex 33,11). Moisés, sin embargo, deseó ver abiertamente a aquel con quien hablaba, y se le dijo: «Quédate sobre la roca y te cubriré con mi mano. Cuando pase mi gloria verás mis espaldas; pero no verás mi rostro; pues ningún ser humano puede ver mi rostro y vivir» (Ex 33,20-22). Reveló ambas cosas: por una parte el hombre no puede ver a Dios, y, por otra, mediante la sabiduría de Dios en los últimos tiempos el ser humano lo verá sobre la roca, es decir, en aquel que será hombre en su venida (322). Por eso Moisés habló con El cara a cara en la altura del Monte, en presencia de Elías, como lo recuerda el Evangelio (Mt 17,3). De este modo se cumplió al fin la antigua promesa.

3.6. Los profetas no veían directamente a Dios

20,10. Los profetas no veían, pues, directamente la cara misma de Dios, [1039] sino las Economías y los misterios por los cuales el ser humano comenzaría a ver a Dios. Así lo dijo a Elías: «Mañana saldrás y estarás en la presencia del Señor, y El Señor pasará. Un fuerte viento resquebrajará las montañas y quebrantará las piedras en presencia del Señor. Pero éste no será el viento (Espíritu) del Señor; después del viento temblará la tierra, pero el Señor no estará en el terremoto; después del sismo, vendrá el fuego, mas no estará el Señor en el fuego; y después del fuego vendrá una brisa suave» (1 Re 19,11-12). El profeta se sentía indignado por los delitos del pueblo que mataba a los profetas; mas se le enseñó a proceder con mayor mansedumbre. Con esto se preparaba la venida del Señor en cuanto hombre (después de la Ley que Moisés había dado) manso y humilde, que no quebró la caña cascada ni apagó la mecha humeante (Mt 12,20; Is 42,3). También quería significar el descanso manso y pacífico de su Reino; porque tras el viento que destruye las montañas, del terremoto y del fuego, ha venido el tiempo de su Reino, en el cual el Espíritu de Dios con toda tranquilidad da vida y crecimiento al ser humano.

Con más evidencia aún el caso de Ezequiel muestra cómo los profetas no venían propiamente a Dios mismo, sino «de manera imperfecta» (1 Cor 13,9.12) las Economías de Dios. Habiendo tenido una visión de Dios (Ez 1,1), recordó los querubines, las ruedas y todo el desarrollo de ese misterio, contempló sobre ellos «como un trono» y sobre el trono «una figura de aspecto humano», sobre sus hombros «una figura como de metal brillante», y hacia abajo «una figura como fuego» (Ez 1,26-27). Y después de narrar el resto de toda la visión del trono, para que nadie imaginase que había visto a Dios mismo, añadió: «Esta visión era semejante a la gloria del Señor» (Ez 1,28).

20,11. Luego si ni Moisés, ni Elías, ni Ezequiel vieron a Dios, los cuales habían contemplado muchas cosas celestiales, lo que ellos veían era sólo una «imagen de la gloria de Dios» y una profecía de los bienes futuros. Es, pues, evidente que es invisible el Padre [1040] del cual el Señor dijo: «Nadie ha visto jamás a Dios» (Jn 1,18); mas el Verbo mostraba la gloria del Padre y exponía sus Economías, según El quería para el bien de quienes lo veían, como el Señor dijo: «El Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, lo ha dado a conocer» (Jn 1,18). El Verbo, como revelador del Padre, siendo rico e inmenso, no se mostró bajo una sola figura o aspecto a quienes lo veían, sino como convenía según los tiempos y momentos de sus Economías, como Daniel escribió: alguna vez se hizo ver a aquellos que estaban junto a Ananías, Azarías y Misael, acompañándolos en el horno de fuego para librarlos del fuego: «Y veo a una cuarta persona semejante a un Hijo de Dios» (Dan 3,92). En otra oportunidad se mostró como una «piedra cortada del monte sin manos humanas» (Dan 2,34-35) que destrozó y echó por tierra los reinos temporales, y en cambio ella misma llenó toda la tierra. En otra ocasión se dejó ver como un Hijo de Hombre que venía en las nubes del cielo, se acercó al Anciano en días, y de su mano recibió todo el poder, la gloria y el reino: «Su poder es un poder eterno, y no tendrá fin su reino» (Dan 7,13-14).

Juan, discípulo del Señor, vio en el Apocalipsis la gloriosa y sacerdotal venida de su reino: «Me di vuelta para mirar de quién era la voz que me hablaba, y al volverme vi siete candelabros de oro y entre los candelabros a uno semejante al Hijo del Hombre vestido de poder y ceñido a la altura del pecho con un cinturón de oro; su cabeza y cabellos eran blancos, como lana blanca y como nieve; sus ojos eran como una llama de

fuego; sus pies parecían bronce que se fundiera en el horno; su voz era como un torrente; en su mano derecha tenía siete estrellas; de su boca brotaba una espada de dos filos, y su cara era como un sol brillante en todo su poder» (Ap 1,12-16). Entre todas estas cosas, la cabeza significa que ha recibido la gloria del Padre; lo sacerdotal señala los poderes -por eso Moisés vistió al pontífice según este modelo (Ex 28,4; Lev 8,7)-; [1041] otra cosa es el fin, representado por el bronce en el horno de fundición, que indica la fe y la perseverancia de las oraciones por el fuego que se encenderá al fin de los tiempos.

Juan mismo no soportó la visión. En efecto, dice: «Caí a sus pies como muerto» (Ap 1,17), para que se cumpliera lo escrito: «Nadie puede ver a Dios y seguir viviendo» (Ex 33,20). Mas el Verbo le dio vida y le recordó que él, estando reclinado sobre su pecho durante la cena, le había preguntado quién era el que lo había de traicionar (Jn 13,15), y le dijo: «Yo soy el primero y el último, vivo por los siglos de los siglos y tengo las llaves de la muerte y de los lugares inferiores» (Ap 1,17-18). Después de esto, sobre una segunda visión en la que contempló al mismo Señor, escribió: «Vi en medio del trono, de los cuatro animales y de los ancianos, a un Cordero como muerto pero en pie, que tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus enviados por Dios a la tierra» (Ap 5,6-7).

Y añade, acerca del mismo Cordero: «Vi un caballo blanco, y el que lo montaba llevaba el nombre de Fiel y Verdadero. Combate y juzga con justicia. Sus ojos son como una llama de fuego. En su cabeza lleva muchas coronas. Tiene escrito un nombre que sólo El mismo conoce. Está vestido con una túnica teñida en sangre, y se le llama *Verbo de Dios*. En caballos blancos lo siguen los ejércitos del cielo vestidos de un lino blanco purísimo; de su boca sale una espada afilada para herir las naciones, para gobernarlas con cetro de hierro. Pisa las uvas en el lagar con el furor ardiente del Dios todopoderoso. Y tiene sobre el manto y sobre su muslo un nombre escrito: Rey de Reyes y Señor de Señores» (Ap 19,11-16). Esta es la manera como el Verbo de Dios enseñaba a los seres humanos las cosas de Dios, como en figura de los bienes futuros y como imágenes de la Economía del Padre.

3.7. Figura de las acciones proféticas

[1042] 20,12. No sólo usó el servicio de los profetas para anunciar de antemano y prefigurar la salvación futura, por medio de las visiones que veían y los discursos que predicaban, sino también a través de sus acciones. Así, por ejemplo, Oseas se casó con una «mujer prostituta», como una acción profética, para profetizar que «la tierra prostituyéndose se apartará del Señor» (Os 1,2) -diciendo *la tierra* se refiere a los seres humanos que la habitan-. De esta manera dio a entender que Dios se complacerá en tomar a estos seres humanos para con ellos construir su Iglesia, a fin de santificarla mediante la unión con su Hijo, así como el pueblo había sido santificado por la unión con el profeta. Por eso Pablo añadió: «La mujer infiel se santifica en el esposo creyente» (1 Cor 7,14). Además el profeta llamó a sus hijos: «La que no ha obtenido misericordia» y «No es mi pueblo» (Os 1,6-9) para que, como dice el Apóstol, «el pueblo que no es pueblo se haga pueblo, y la que no ha obtenido misericordia sea objeto de misericordia; de modo que en lugar de *No pueblo*, se les llame *hijos del Dios viviente*» (Rom 9,25-26). El Apóstol muestra ya realizado por Cristo en la Iglesia, lo que el profeta había simbolizado con sus actos.

De modo semejante Moisés tomó como mujer a una etíope (Ex 2,21) a la que hizo israelita, para que fuese figura del olivo salvaje que se injerta en el olivo bueno para participar de su fecundidad (Rom 11,17). El Cristo nacido según la carne un día habría de ser perseguido a muerte y librarse en Egipto, o sea entre los gentiles; y santificar a los que aún eran niños para de ellos formar su Iglesia -pues Egipto desde el principio era un pueblo pagano, así como Etiopía-. Por eso el matrimonio de Moisés era figura de los esponsales del Verbo, y mediante la esposa etíope se simbolizaba la Iglesia de los gentiles. [1043] Y aquellos que la calumnien, critiquen y ridiculicen, no estarán limpios: serán leprosos que han de ser arrojados del campo de los justos (Núm 12,10-14).

Así también Rahab, que se reconocía meretriz, porque era una mujer pagana culpable de todos los pecados, recibió a los tres espías que espían todo el terreno (Jos 2,1), y los escondió, es decir al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Y, cuando toda la ciudad en la que vivía se vino a tierra al sonar siete veces las trompetas, Rahab la prostituta se salvó junto con toda su familia, por la fe significada en el listón rojo (Jos 2,18); así dijo el Señor a aquellos que no aceptaban su venida, me refiero a los fariseos que anulaban el signo del listón rojo, esto es la Pascua, redención y liberación de Egipto en favor de su pueblo: «Los publicanos y las meretrices os precederán en el reino de los cielos» (Mt 21,31).

3.8. Figura de los patriarcas

21,1. También en Abraham nuestra fe estaba prefigurada. Él era el patriarca de nuestra fe, como muy por completo el Apóstol expuso en la Carta a los Gálatas: «Así pues, aquel que os da el Espíritu y obra milagros entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la Ley, [1044] o por la obediencia a la fe? Como Abraham creyó a Dios y le fue reputado como justicia. Reconoced, pues, que quienes proceden por la fe, éstos son hijos de Abraham. Previendo la Escritura que Dios justifica por la fe a los gentiles, de antemano anunció a Abraham que en su nombre serían benditas todas las naciones. Así pues, quienes creen serán benditos con Abraham el creyente» (Gál 3,5-9). Por estos motivos no únicamente lo llamó profeta de la fe, sino también padre de los fieles que, proviniendo de los gentiles, crean en Jesucristo; porque una sola es la fe, la suya y la nuestra: él por la promesa de Dios creyó en los bienes futuros como si ya fuesen reales, y de modo semejante nosotros, por la fe en la promesa de Dios, contemplamos la herencia del reino.

21,2. Tampoco carece de significado lo que sucedió a Isaac. En efecto, el Apóstol dice en la Carta a los Romanos: «También Rebeca, que había concebido de un solo varón, es decir de nuestro Padre Isaac», recibió la palabra del Verbo «para que fuese claro que las decisiones divinas no dependen de nuestras obras, sino del Dios que nos llama, se le dijo: *Hay dos pueblos en tu seno, dos naciones en tu vientre, uno de ellos se impondrá al otro, y el mayor servirá al menor*» (Rom 9,10-13). Resulta, pues, claro, que no sólo las acciones proféticas, sino también el parto de Rebeca, es profecía de los dos pueblos, uno mayor y otro menor, uno bajo el servicio, otro libre, sin embargo hijos del único y mismo Padre. Pues uno solo es Dios, el nuestro y el de ellos, el que conoce los secretos, [1045] que sabe todas las cosas antes de que sucedan, y por eso dice: «Amé a Jacob más que a Esaú» (Rom 9,13).

21,3. Y si atendemos a las obras de Jacob, no las hallaremos vacías, sino llenas de Economías. En primer lugar su nacimiento, pues salió cogiendo del talón a su hermano,

y por eso se le llamó Jacob (Gén 25,26), o sea «*El que suplanta*»: atrapa sin ser atrapado, ata los pies sin ser atado, combate y vence, detiene con la mano el talón del adversario, lo que significa victoria: para esto nació el Señor, de cuyo nacimiento Jacob era tipo, del que afirma Juan en el Apocalipsis: «Salió como vencedor para vencer» (Ap 6,2). Luego recibió la primogenitura, cuando su hermano la despreció (Gén 25,29-34): de esta manera también el pueblo nuevo (323) acogió a Cristo su primogénito (Col 1,15) cuando el pueblo más antiguo en edad (324) lo repudió diciendo: «No tenemos más rey que el César» (Jn 19,15). Y en Cristo se da toda bendición: por ello el pueblo más nuevo arrebató las bendiciones que el Padre había dado al pueblo antiguo, como Jacob la bendición de Esaú. Por eso sufría los ataques y persecuciones de su hermano, como la Iglesia de hoy los sufre de los de su raza (325).

La raza de Israel (las doce tribus) nació en suelo extranjero, porque también Cristo comenzaría a construir fuera de su patria las doce columnas de la Iglesia. Cabras manchadas fueron el salario que Jacob recibió (Gén 30,32), así como el salario de Cristo son los seres humanos que provienen de diversos pueblos para formar un solo rebaño en la fe, como el Padre le prometió: «Pídeme y te daré las naciones en herencia, y en propiedad los confines de la tierra» (Sal 2,8). Y como Jacob fue también profeta de una multitud de hijos del Señor, se vio obligado a hacerlos nacer de dos hermanas, así como Cristo lo hizo de dos leyes que provienen de uno y el mismo Padre, [1046] como de dos servidoras, para indicar que Cristo constituyó hijos de Dios a los que por la carne unos eran esclavos y otros libres; así como también a todos les dio el don del Espíritu que nos vivifica. Jacob hacía todo por la más joven de las hijas, que tenía unos ojos hermosos, Raquel, figura de la Iglesia por la cual Cristo sufrió. El mismo preparó en el tiempo antiguo, por medio de los patriarcas y profetas, usando figuras y preanuncios, los bienes que habían de venir. De esta manera puso en obra su parte en las Economías de Dios, y fue acostumbrando a su heredad a obedecer a Dios, a peregrinar por el mundo y a seguir su Palabra, para significar de antemano los bienes futuros. Así, pues, nada de lo acontecido es vano o sin significado.

3.9. Cristo cumple el Antiguo Testamento

22,1. En los últimos tiempos, «cuando llegó la plenitud del tiempo» (Gál 4,4) de la libertad, el Verbo por sí mismo «lavó la mancha de las hijas de Sion» (Is 4,4), cuando con sus manos lavó los pies de sus discípulos (Jn 13,5). Esta es la meta del género humano que recibió a Dios como herencia; a fin de que, así como al principio todos quedamos reducidos a la esclavitud y deudores de la muerte por culpa de los primeros (seres humanos), así también al final, en la persona de los últimos, es decir todos los que fueron discípulos lavados y purificados de la muerte, llegarán a la vida de Dios (326): pues quien lavó los pies a sus discípulos, santificó y purificó todo su cuerpo.

Por eso, mientras estaban recostados, les sirvió la comida, para dar a entender que había venido a servir la vida a los que yacían por tierra, como dice Jeremías: «El Señor Santo de Israel se acordó de sus muertos que dormían en la tierra del sepulcro, y bajó a ellos a fin de llevarles la Buena Nueva de su salvación y rescatarlos» (327). Por la misma razón los ojos de sus discípulos [1047] estaban cargados de sueño (Mt 26,43) cuando Cristo hizo frente a su pasión, y como el Señor los halló dormidos, primero los dejó, para mostrar la paciencia de Dios con los hombres que duermen; en seguida volvió, los despertó e hizo levantarse, para dar a entender que su pasión habría de despertar a los discípulos que duermen, en cuyo favor «descendió a los lugares inferiores de la tierra»

(Ef 4,9), para ver con sus propios ojos lo que faltaba de completar a la creación, sobre lo cual dijo a sus discípulos: «Muchos profetas y justos desearon ver y oír lo que vosotros veis y oís» (Mt 13,17).

22,2. Cristo descendió no sólo en favor de aquellos que creyeron en tiempos del César Tiberio; ni el Padre pensó de antemano sólo en los seres humanos de hoy, sino en todos los hombres que desde el principio, en su propio origen, temieron y amaron a Dios según sus capacidades, se comportaron con el prójimo con piedad y justicia, y desearon ver a Cristo y escuchar su voz. Por este motivo en su segunda venida despertará del sueño y hará resurgir en primer lugar a éstos, antes de los demás que serán juzgados, para introducirlos en su Reino.

«Porque en verdad hay un solo Dios» que guio a los patriarcas en sus Economías, «justificó la circuncisión por la fe y el prepucio por la fe» (Rom 3,30). Pues del mismo modo como ellos nos prefiguraron y anunciaron de antemano, así también ellos a su vez recibirán su cumplimiento en nosotros, es decir en la Iglesia (328), y recibirán el premio por sus trabajos.

23,1. Por eso decía el Señor a sus discípulos: «En verdad os digo, levantad vuestros ojos y ved los campos listos para la siega. Porque el segador recibe su salario y recoge el fruto para la vida eterna, a fin de que el que siembra y el que siega se alegren juntos. En esto se verifica el dicho: *Uno es el que siembra y otro el que cosecha*. Yo os he enviado a segar lo que no habéis sembrado; otros trabajaron y vosotros recogéis el fruto de sus labores» (Jn 4,35-38). ¿Y quiénes son los que trabajaron y sirvieron a las Economías de Dios? Es claro que los patriarcas y profetas, los cuales también fueron figuras de nuestra fe, sembraron en la tierra la venida del Hijo de Dios, acerca de quién y cómo sería, [1048] a fin de que los seres humanos que habrían de sucederlos algún día, revestidos de temor de Dios fácilmente acogieran el advenimiento de Cristo, una vez instruidos por los profetas.

Por eso a José que, al darse cuenta de que María estaba encinta, había pensado en dejarla en secreto, el ángel le dijo en sueños: «No temas recibir a María tu esposa; pues lo que lleva en el vientre es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo al que llamarás Jesús: El salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,20-21). Y añadió para darle un signo: «Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que dijo el Señor por medio del profeta: *He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo que se llamará Emmanuel*» (Mt 1,22-23). Usando las palabras del profeta lo persuadió de que disculpara a María, y mostró que ella era la Virgen anunciada de antemano por Isaías, que concibe al Emmanuel. Por eso José, convencido y sin dudar más, recibió a María, y con alegría ofreció a Cristo el servicio de atenderlo en todas sus necesidades: emigró a Egipto donde él se desarrolló, y luego, al regreso, lo llegó consigo a Nazaret. Por eso quienes no conocían las Escrituras e ignoraban la promesa divina y la Economía de Cristo, pensaban que José era el padre del niño.

También por ese motivo el Señor mismo leyó en Cafarnaúm el texto del profeta Isaías: «El Espíritu del Señor sobre mí, por eso me ungió y me envió a llevar a los pobres la Buena Nueva, a curar a los afligidos de corazón, a predicar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos» (Lc 4,18; Is 61,1). Y se predicó a sí mismo como el que había sido anunciado por los profetas, diciéndoles: «Hoy se ha cumplido esta profecía en vuestros oídos» (Lc 4,21).

23,2. Por eso Felipe, cuando se acercó al eunuco de la reina de Etiopía, éste leía lo que había sido escrito: «Como una oveja llevada al matadero, y como un cordero mudo ante el que lo trasquila, así él no abrió su boca. Con ignominia se arrebató su juicio» (Hech 8,32-33), y lo demás referente a su pasión y a su venida en la carne, cómo había sido infamado por los no creyentes. Felipe, con todo lo que el profeta había predicho, lo convenció fácilmente de creer en Jesucristo, el cual padeció y fue crucificado bajo Poncio Pilato, y era el Hijo de Dios que da la vida eterna a los seres humanos (Hech 8,37). Y apenas lo bautizó, desapareció de su compañía, pues ya no le faltaba nada de lo que los profetas habían dicho para catequizarlo: ni Dios Padre, ni la conducta según la Economía, excepto que ignoraba solamente la venida del Hijo de Dios. Mas, habiéndola conocido en tan poco tiempo, [1049] «seguía alegre su camino» (Hech 8,39). Después, en Etiopía, se hizo predicador de la venida de Cristo. Como se ve, Felipe no necesitó gastar muchas fuerzas con el eunuco, porque éste ya vivía en el temor de Dios que había aprendido de los profetas.

Por esto también al recoger a los Apóstoles, que eran como «las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt 10,6), a partir de las Escrituras los instruía acerca de que el Jesús crucificado era el Cristo Hijo del Dios vivo. Ellos a su vez convencieron a grandes multitudes que ya vivían en el temor de Dios, y en un solo día se bautizaron tres, cuatro y cinco mil personas.

3.10. Vocación de los paganos

24,1. Pablo, que era el Apóstol de los gentiles, dice: «He trabajado más que ellos» (1 Cor 15,10). Porque para ellos fue fácil la catequesis, pues podían tener a la mano las pruebas de las Escrituras: quienes escuchaban a Moisés y a los profetas (Lc 16,31), fácilmente acogían al «Primogénito de los muertos» (Col 1,18) y al «príncipe de la vida» (329) (Hech 3,15) de Dios, aquel que, extendiendo las manos, destruyó a Amalec (Ex 17,10-13), y, mediante la fe en El, da la vida al ser humano y lo cura de la herida de la serpiente (Núm 21,6-9).

En cambio a los gentiles el Apóstol debía enseñarles primero (como hemos expuesto en el libro anterior) (330) a renunciar a la superstición de los ídolos y a adorar a un solo Dios, Hacedor del cielo y de la tierra y Demiurgo de toda la creación; y que fue su Hijo, su Palabra, aquel por el cual produjo todas las cosas; que se hizo hombre en los últimos tiempos para luchar en favor del género humano, para vencer y destruir al enemigo del hombre y para dar a su plasma la victoria contra el adversario. Pues, aunque los que provenían de la circuncisión no cumpliesen las palabras de Dios, pues incluso las despreciaban, sin embargo se les había educado en no matar, fornicar, robar o cometer fraude (Mc 10,19). Sabían que todo cuanto perjudica al prójimo es malo y Dios lo desprecia. Les era, pues, fácil abstenerse de estas cosas, pues así los habían educado.

[1050] 24,2. En cambio era preciso que Pablo enseñase a los paganos que todas estas obras son malas, perjudiciales e inútiles, y dañosas incluso para quienes las realizan. Por eso trabajaba más aquel que fue llamado al apostolado entre los gentiles, que quienes predicaban al Hijo de Dios entre los de la circuncisión. A éstos los ayudaban las Escrituras que el Señor confirmó y llevó a cumplimiento, pues se presentó tal como había sido anunciado. En cambio para los paganos era extraña la nueva enseñanza y doctrina: que los dioses de los gentiles no sólo no son dioses, sino ídolos de los demonios; que hay un solo Dios que está «sobre todo principado, potestad y

dominación, y sobre todo nombre» (Ef 1,21); que su Verbo, por naturaleza invisible, se hizo palpable y visible al hacerse uno de los seres humanos, que se abajó «hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil 2,8); que quienes creen en El se harán impasibles e incorruptibles cuando reciban el Reino de los cielos. Y a estas gentes debía predicarles con su sola palabra, sin ayuda de la Escritura. Por eso más debían laborar quienes predicaban a los paganos. Pero, al mismo tiempo, la fe de los gentiles se mostraba más generosa, pues asentían a la Palabra de Dios careciendo de instrucción en las Escrituras.

3.11. También son hijos de Abraham

25,1. De esta manera Dios hizo de las piedras hijos de Abraham (Mt 3,9), y les acercó al que es el inicio y anunciador preliminar de nuestra fe: él recibió el Testamento de la circuncisión después de haber sido justificado por la fe antes de ser circuncidado, a fin de que fuese figura de ambos Testamentos. Así ha devenido en padre de cuantos siguen al Verbo de Dios y emprenden la peregrinación por este mundo; quiero decir los fieles que provienen o de la circuncisión o del prepucio. (331) Cristo es, entonces, «la piedra angular» (Ef 2,20) que sostiene y reúne en la única fe de Abraham a los que, de uno y otro Testamento, son aptos para construir la casa de Dios. Pero la fe de los que vienen del prepucio vuelve a ligar el fin con el principio, [1051] lo último con lo primero. Antes de la circuncisión la fe se hallaba en Abraham y en los otros justos que agradaron a Dios, como ya hemos expuesto (332); mas en los últimos tiempos ha nacido en el género humano por la venida del Señor. La circuncisión y las obras de la Ley, en cambio, ocuparon el tiempo intermedio.

25,2. Estas cosas fueron representadas en figura muchas veces, por ejemplo en Tamar, la nuera de Judá (Gén 38,27-30): habiendo ella concebido gemelos, uno de ellos asomó primero la mano; y, como la comadrona pensó que era el primogénito, le ató en la mano como señal un listón rojo. Pero, una vez que hizo esto, él retiró la mano, y nació primero su hermano Fares, y sólo en segundo lugar Záraj, el que tenía la mano atada con el listón rojo. De esta manera la Escritura hizo caer en la cuenta de que el pueblo marcado con el listón rojo, es decir el que viniendo del prepucio acoge la fe, se mostró primero en los patriarcas; luego, habiendo retirado la mano, nació su hermano; sólo después nació el que había sido marcado con el listón rojo, que significa la pasión del Justo, prefigurada en un principio por Abel y descrita por los profetas, que se consumó en el Hijo de Dios, en los últimos tiempos.

3.12. Toda la Escritura habla de Cristo

25,3. Era necesario que algunas cosas de antemano fueran anunciadas por los patriarcas, a la manera propia de los antiguos padres; otras, mediante las figuras propias de la Ley, por los profetas; finalmente a otras les darían forma los que reciben la filiación adoptiva, mediante la forma de Cristo. Todas ellas, sin embargo, se manifiestan en el único Dios. Porque, siendo Abraham uno solo, prefiguraba los dos Testamentos, en los cuales unos sembraron y otros cosecharon: «En esto se muestra verdadera la palabra, porque uno es el que siembra», es decir un pueblo, «y otro el que cosecha» (Jn 4,37); pues uno solo es el Dios que da la semilla a los sembradores y el pan al segador para que coma (2 Cor 9,10; Is 55,10), así como es uno el que planta y otro el que riega, pero el único Dios el que da el crecimiento (1 Cor 3,7). Los patriarcas y profetas sembraron la palabra acerca de Cristo, pero la Iglesia ha cosechado, es decir, recogido el fruto. [1052] Por eso ellos pedían tener una tienda en ella, como dice Jeremías: «¿Quién me

dará una definitiva habitación en el desierto?» (Jer 9,1), «a fin de que el sembrador y el segador se alegren juntos» (Jn 4,36) en el Reino de Cristo, el cual está presente en todos aquellos a quienes Dios quiso concederles que su Verbo estuviera con ellos.

26,1. Por consiguiente, si alguien lee atentamente las Escrituras, hallará en ellas la palabra acerca de Cristo y la figura anticipada de la vocación nueva. Este es «el tesoro escondido en el campo» (Mt 13,44), es decir en este mundo -puesto que «el campo es el mundo» (Mt 13,38), escondido en las Escrituras, puesto que estaba insinuado en los tipos y figuras, que los seres humanos no podían naturalmente comprender antes de que se cumpliera lo que estaba profetizado, o sea la venida de Cristo. Por eso el profeta Daniel decía: «Oculta las palabras y sella el libro hasta el tiempo final, hasta que muchos aprendan y se cumpla lo que saben. Pues, cuando la persecución haya llegado a su fin, se sabrán todas estas cosas» (Dan 12,4.7). Y Jeremías dice: «Estas cosas se comprenderán al final de los tiempos» (Jer 23,20). En efecto, cualquier profecía es para los seres humanos enigmática y ambigua hasta que se cumple; mas cuando llega el tiempo y sucede lo profetizado, [1053] entonces se pueden explicar las profecías claramente.

Por eso aun en nuestros tiempos lo que se lee en la Ley les parece una fábula a los judíos. Es que no tienen aquello que lo explica todo, como es lo que toca a la venida del Hijo de Dios hecho hombre. En cambio para los cristianos, cuando lo leen, se convierte en el tesoro escondido en el campo, revelado y explicado por la cruz de Cristo, que les da inteligencia a los seres humanos y muestra la sabiduría de Dios; también manifiesta las Economías en favor de los hombres, prefigura el Reino de Cristo y anuncia de antemano la heredad de la Ciudad Santa. Desde antes proclama que la persona amante de Dios de tal manera avanzará, que verá a Dios y escuchará su Palabra; y de tal escucha recibirá tal esplendor, que los demás no podrán mirar la gloria de su rostro (2 Cor 3,7; Ex 34,29-35), como dijo Daniel: «Los sabios brillarán como luminarias en el firmamento, y la multitud de los justos como estrellas, por siglos sin fin» (Dan 12,3). Por consiguiente, si alguien lee las Escrituras como acabamos de explicar -así como Cristo enseñó a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos, mostrándoles a partir de las Escrituras que «era necesario que el Cristo padeciera todas estas cosas y así entrara en su gloria», «y en su nombre se predicara el perdón de los pecados en todo el mundo» (Lc 24,26.46-47)-, llegará a ser un perfecto discípulo, como aquel «padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas» (Mt 13,52).

3.13. Los legítimos sucesores de Cristo en la Iglesia

26,2. Por este motivo es preciso obedecer a los presbíteros de la Iglesia. Ellos tienen la sucesión de los Apóstoles, como ya hemos demostrado, y han recibido, según el beneplácito del Padre, el carisma de la verdad junto con la sucesión episcopal. [1054] En cambio a los otros, que se apartan de la sucesión original y se reúnen en cualquier parte, habrá que tenerlos por sospechosos, como herejes que tienen ideas perversas, o como cismáticos llenos de orgullo y autocomplacencia, o como hipócritas que no buscan en su actuar sino el interés y la vanagloria.

Todos éstos se apartan de la verdad. Los herejes ofrecen ante el altar de Dios un fuego profano, o sea doctrinas ajenas: los consumirá el fuego del cielo, como a Nadab y Abihú (Lev 10,1-2). A aquellos que se yerguen contra la verdad y acicatean a otros contra la Iglesia de Dios, los tragará la hendidura de la tierra y se quedarán en el infierno, como

todos aquellos que rodeaban a Coré, Datán y Abirón (Núm 16,33). Aquellos que rasgan y separan la unidad de la Iglesia, recibirán de Dios el mismo castigo que Jeroboán (1 Re 14,10-16).

26,3. En cuanto a aquellos que se hacen pasar por presbíteros ante los ojos de muchos, son esclavos de sus antojos y no anteponen en sus corazones el temor de Dios; sino que atacan a los otros e, hinchados con el tumor de verse en los primeros puestos, obran el mal ocultamente, y piensan: «Nadie nos ve» (Dan 13,20). A éstos el Verbo los reprenderá, pues El no juzga según la apariencia (Is 11,3), ni se deja guiar por la cara sino por el corazón (1 Sam 16,7). Ellos escucharán la voz del profeta Daniel: «Raza de Canaán y no de Judá, la apariencia te sedujo y la concupiscencia arrastró tu corazón. Hombre envejecido en el mal, ahora se te echan encima los pecados que antes habías cometido cuando juzgabas con injusticia; condenabas a los inocentes y dejabas libres a los culpables, contra lo que dice el Señor: *No matarás al inocente y al justo*» (Dan 13,56.52-53). Acerca de éstos dice el Señor: «Si el mal siervo piensa en su corazón: *Mi Señor tarda*, y comienza a golpear a los siervos y a las sirvientas, y a comer, beber y emborracharse, vendrá el Señor de este siervo en el día que él no sabe y en la hora que él no espera, lo separará y le asignará su parte entre los infieles» (Mt 24,48-51).

26,4. De todos estos es necesario alejarse, [1055] y en cambio adherirse a aquellos que, como hemos dicho, conservan la doctrina de los Apóstoles en el orden de los presbíteros, que ofrecen una palabra sana y observan una conducta irreprochable (Tt 2,8) para edificar y corregir a los demás. Así como hizo Moisés, a quien le fue confiado tan alto encargo; estaba seguro de su recta conciencia, y se defendió ante Dios diciendo: «No he tomado nada de ellos por interés, ni he hecho mal a ninguno» (Núm 16,15). Así como Samuel, el cual durante tantos años juzgó al pueblo y sin orgullo alguno ejerció el gobierno sobre Israel, al final de su vida se justificaba diciendo: «He pasado mi vida en vuestra presencia desde mi niñez hasta hoy. Respondedme en la presencia del Señor y de su Ungido: ¿He recibido de alguno de vosotros un becerro o un asno? ¿Sobre quién me he impuesto? ¿A quién he oprimido? Si acaso tomé con mis manos la ofrenda propiciatoria o el calzado de alguno, acusadme y yo os lo devolveré» (1 Sam 12,2-3). Y, habiendo contestado el pueblo: «No te has impuesto ni has oprimido a ninguno, ni has aceptado de nuestra mano ninguna cosa» (1 Sam 12,4), él acudió al testimonio del Señor, con estas palabras: «*El Señor y su unguido me son testigos hoy, de que nada habéis encontrado en mis manos*. Ellos respondieron: *El es testigo*» (1 Sam 12,5). También el Apóstol Pablo, seguro de su buena conciencia, dijo a los Corintios: «No somos como muchos otros, que adulteran la palabra de Dios; sino que hablamos con sinceridad ante Dios y en Cristo, con palabras que vienen de Dios» (2 Cor 7,17). «A nadie hemos hecho daño, a nadie hemos corrompido, a nadie hemos engañado» (2 Cor 7,2).

26,5. Así son los presbíteros que la Iglesia nutre. De éstos dice el profeta: «Te daré príncipes en la paz y guardianes (333) de la justicia» (Is 60,17). De ellos decía el Señor: «¿Quién es el administrador fiel, a quien su Señor pone al frente de su familia [1056] para que distribuya los alimentos a su tiempo? Dichoso el siervo a quien el Señor, al llegar, lo encontrare haciéndolo» (Mt 24,45-46; Lc 12,42-43). Pablo indica dónde se le encontrará: «Dios puso en la Iglesia en primer lugar Apóstoles, luego profetas, y en seguida maestros» (1 Cor 12,28). Pues donde Dios ha depositado sus carismas, ahí es donde conviene aprender la verdad, de aquellos que conservan la sucesión de la Iglesia y la doctrina de los Apóstoles. Ahí se halla la conducta sana e irreprochable, y la palabra

no adulterada ni corrompida. Ellos custodian nuestra fe en el único Dios que hizo todas las cosas; nos hacen crecer en el amor al Hijo de Dios, que tantas Economías llevó a cabo por nosotros; y nos exponen la Escrituras sin ningún riesgo ni de blasfemar contra Dios, ni de deshonrar a los patriarcas, ni de menospreciar a los profetas.

3.14. El Antiguo Testamento corrige las fallas de los antiguos

27,1. Escuché de un presbítero que había oído de aquellos que habían visto a los Apóstoles, y de ellos había aprendido, que a los antiguos, ya que actuaban sin el consejo del Espíritu, les bastaba la corrección que les hacía la Escritura; porque Dios, que no tiene acepción de personas (Hech 10,34), corregía con un proporcionado castigo lo que se hacía contra su beneplácito.

Así le sucedió a David: agradaba a Dios cuando sufría la injusta persecución de Saúl y huía del rey, no tomando venganza de su enemigo; además cantaba salmos a la venida de Cristo, con su sabiduría instruía a las naciones y todo lo hacía conforme al consejo del Espíritu. Pero, cuando llevado por la concupiscencia tomó para sí a Betsabé, la mujer de Urías, la Escritura dice de él: «La acción de David pareció inicua a los ojos del Señor» (2 Sam 11,27). Este le envió al profeta Natán, para descubrir su pecado, a fin de que, habiéndose juzgado el mismo David y dado sentencia sobre sí mismo, recibiese la misericordia y el perdón de Cristo. [1057] «El Señor envió a David el profeta Natán, el cual le dijo: *Había dos hombres en una ciudad. Uno era rico, el otro pobre. El rico poseía grandes rebaños de ovejas y bueyes, en cambio el pobre tenía sólo una ovejita, a la que amaba y alimentaba como si fuera una hija. Llegó un huésped a casa del rico, y a éste le pesó matar una oveja o un becerro de sus rebaños para agasajar al huésped; sino que cogió la ovejita del pobre y se la preparó a su huésped.* David, entonces, mucho se enojó contra aquel hombre, y dijo a Natán: *¡Vive Dios, el hombre que ha hecho eso es digno de muerte! Entregaré cuatro ovejas, porque no ha tenido compasión del pobre.* Y Natán le dijo: *Tú eres el hombre que ha hecho eso*» (2 Sam 12,1-7). Y continuó reprochándole todo cuanto había hecho, enumerando los beneficios de Dios que había recibido, y cómo había irritado a Dios por haber actuado así; porque Dios no aprueba tales acciones, y por ello una grande cólera recaería sobre su casa. David se arrepintió al oírlo, y dijo: «He pecado contra el Señor» (2 Sam 12,13), y cantó el salmo penitencial, con la esperanza puesta en la venida del Señor que lava y purifica al ser humano caído bajo la sumisión del pecado.

Algo semejante sucedió a Salomón: solía juzgar rectamente, hablar con sabiduría, edificó un templo que fue figura del verdadero, pregonaba las glorias de Dios, anunciaba a las naciones la paz futura, para prefigurar el Reino de Cristo enseñó tres mil parábolas sobre la venida del Señor, cantó a Dios cinco mil cánticos (1 Re 5,12), y proclamaba la sabiduría de Dios que se encuentra en la naturaleza creada de todo árbol, de todo vegetal, de todas las aves, cuadrúpedos y peces (1 Re 5,13). Decía: «El Dios verdadero al que los cielos no pueden abarcar, ¿habitará sobre la tierra con los hombres?» (1 Re 8,27). Y agradó a Dios, los humanos lo admiraban, todos los reyes de la tierra lo buscaban para escuchar la sabiduría que Dios le había concedido (1 Re 5,14), y la reina del Sur vino a él desde los confines de la tierra para aprender de su sabiduría (1 Re 10,1-10). [1058] De ésta dijo el Señor que, cuando resucitemos para ser juzgados, ella se levantará con la generación de los que no escucharon sus palabras ni creyeron en él, para juzgarlos (Mt 12,42); porque ella aceptó la sabiduría que Dios le enseñaba por su siervo, en cambio ellos despreciaron la sabiduría que les predicaba el Hijo de Dios. Y

eso que Salomón era un siervo, en cambio Cristo es el Hijo de Dios y el Señor de Salomón.

Por eso, cuando Salomón servía a Dios de modo impecable y se ponía a disposición de sus Economías, entonces era glorificado. En cambio cuando tomaba mujeres de entre todos los gentiles y les permitía levantar ídolos en Israel, la Escritura dice acerca de él: «Salomón era amante de mujeres, y tomó mujeres extranjeras. Por ello en su vejez el corazón de Salomón no era perfecto ante el Señor su Dios. Las mujeres extranjeras desviaron su corazón hacia los dioses extranjeros. Salomón hizo el mal en la presencia del Señor; no siguió al Señor como David su padre. Y el Señor se enojó contra Salomón: pues su corazón no era perfecto ante el Señor, como lo fue el corazón de David su padre» (1 Re 11,1-9). La Escritura lo condenó duramente, como dice el presbítero: «Que ninguna carne se gloríe en la presencia de Dios» (1 Cor 1,29).

3.15. También los antiguos se salvaron por Cristo: descenso a los infiernos

27,2. Por este motivo el Señor «descendió a los lugares inferiores de la tierra» (Ef 4,9) para anunciarles la Buena Nueva de su venida, para el perdón de los pecados de quienes creyeron en él. Y en él creyeron todos los que esperaban en él (Ef 1,12), es decir, los justos, profetas y patriarcas que preanunciaron su venida y se pusieron al servicio de sus Economías. A ellos, al igual que a nosotros, se les perdonaron sus pecados, que ya no podemos imputarles porque despreciaríamos la gracia de Dios (Gál 2,21). Así como ellos no nos condenan por nuestras incontinencias cometidas antes de que Cristo se manifestara en nosotros, así tampoco es justo que nosotros condenemos a quienes pecaron antes de que Cristo viniese. Pues «todos están privados de la gloria de Dios» (Rom 3,23), pero quienes vuelven sus ojos hacia la luz están justificados, no por sí mismos sino por la venida de Cristo.

Sus acciones se han puesto por escrito para instrucción nuestra (1 Cor 10,11), a fin de que, ante todo, supiésemos que uno solo es el Dios [1059] suyo y nuestro, al cual no le agrada el pecado, aunque lo cometiesen personas notables; y por ello debemos apartarnos del mal. Pues, si los antiguos que nos han precedido en los dones de Dios, por los cuales el Hijo de Dios aún no había padecido, sufrieron tales ignominias cuando faltaron en algo sirviendo a las pasiones de la carne, ¿cuánto más han de sufrirlas quienes ahora han despreciado la venida de Cristo y se han puesto al servicio de sus pasiones? También a aquéllos la muerte del Señor les perdonó los pecados; en cambio, por aquellos que ahora pecan «Cristo ya no muere, pues la muerte no tiene dominio sobre él» (Rom 6,9); sino que el Hijo vendrá en la gloria del Padre (Mt 16,27) para exigir de los administradores el dinero que les entregó para que lo hiciesen producir (Mt 25,14-30), y a quienes dio más, más les exigirá (Lc 12,48).

Por eso decía aquel presbítero, no debemos sentirnos orgullosos ni reprochar a los antiguos; sino hemos de temer, no sea que después de conocer a Cristo hagamos lo que no agrada a Dios, y en consecuencia no se nos perdonen ya nuestros pecados, sino que se nos excluya de su Reino. Pablo dijo a este propósito: «Si no perdonó las ramas naturales, él quizá tampoco te perdone, pues eres olivo silvestre injertado en las ramas del olivo y recibes de su savia» (Rom 11,21.17).

3.16. La corrección de los antiguos, pedagogía para nosotros

27,3. También están descritas las transgresiones de los antiguos, no por ellos mismos, sino para nuestra corrección, y para que sepamos que es uno y el mismo el Dios contra el cual ellos pecaban, y al cual ofenden ahora algunos de los que presumen de creyentes. El Apóstol lo dijo muy claramente en su Carta a los Corintios: «No quiero que ignoréis, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube, y todos fueron bautizados en Moisés, en la nube y el mar, y todos comieron del mismo alimento espiritual y bebieron de la misma bebida espiritual: pues bebían de la piedra espiritual que los seguía, y la piedra era Cristo. Mas Dios no se agradó en muchos de ellos, pues quedaron muertos en el desierto.

Esto sucedió en figura de nosotros, para que no vayamos tras los malos apetitos como aquéllos lo hicieron; ni seáis idólatras como muchos de ellos, según está escrito: *El pueblo se sentó a comer y a beber, y se levantó para divertirse*. No nos entreguemos a la lujuria como algunos de ellos lo hicieron y, en un solo día, perecieron veintitrés mil. Ni tentemos a Cristo, como algunos lo tentaron y murieron mordidos por las serpientes. Ni murmuréis, como lo hicieron algunos de ellos, y perecieron [1060] a manos del exterminador. Todas estas cosas sucedieron en figura, pues fueron escritas para que nos sirvan de lección a quienes hemos llegado al final de los tiempos. Por eso, el que piense estar en pie, tenga cuidado de no caer» (1 Cor 10,1-12).

27,4. Sin dudar en absoluto ni mostrar contradicción alguna, el Apóstol muestra que es uno solo y el mismo Dios que entonces juzgó esas acciones y que hoy condena las actuales, e indicó el motivo por el cual aquéllas fueron descritas: aún se encuentra mucha gente atrevida y desvergonzada que, al mirar las faltas de los antepasados y la desobediencia de una gran cantidad del pueblo, dicen que el Dios de aquéllos fue el hacedor del mundo, que nació de a penuria, distinto del Padre que Cristo nos trajo, y éste es el que cada uno de ellos imagina haber concebido en su mente. Esos no entienden que, así como «Dios no se agradó en muchos de ellos» (1 Cor 10,5) porque pecaron, así también ahora «son muchos los llamados y pocos los escogidos» (Mt 22,14).

Y como entonces los injustos, idólatras y fornicadores perdieron la vida, así también ahora el Señor predicó que enviará a los tales al fuego eterno (Mt 25,41), como dice el Apóstol: «¿Acaso ignoráis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os engañéis: ni los fornicadores, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni quienes se acuestan con otros hombres, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los rapaces poseerán el reino de Dios» (1 Cor 6,9-10). Y como esto no lo dice a los de fuera, sino a nosotros, para que no seamos excluidos del Reino de Dios por hacer tales cosas, añadió: «Esto fuisteis, pero habéis sido lavados y santificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios» (1 Cor 6,11).

Pues así como entonces quienes obraban mal y corrompían a los otros, fueron condenados y echados fuera, de igual manera en nuestro tiempo se arrancarán el ojo, el pie y la mano que escandalizan, para que no perezca todo el cuerpo (Mt 18,8-9). Este precepto hemos recibido: «Si algún hermano es fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o ladrón, con un hombre así ni os sentéis a la mesa» (1 Cor 5,11). Y también dice: «Que nadie os seduzca con palabras vacías: por eso la ira de Dios

recae sobre los hijos de la desobediencia. No queráis, pues, tener parte con ellos» (Ef 5,6-7). En aquel tiempo junto con los pecadores a los demás les tocaba la condenación, porque se complacían con ellos y compartían sus acciones, porque «un poco de fermento corrompe toda la masa» (1 Cor 5,6).

También descendía entonces sobre los injustos la ira de Dios, como dice el Apóstol: [1061] «La ira de Dios se revelará desde el cielo sobre toda impiedad e injusticia de aquellos hombres que encierran la verdad en la injusticia» (Rom 1,18). Y como entonces Dios se vengó de los egipcios que injustamente maltrataban a Israel, así también ahora, como dice el Señor: «¿Y Dios no tomará la venganza de sus elegidos que claman a él día y noche? En verdad os digo, los vengará pronto» (Lc 18,7-8). Igualmente el Apóstol predica en su Carta a los Tesalonicenses: «Ya que Dios es justo, hace pagar con sufrimiento a aquellos que os afligen, y junto con nosotros os hará descansar de la aflicción, cuando nuestro Señor Jesucristo se manifieste del cielo con sus poderosos ángeles para, con la llama de fuego, tomar venganza de aquellos que no quieren conocer a Dios ni obedecer al Evangelio de Jesús nuestro Señor. Ellos sufrirán el castigo de la eterna perdición, separados de la presencia del Señor y del poder de su gloria, cuando venga a manifestar su gloria en sus santos y para mostrarse admirable en quienes creyeron en él» (2 Tes 1,6-10).

3.17. Mejor justicia y moral en el Nuevo Testamento

28,1. En uno y otro Testamento se trata de la misma justicia en el juicio de Dios; sólo se diferencian en que, en el primero, se expresa en figura, de modo temporal y más limitado, y en el segundo de manera real, verdadero, para siempre y con precisión; pues el fuego es eterno, y del cielo se ha de revelar la cólera de Dios (Rom 1,18) «lejos de la presencia del Señor» (2 Tes 1,9), como dice David: «El rostro del Señor se vuelve a los que hacen el mal para borrar de la tierra su recuerdo» (Sal 34[33],17). El castigo será mayor para los que caen en su justicia. Los presbíteros llamaban insensatos a aquellos que, al considerar lo que sucedió a aquellos que en otro tiempo no obedecían a Dios, pretenden introducir a otro Padre: para probar su idea ellos oponen todo lo que el Señor hizo para salvar a cuantos lo recibieron al venir para mostrarles su misericordia (Mc 5,19), pero callan acerca de su juicio y de cuánto les sobrevendrá a aquellos que, habiendo escuchado su palabra, no la han puesto por obra (Lc 6,49). Olvidan que sería mejor para ellos no haber nacido (Mt 26,24), y que «en el día del juicio mejor le irá a Sodoma y Gomorra que a aquella ciudad» que rehusó acoger la palabra de sus discípulos (Mt 10,15; Lc 10,12).

28,2. En el Nuevo Testamento [1062] creció la fe de los seres humanos en Dios, al recibir al Hijo de Dios como un bien añadido a fin de que el hombre participara de Dios. De modo semejante se incrementó la perfección de la conducta humana, pues se nos manda abstenernos no sólo de las malas obras, sino también de los malos pensamientos (Mt 15,19), de las palabras ociosas, de las expresiones vanas (Mt 12,36) y de los discursos licenciosos (Ef 5,4): de esta manera se amplió también el castigo de aquellos que no creen en la Palabra de Dios, que desprecian su venida y se vuelven atrás, pues ya no será temporal sino eterno. A tales personas el Señor dirá: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno» (Mt 25,41), y serán para siempre condenados. Pero también dirá a otros: «Venid, benditos de mi Padre, recibid en herencia el reino preparado para vosotros desde siempre» (Mt 25,34), y éstos recibirán el Reino en el que tendrán un perpetuo progreso. Esto muestra que uno y el mismo es Dios Padre, y que su Verbo

siempre está al lado del género humano, con diversas Economías, realizando diversas obras, salvando a quienes se han salvado desde el principio -es decir, a aquellos que aman a Dios y según su capacidad siguen a su Palabra-, y juzgando a quienes se condenan, o sea a quienes se olvidan de Dios, blasfeman y transgreden su Palabra.

3.18. Un caso: los egipcios endurecen su corazón

28,3. Los herejes de los que estamos hablando se contradicen al acusar al Señor en quien dicen creer. Pues lo inculpan por haber dado un castigo temporal a los incrédulos y herido a los egipcios, en cambio salvó a los obedientes; pues lo mismo hace el Señor cuando condena para siempre a los que condena y eternamente salva a los que salva. Si nos atuviésemos a las ideas de ellos, El sería culpable de un gran pecado contra aquellos que le echaron encima las manos y lo clavaron; porque si él no hubiera venido ellos no habrían matado a su Señor; e igualmente si no les hubiese enviado profetas y Apóstoles, ellos no los habrían matado. Pero algunos de ellos nos atacan diciendo: si no se hubiesen anegado los egipcios y los perseguidores de Israel no se hubieran ahogado en el mar, Dios no habría podido salvar a su pueblo. Les respondemos: si los judíos no hubiesen asesinado al Señor, el cual luego los privó de la vida eterna, y no hubiesen matado a los Apóstoles ni perseguido la Iglesia de modo que por ello cayeran en el abismo de la ira divina, nosotros tampoco estaríamos salvados.

Así como aquéllos fueron salvados por la ceguera de los egipcios, [1063] así nosotros lo fuimos por la de los judíos; pues la muerte del Señor ha sido motivo de condenación para aquellos que no creyeron en su venida y lo crucificaron, así como lo es de salvación para quienes creen en El. Como dice el Apóstol en su segunda Carta a los Corintios: «Somos el buen olor de Cristo para Dios entre los salvados y los condenados: olor de muerte para los que mueren, y olor de vida para los que viven» (2 Cor 2,15-16). ¿A quiénes este olor conduce a la muerte, sino a los que no creen ni obedecen al Verbo de Dios? ¿Quiénes son los que entonces se entregaron a la muerte? Aquellos que no creían ni se sometían a Dios. ¿Quiénes se salvaron y recibieron la herencia? Aquellos que creían en Dios y se mantuvieron en el amor a él, como Caleb hijo de Jefoné y Josué hijo de Nun, así como los niños inocentes que ni siquiera tenían el sentido de la malicia (Núm 14,30-31). ¿Y quiénes se salvan ahora y reciben la vida? ¿Acaso no son aquellos que aman a Dios, creen en sus promesas, y se han hecho «niños en la malicia» (1 Cor 14,20)?

29,1. Pero, alegan, fue Dios quien endureció el corazón del faraón y de sus ministros (Ex 9,34). ¿Acaso quienes así lo acusan no han leído lo que en el Evangelio respondió Jesús a sus discípulos cuando le preguntaron: «¿Por qué les hablas en parábolas?» El contestó: «A vosotros se os concede conocer el misterio del reino de los cielos; a ellos les hablo en parábolas para que, viendo, no vean, y oyendo no oigan; de este modo se cumplirá en ellos la profecía de Isaías: *Endurece el corazón de este pueblo, tapa sus oídos y ciega sus ojos. Dichosos en cambio vuestros ojos que ven lo que veis y vuestros oídos que oyen lo que oís*» (Mt 13,10-16). Es uno y el mismo el Señor que hiere con la ceguera a todos los incrédulos que lo rechazan. Sucede como con el sol, que es creatura suya, para aquellos que por alguna enfermedad de los ojos no pueden contemplar su luz; en cambio a quienes creen en él y lo siguen, les concede una más plena y brillante iluminación de su mente.

[1064] Este es el mismo razonamiento que hace el Apóstol en la segunda Carta a los Corintios: «Dios ha cegado las mentes de los incrédulos de este mundo, a fin de que no brille (en ellos) la luz del Evangelio para la gloria de Cristo» (2 Cor 4,4). Y también en la Carta a los Romanos: «Y como no se preocuparon por conocer a Dios, Dios los entregó a su mente pervertida para que hagan lo que no deben» (Rom 1,18). Y también dice en la segunda Carta a los Tesalonicenses, acerca del Anticristo: «Por eso Dios les envió un Poder del engaño, para que crean en la mentira y se condenen todos aquellos que no creyeron en la verdad, sino que consintieron en la iniquidad» (2 Tes 2,11-12).

29,2. Lo mismo sucede ahora. Dios sabe quiénes son los que no habrán de creer, pues conoce de antemano todas las cosas, los entrega a su incredulidad, retira de ellos su rostro y los abandona en las tinieblas que ellos mismos eligieron. ¿Por qué admirarse, entonces, de que en aquel tiempo abandonó en su incredulidad al faraón y a sus ministros, los cuales jamás habrían creído en él? Como el Verbo de Dios habló a Moisés desde la zarza: «Sé que el faraón, rey de Egipto, no os permitirá partir, sino con mano fuerte» (Ex 3,19). El Señor hablaba en parábolas y cegaba a Israel para que viendo no vieran, porque conocía su incredulidad, de modo semejante y por la misma razón por la cual endureció el corazón del faraón, a fin de que, viendo cómo el dedo de Dios sacaba su pueblo, no creyese. Lo dejó anegarse en el mar de la infidelidad, imaginando que la salida del pueblo y su paso por el mar rojo se debía a algún truco de magia, y no al poder de Dios que había decidido este tránsito para su pueblo, sino que era efecto de causas naturales.

3.19. Un caso: el robo que cometieron los hebreos

30,1. Ellos también reprueban y condenan el hecho de que, por mandato de Dios, el pueblo hubiese tomado de los egipcios todo tipo de ropa y de utensilios antes de partir, con los cuales fabricaron después el tabernáculo del desierto. Claramente se ve que ignoran la justicia y las Economías de Dios, como decía el presbítero. Pues si Dios no hubiese consentido en ello, cuando sucedía en figura, ahora, cuando hemos llegado al cumplimiento [1065] (es decir a la fe por la que hemos salido de entre los gentiles), nadie podría salvarse. Pues todos tenemos, unos más y otros menos, alguna propiedad que hemos adquirido «con la mammona de iniquidad» (Lc 16,9). ¿De dónde más hemos sacado la casa donde vivimos, el vestido con que nos cubrimos, los utensilios que usamos y todas las demás cosas necesarias para la vida ordinaria, sino de aquello que, siendo aún gentiles, adquirimos o por deseo de lucro o de parientes y amigos, muchas veces injustamente; además de todo aquello que hemos adquirido ahora, cuando vivimos en la fe? ¿Hay vendedor que no quiera sacar alguna ganancia del comprador? ¿O hay comprador que no pretenda obtener alguna utilidad del vendedor? ¿Qué negociante no tiene la intención de ganar de su negocio el alimento? ¿Acaso los fieles que viven en el palacio real no sacan de los bienes del César lo que necesitan para su uso, y no da algo a cada uno de los necesitados según sus posibilidades? Los egipcios debían mucho al pueblo de Israel: no sólo en cuanto a bienes, sino también en cuanto a su vida, pues la salvaron por la antigua generosidad del patriarca José. ¿Mas ahora son de algún modo nuestros deudores los paganos de los que obtenemos alguna utilidad o ganancia? Lo que ellos adquieren con fatiga, nosotros, los creyentes, lo usamos sin trabajo.

30,2. Nótese que el pueblo hebreo servía a los egipcios con una dura esclavitud, como la Escritura describe: «Los egipcios oprimían a los hijos de Israel con mano fuerte, y les

hacían la vida odiosa imponiéndoles duros trabajos. Los obligaban a trabajar el lodo y los ladrillos y a realizar toda clase de faenas del campo, obligándolos por la fuerza a todo tipo de labores» (Ex 1,13-14). De esta manera levantaron ciudades amuralladas (Ex 1,11). Con el exceso de su trabajo servil durante muchos años engordaron los bienes de los egipcios; y en cambio éstos no sólo se mostraron ingratos, sino que los tuvieron por enemigos y quisieron eliminarlos. ¿Dónde, pues, está la injusticia si tomaron un poco de lo mucho que habían producido, aquellos que habrían podido aumentar sus bienes y salir ricos, si no hubiesen estado bajo la esclavitud? En realidad tomaron un poco de paga por tan larga esclavitud, y aun así se escaparon pobres.

[1066] Es como si un hombre libre, raptado por la fuerza para servir por largos años a su secuestrador y aumentarle sus riquezas, si alguna vez consiguiese alguna ayuda para escapar, tomase una pequeña parte de los bienes conseguidos con sus muchos trabajos. Si alguien lo condenara por haber hecho una injusticia, más bien estaría demostrando ser un juez más injusto que quien había sido por la fuerza sometido a servidumbre. De esta calaña son aquellos que acusan al pueblo por haber tomado un poco de lo producido con sus trabajos excesivos; y en cambio no condenan a aquellos que no agradecieron en absoluto lo que habían recibido por el esfuerzo de sus padres (334), sino que los habían sometido a la más dura esclavitud para sacar de ellos provecho. Los herejes tildan de injustos a quienes tomaron unos pocos objetos de oro y monedas de plata, como arriba dijimos, y en cambio se tienen a sí mismos por justos -y diremos la verdad, aunque a algunos les parezca ridículo-, cuando ellos portan en sus cinturones oro y plata debidos al trabajo de otros, que llevan impresas la inscripción y la imagen del César (Mt 22,20-21).

30,3. Si nos comparamos con ellos, ¿a quién parece habersele tratado con más justicia: al pueblo liberado de los egipcios que les debían todo, o a nosotros rescatados de los romanos y de otras naciones que nada nos debían? Gracias a ellos el mundo vive en paz, de modo que, sin temor, podemos viajar y navegar a donde queremos. Vale contra estos (herejes) el dicho del Señor: «Hipócrita, quita primero la viga de tu ojo, y luego atenderás a sacarle a tu hermano la paja de su ojo» (Mt 7,5). Si alguien te echa en cara lo anterior y se gloria de su gnosis, pero habiéndose separado de los paganos no conserva para sí nada que venga de otros, sino que vive desnudo, descalzo y sin casa por los montes como los animales que sólo se alimentan de hierba, entonces merecerá tu perdón, porque ignora las necesidades de nuestra convivencia. [1067] Pero si posee cosas que provienen de otros, y sin embargo critica su figura (335), no hace sino desenmascarar su propia injusticia volviendo contra sí mismo su acusación contra ellos; porque anda con cosas de otros y desea tener lo que no es suyo. Por eso dijo el Señor: «No juzguéis y no seréis juzgados; pues con el mismo juicio con que juzguéis seréis juzgados» (Mt 7,1-2). No enseña que debemos abstenernos de corregir al que peca ni que estemos de acuerdo con quienes obran mal; sino que evitemos juzgar injustamente las Economías de Dios, puesto que él prefiguró todo de manera justa.

Y sabiendo que nosotros también obraríamos bien al poseer algo recibido de otros, dijo: «El que tenga dos túnicas dé una al que no tenga, y haga lo mismo quien tenga comida» (Lc 3,11); y: «Tuve hambre y me disteis de comer, desnudo y me vestisteis» (Mt 25,35-36); y: «Cuando des limosna, que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha» (Mt 6,3). Lo mismo se diga de todas las obras de beneficencia por las cuales somos justificados, como si redimiéramos lo nuestro al dar de lo ajeno. Y digo *de lo ajeno*, no porque el mundo sea ajeno a Dios, sino porque hemos recibido de otros esos bienes, así

como los hebreos los recibieron de los egipcios que no conocían a Dios. Y usándolos construimos en nosotros mismos el santuario de Dios, en cuanto Dios habita en quienes hacen el bien. Como dice el Señor: «Haced amigos con el dinero inicuo, para que ellos, cuando se os eche, os reciban en los eternos tabernáculos» (Lc 16,9). Nosotros, pues, somos justificados como creyentes cuando convertimos en utilidad para el Señor aquello que como paganos habíamos adquirido de la injusticia.

30,4. Por necesidad las cosas de entonces debían suceder en figura, cuando con ellas se construía el tabernáculo de Dios. Ellos, como hemos dicho, tomaron de otros de manera justa, para prefigurarnos a nosotros, los que habríamos de usar de cosas adquiridas de otros para servir a Dios. Pues todo lo que sucedió cuando Dios formó al pueblo sacado de Egipto fue tipo y figura de la formación de la Iglesia que un día sería sacada de entre los gentiles. Por este motivo El la sacará de aquí para guiarla hasta su heredad, que al final le dará ya no Moisés el siervo de Dios, sino Jesús su Hijo. [1068] Mas si alguien atiende con más cuidado a lo que han dicho los profetas acerca de ese final y a lo que Juan, el discípulo del Señor, contempló en el Apocalipsis, notará que las naciones paganas en general sufrirán las mismas plagas que en particular afligieron a Egipto.

3.20. Lot, figura de Cristo

31,1. El presbítero nos entretenía discurrendo sobre estos temas acerca de nuestros antepasados, y decía: «Aunque la Escritura reprocha a los patriarcas y profetas, no conviene que nosotros los condenemos por sus actos, para no hacernos como Cam, sobre el que recayó la maldición por burlarse de la desnudez de su padre; sino que debemos dar gracias a Dios por ellos, porque se les perdonaron sus pecados en vista de la venida de nuestro Señor». Nos decía que también ellos se alegraban y daban gracias por nuestra salvación. En otros casos la Escritura no condena las acciones, sino que se reduce a describirlas. Nosotros tampoco debemos convertirnos en acusadores de ellas, pues no amamos a Dios más que ellos, ni podemos ponernos «por encima del maestro» (Mt 10,24), sino que debemos buscar en ellos su aspecto de figura; porque nada de lo que la Escritura narra sin condenarlo sucedió sin sentido.

Por ejemplo, el caso de Lot, que sacó a sus hijas de Sodoma, las cuales quedaron preñadas de su padre, y que dejó en el campo a su mujer convertida en estatua de sal (Gén 19,26) hasta el día de hoy. Lot fue una figura para hoy, y no concibió de sus hijas por su voluntad, ni por concupiscencia, ni por haber entendido el significado o haber pensado en ello, según la Escritura: «La mayor se acercó a su padre esa noche y durmió con él; y Lot no se dio cuenta cuándo ella se acostó o se levantó» (Gén 19,33). Y con la menor sucedió de esta manera: «Y no se dio cuenta cuando se durmió con él ni cuando se levantó» (Gén 19,35). Mientras este hombre no podía advertirlo ni buscaba el placer, tuvo lugar la Economía de Dios, que con este suceso de las dos hijas [1069] representó las dos sinagogas (336) que quedaron preñadas de un mismo Padre, fecundas sin placer de la carne. Porque no había nadie más de quien ellas pudieran obtener el semen de la vida para producir el fruto de los hijos, como está escrito: «La mayor dijo a la menor: *Nuestro padre es viejo, y no hay en el país ningún hombre que se una a nosotras, como se acostumbra en toda la tierra. Vamos a embriagar a nuestro padre, para de él tener una descendencia*» (Gén 19,31-32).

31,2. Las hijas decían esto porque pensaban con ingenuidad e inocencia que todos los hombres habían muerto como los sodomitas, y la ira de Dios había asolado toda la

tierra. Por eso aun ellas son excusables, pues imaginaban haber quedado solas con su padre para conservar la raza humana, y por eso se acostaron con él. Sus palabras fueron un signo de que no hay nadie que pueda hacer engendrar a las dos sinagogas, la menor y la mayor, fuera de nuestro Padre. El Padre del género humano es el Verbo de Dios, como se le reveló a Moisés: «¿No es éste tu Padre, el que te adquirió, te hizo y te creó?» (Dt 32,6).

¿Y cuándo infundió a la raza humana el semen de la vida que es el Espíritu, el cual nos da la vida y nos perdona los pecados? ¿Acaso no fue cuando se deleitaba viviendo con los seres humanos y bebiendo con ellos el vino de la tierra -«Vino el Hijo del Hombre que come y bebe» (Mt 11,19)-, y que se acostaba y dormía, como él mismo dice por David: «Me acosté y me dormí» (Sal 3,6)? Y como lo hizo mientras vivía y estaba en contacto con nosotros, también dice: «Mi sueño se me hizo dulce» (Jer 31,26). [1070] Lot fue figura de todo esto: el semen del Padre de todas las cosas, o sea el Espíritu de Dios por el cual fueron hechas todas ellas, se mezcló y unió con la carne, quiero decir con su plasma, y con esa mezcla y unidad dos sinagogas, o sea las dos asambleas, han engendrado de su Padre hijos vivientes para el Dios vivo.

31,3. Y mientras esto sucedía, la mujer de Lot se había quedado en Sodoma, no en su estado de carne corruptible, sino convertida en estatua de sal (Gén 19,26).

Permaneciendo así para siempre significó lo que es propio de la naturaleza y costumbres de los seres humanos; porque la Iglesia, que es «sal de la tierra» (Mt 5,13), ha quedado abandonada en el campo de la tierra, sufriendo las limitaciones humanas; y, aunque una y otra vez se le arrancan miembros completos, sigue siendo la estatua de sal, es decir el fundamento de la fe, que da firmeza a los hijos y los dirige hacia su Padre.

3.21. Conclusión: un solo Dios de los dos Testamentos

32,1. Sobre estos dos Testamentos solía discurrir el presbítero discípulo de los Apóstoles, mostrando que uno y otro provenían del único mismo Dios. Pues no hay otro Dios fuera del que nos hizo y nos plasmó, ni tienen base alguna las doctrinas de quienes afirman que este mundo nuestro fue hecho o por los ángeles, o por cualquier otro Poder, o por otro Dios. Pues si alguna vez alguien se apartase del Hacedor de todas las cosas, y enseñase que cualquier otro creó cuanto nos rodea, esa persona por fuerza caería en muchas incongruencias y contradicciones, y no hallaría para probarlas ningún motivo basado en la verdad o en algo que se le parezca. Por esta razón quienes inventan otras doctrinas nos ocultan la idea que tienen acerca de Dios, conociendo la debilidad y vaciedad de ellas, pues temen que, si las exponen, corren peligro de no poder salvarlas.

Mas si una persona cree en un solo Dios [1071] y en su Verbo que hizo todas las cosas, como dice Moisés: «Y Dios dijo: *¡Hágase la luz!* Y la luz se hizo» (Gén 1,3); y leemos en el Evangelio: «Todo fue hecho por El, y sin El nada ha sido hecho» (Jn 1,3); y algo semejante en el Apóstol Pablo: «Un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todas las cosas que está sobre todas, a través de todas y en todos nosotros» (Ef 4,5-6), esa persona ante todo se mantendrá ligada «a la cabeza, de la cual todo el cuerpo se mantiene unido y ordenado, a través de todas las junturas y la distribución de sus partes, según la medida de cada una de ellas, para dar crecimiento a su cuerpo y edificarlo en la caridad» (Ef 4,16; Col 2,19); y en consecuencia toda palabra que enseñe será sólida, si lee la Escritura con cuidado como la mantienen los presbíteros de la Iglesia, pues conservan la doctrina apostólica, según antes hemos demostrado.

32,2. Todos los Apóstoles, en efecto, enseñaron que los dos Testamentos corresponden a dos pueblos, mas uno solo y el mismo es Dios que dispuso uno y otro para el bien de la humanidad, ya que dio el primer Testamento a quienes empezaban a creer en Dios, como hemos demostrado en el libro tercero a partir de la doctrina de los Apóstoles. Y no se dio este primer Testamento en vano, ni sin una finalidad, ni al acaso; sino que sometió al servicio de Dios a aquellos a quienes se les dio para su propio provecho, pues Dios no necesita del servicio de los seres humanos. Además, se les dio como una figura de los bienes celestiales, porque los seres humanos aún no eran capaces de soportar a ojo desnudo la visión de las cosas divinas; también prefiguró las realidades de la Iglesia, a fin de que se afirmase nuestra fe; pues llevaba en sí la profecía de los bienes futuros, con el objeto de enseñar al género humano que Dios conoce de antemano todas las cosas.

4. Verdadera y falsa gnosis

4.1. El discípulo espiritual juzga a todos

[1072] 33,1. El discípulo verdaderamente espiritual, que acoge al Espíritu de Dios -el cual desde el principio se hizo presente a los seres humanos en todas las Economías de Dios, anunció las cosas futuras, reveló las presentes y narró las pasadas-, «juzga a todos, pero a él nadie lo juzga» (1 Cor 2,15). El juzga a los gentiles, «que sirven a la creatura más que al Creador» (Rom 1,25), y, guiándose en todo con su mente perversa (Rom 1,28), consumen en vano todas sus obras. También juzga a los judíos, que no aceptan la Palabra de la libertad, ni quieren liberarse aun teniendo presente al liberador; sino que, simulando servir al Dios que de nada necesita, de modo extemporáneo y contra la Ley, no reconocen la venida de Cristo para la salvación de todos los seres humanos, ni quieren entender que todos los profetas anunciaron su doble advenimiento: el primero, cuando vino como un hombre lleno de heridas, cargando nuestra debilidad (Is 53,3), sentado en un pollino (Zac 9,9), como piedra desechada por los constructores (Sal 118[117],22), como oveja llevada al matadero (Is 53,7), que destruyó a Amalec extendiendo sus manos (Ex 17,11), que congregó desde los confines de la tierra a los hijos dispersos en el ovil del Padre (Is 11,12; Jn 11,52), que, acordándose de los muertos que habían dormido antes de El descendió a ellos para arrancarlos (de la muerte) y salvarlos. [1073] Y el segundo, cuando vendrá sobre las nubes (Dan 7,13), para iniciar el día que será como un fuego ardiente (Mal 4,1), herirá la tierra con la Palabra de su boca y con el soplo de sus labios matará a los impíos (Is 11,4), tendrá en su mano el bieldo para limpiar su era, recogerá el trigo en el granero y quemará la paja en fuego inextinguible (Mt 3,12; Lc 3,17).

33,2. También juzgará [\(337\)](#) la doctrina de Marción. ¿Cómo es posible que acepte dos dioses infinitamente separados entre sí? ¿O cómo puede ser bueno el Dios que arranca a los seres humanos que no le pertenecen, de su Creador que los llama a su Reino? ¿Cómo puede ser su bondad tan menguada que no salva a todos? ¿Cómo le es posible aparentar ser bueno ante los seres humanos, si se muestra muy injusto para su Creador y le arrebató lo que le pertenece? ¿Cómo puede obrar de manera justa el Señor, si proviene de otro Padre, cuando toma de nuestra creación el pan para convertirlo en su cuerpo, y la mezcla del cáliz [\(338\)](#) para afirmar que es su cuerpo? ¿Cómo se presentaba a sí mismo como Hijo del Hombre, si no hubiese asumido la generación propia de los seres humanos? ¿Cómo podría perdonarnos los pecados que nosotros cometemos contra nuestro Dios y Creador? Y si no era la suya verdadera carne, sino que sólo aparecía

como un hombre, ¿cómo fue crucificado y de su costado salió sangre y agua (Jn 19,34)? ¿Qué cuerpo sepultaron los sepultureros, y qué resucitó de entre los muertos?

33,3. También juzgará a todos los valentinianos, porque con la boca confiesan a un solo Dios y Padre del que todo procede (1 Cor 8,6), pero tienen al que hizo todas las cosas como un producto de la penuria y de la caída. De igual manera confiesan con la boca a un solo Señor Jesucristo Hijo de Dios, [1074] pero luego en su doctrina distinguen diversas emisiones: la propia del Unigénito, una distinta para el Verbo y otra para el Salvador; de modo que, según ellos, todo es uno, pero cada uno de estos (Eones) debe entenderse por separado y tiene emisión particular a partir de su propia unión conyugal (339). Así, pues, ellos solamente simulan aceptar la unidad, pero su enseñanza y el sentido de sus ideas, que pretenden escudriñar lo más profundo (1 Cor 2,10), se apartan de la unidad, y así caerán en la múltiple condena de Dios cuando Cristo los interrogue sobre sus invenciones acerca de él. Pues andan diciendo que Él nació después del Pléroma de los treinta Eones, y que sólo fue emitido después de la defección y la caída, por la pasión que sintió Sofía: ¡como si ellos la hubiesen asistido en el parto! (340) Aun Homero, su profeta de quien han aprendido tales cosas, los acusará, pues dice: «Para mí es tan odioso como las puertas del infierno aquel que una cosa dice y otra esconde en su corazón» (341).

Igualmente juzgará la palabrería de los malvados gnósticos, desenmascarándolos como discípulos de Simón Mago.

33,4. También juzgará a los ebionitas. ¿Cómo podrán salvarse si no es Dios aquel que llevó a cabo su salvación sobre la tierra? ¿Y cómo el ser humano se acercará a Dios, si Dios no se ha acercado al hombre? ¿Cómo se librarán de la muerte que los ha engendrado, si no son regenerados por la fe para un nuevo nacimiento que Dios realice de modo admirable e impensado, cuyo signo para nuestra salvación [1075] nos dio en la concepción a partir de la Virgen? (342) ¿Cómo serán adoptados como hijos de Dios, si se quedan en el origen propio de los seres humanos en este mundo? ¿Cómo (el Señor) habría sido más que Salomón y que Jonás (Mt 12,41-42), o Señor de David (Mt 22,43), si hubiese sido sólo de su misma substancia? ¿Como habría podido derrotar a aquel que era más fuerte que el hombre y lo tenía sujeto, de vencer al vencedor para liberar al ser humano vencido, si no hubiese sido superior al hombre vencido? ¿Y quién más puede ser mejor y más excelente que el hombre hecho a imagen y semejanza de Dios, sino el Hijo de Dios a cuya imagen fue hecho el ser humano? Por este motivo el Hijo, al final, manifestó la semejanza de Dios, haciéndose hombre y asumiendo para sí el antiguo plasma, como hemos expuesto en el libro tercero (343).

33,5. También juzgará a los que lo reducen a una apariencia. ¿Cómo se imaginan poder argumentar con verdad si su Maestro fue aparente? ¿Cómo les es posible sostener una sólida doctrina recibida de aquel que, según ellos, era apariencia y no verdad? ¿Cómo serán capaces de participar en la salvación, si aquel en quien ellos dicen creer se manifestó como aparente? En consecuencia, todo cuanto ellos enseñan es apariencia y no verdad. Aun se les podría preguntar si ellos mismos no serán sino animales irracionales que en apariencia se muestran a los demás como seres humanos.

[1076] 33,6. También juzgará a los pseudoprofetos, los cuales, no temiendo a Dios ni aceptando de Dios el don de la profecía, fingen profetizar, mintiendo contra Dios, o por vanagloria, o por interés de ganancias, o por influjo del mal espíritu.

33,7. También juzgará a los que provocan divisiones, vacíos del amor de Dios, los cuales más buscan su provecho que la unidad de la Iglesia. Estos, alegando cualquier motivo sin peso, dividen y fragmentan el grande y glorioso Cuerpo de Cristo, y en cuanto está de su parte de nuevo lo matan. Hablan de paz mientras hacen la guerra, «cuelan el mosquito mientras se tragan el camello» (Mt 23,24). Esos tales no pueden ofrecer una corrección tan grande cuanto lo es el daño que provocan con las divisiones. Juzgará a todos los que están alejados de la verdad, es decir, que se han puesto fuera de la Iglesia.

En cambio a él nadie lo juzga (1 Cor 2,15). [1077] En efecto, en él todo es coherente: la fe es completa en el único Dios omnipotente, del que todo proviene; y en el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, por el cual son todas las cosas, y en su Economía salvífica por la cual el Hijo de Dios se hizo hombre; doctrina firme en virtud del Espíritu de Dios que concede el conocimiento de la verdad, que reveló las Economías del Padre y del Hijo, a través de las cuales se manifestó al género humano, según la voluntad del Padre (344).

33,8. La verdadera gnosis es la doctrina de los Apóstoles, la antigua estructura de la Iglesia en todo el mundo, y lo típico del Cuerpo de Cristo, formado por la sucesión de los obispos, a los cuales (los Apóstoles) encomendaron las Iglesias de cada lugar. Así nos llega sin ficción la custodia de las Escrituras, en su totalidad, sin que se le quite o se le añada alguna cosa, su lectura sin fraude, la exposición legítima y llena de afecto (por la Palabra) según las mismas Escrituras, sin peligro y sin blasfemia. [1078] Y sobre todo el don del amor, más valioso que la gnosis, más glorioso que la profecía y superior a todos los demás carismas.

4.2. Los mártires, testigos de la verdad

33,9. Por eso la Iglesia de todas partes, por el amor a Dios, todo el tiempo está enviando al Padre una multitud de mártires. En cambio los herejes no sólo no tienen esta gloria que mostrar, sino que ni siquiera tienen por necesario el martirio; porque el verdadero martirio (345) sería su doctrina. Desde que el Señor apareció sobre la tierra, apenas alguno de ellos ha obtenido misericordia junto con nuestros mártires, soportando el oprobio de llevar el Nombre (1 Pe 4,14), y con ellos ha sido llevado (al suplicio), como un pequeño don que se les otorga.

Solamente la Iglesia, siempre purificada, al mismo tiempo aumenta sus miembros y se va completando: como su figura como lo fue la esposa de Lot convertida en estatua de sal (Gén 19,26) lleva siempre sobre sí el oprobio de quienes sufren persecución por la justicia, soporta todos los tormentos y sufre la muerte por el amor a Dios y la confesión de su Hijo. De esta manera los antiguos profetas sufrieron la persecución, como el Señor dice: «Así fueron perseguidos los profetas antes de vosotros» (Mt 5,12), porque de nuevo sufre la persecución de quienes no acogen al Verbo de Dios, en el mismo Espíritu que descansa sobre ella.

4.3. Los profetas testifican la verdad de Cristo

33,10. Los profetas, en efecto, junto con muchas otras profecías también anunciaron este hecho: que aquellos sobre los cuales reposara el Espíritu de Dios, [1079] obedecieran a la Palabra del Padre y lo sirvieran según sus fuerzas, habrían de sufrir la

persecución, serían lapidados y asesinados. Y los profetas mismos se convirtieron en una figura de todo esto, por el amor a Dios y por su Palabra.

Siendo también miembros de Cristo, cada uno de ellos ejercía en cuanto miembro particular su oficio de profeta, y sin embargo todos ellos, siendo muchos, han prefigurado y anunciado las obras de uno solo. Pues, así como en nuestros miembros se manifiesta la actividad de todo el cuerpo, pero la figura de todo el cuerpo humano no se expresa mediante un solo miembro sino mediante el conjunto, así también todos los profetas prefiguraron a uno solo. Mas cada uno de ellos en cuanto era un miembro cumplía en parte la Economía y profetizaba en cuanto lo propio de ese miembro la obra de Cristo.

33,11. Algunos de ellos lo contemplaron en su gloria (Is 6,1) y vieron su estado glorioso a la derecha del Padre (Sal 110[109],1). Otros lo vieron en la figura de un Hijo de Hombre que venía sobre las nubes (Dan 7,13), y dijeron de él: «Verán al que traspasaron» (Zac 12,10). Dieron a conocer su venida, como él mismo dice: «¿Acaso cuando venga el Hijo del Hombre encontrará fe sobre la tierra?» (Lc 18,8), y Pablo escribe: «Si es justo ante Dios retribuir con aflicción a quienes os afligen, vosotros los afligidos, descansaréis con nosotros cuando del cielo se revele el Señor Jesús junto con los poderosos ángeles en la llama de fuego» (2 Tes 1,6-8).

Otros lo llamaron juez (Sal 50[49],6), compararon con un horno ardiente el día del Señor (2 Tes 1,8) el cual «recogerá el trigo en el granero y quemará la paja con fuego inextinguible» (Mt 3,12), amenazaron a los incrédulos, de los cuales dice el Señor: «Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno que mi Padre preparó para el diablo y sus ángeles» (Mt 25,41), y Pablo habla de modo semejante: «Estos sufrirán el castigo eterno, lejos de la presencia del Señor y de su glorioso poder, cuando venga en la gloria de sus santos y en el esplendor de cuantos creyeron en él» (2 Tes 1,9-10).

[1080] Otros dicen: «Eres el más hermoso entre los hijos de los hombres» (Sal 45[44],3), y «Dios, tu Dios, te ungió con aceite de alegría sobre tus compañeros» (Sal 45[44],8), y también: «Cíñete la espada en tu cintura, lleno de poder, en todo tu esplendor y tu belleza; tiende tu arco, haz avanzar tu reino por la verdad, la mansedumbre y la justicia» (Sal 45[44],4-5). Muchas otras cosas semejantes se escribieron sobre él para dar a conocer la belleza y gloria de su Reino, que en esplendor y excelencia supera a todos aquellos sobre quienes reina. De esta manera hacían que los oyentes desearan llegar ahí donde se encuentran aquellos que hacen la voluntad divina.

Otros dicen: «El es un hombre, ¿quién lo conoce?» (Jer 17,9), y: «Vine a la profetisa, y ésta dio a luz un hijo» (Is 8,3), «y se le dio por nombre admirable Consejero, Dios fuerte» (Is 9,6): han predicado al Emmanuel nacido de la Virgen (Is 7,14), queriendo significar la unión del Verbo de Dios con su criatura; porque el Verbo de Dios se haría carne, y el Hijo de Dios Hijo del Hombre. Siendo él puro, abriría puramente la matriz pura que regenera los hombres para Dios, la cual él mismo hizo pura; y así el «Dios fuerte» (Is 9,6) que se hizo lo que nosotros somos, tiene un origen inefable.

Otros dicen: «Dios habló desde Sion, y desde Jerusalén hizo oír su voz» (Am 1,2), y: «Dios es conocido en Judea» (Sal 76[75],2), con lo cual se indicaba su venida a Judea.

Hay también quien dice que vendrá del Sur y de la montaña de Farán (Hab 3,3), para indicar su aparición salida de Belén, como expusimos en el libro tercero (346), pues de ahí ha venido el que guía y apacienta el pueblo de su Padre (Mt 2,6).

Quienes predicán que por su venida «el cojo saltará como un ciervo, la lengua de los mudos será desatada, se abrirán los ojos de los ciegos y oirán los oídos de los sordos» (Is 35,5-6), o: «Las manos caídas y las rodillas débiles se fortalecerán» (Is 35,3); y: «Resucitarán los muertos de los sepulcros» (Is 26,19); y: [1081] «El llevó nuestras debilidades y cargó nuestros males» (Is 53,4), anunciaron las curaciones que llevaría a cabo.

33,12. Algunos dijeron que sería un hombre sin honor, sin gloria, y que conscientemente cargaría nuestra debilidad (Is 53,3), que entraría en Jerusalén montando un pollino (Zac 9,9), que ofrecería su espalda a los azotes y sus mejillas a las bofetadas (Is 50,6), que como una oveja sería llevado al matadero (Is 53,7), que le darían en su sed hiel y vinagre (Sal 69[68],22), que sus amigos y parientes lo abandonarían (Sal 38[37],12), que extendería las manos todo el día (Is 65,2), que quienes lo vieran se burlarían de él y lo maldecirían, que se repartirían sus ropas y sobre su túnica echarían suertes, y descendería al polvo de la muerte (Sal 22[21],8.16.19). Profetizaban estas y muchas otras cosas como su venida en cuanto hombre, su entrada en Jerusalén donde sufrió todo lo que se había anunciado, y finalmente fue crucificado.

Cuando otros dijeron: «El Señor, el Santo de Israel, se acordó de sus muertos que desde antes dormían en el polvo de la tierra, y descendió a sacarlos para salvarlos» (347), señalaron el motivo por el cual sufrió todas estas cosas.

Quienes dijeron: «En aquel día, dice el Señor, el sol se ocultará al mediodía, y habrá tinieblas sobre la tierra durante la luz del día. Entonces convertiré vuestras fiestas en luto y vuestros cantares en lamentos» (Am 8,9-10), anunciaron claramente el ocultamiento del sol que sucedió desde el momento en que él estaba crucificado; y en seguida aquel día que debería ser de su gran fiesta (de la Pascua) se convirtió en lamento y sus cantos en luto, pues ahí comenzó su caída en manos de los gentiles. Esto lo mostró Jeremías de modo aún más claro, anunciando sobre Jerusalén: «La que da a luz ha quedado estéril, su alma está triste, el sol se le oculta en pleno día, se siente avergonzada y confundida. A los que queden de sus hijos los entregaré a la espada cuando la asalten sus enemigos» (Jer 15,9).

33,13. Quienes dijeron que se durmió, se sumió en el sueño y se despertó porque el Señor lo acogió (Sal 3,6), y que ordenó a los príncipes [1082] del cielo abrir las puertas eternas para que entre el Rey de la gloria (Sal 24[23],7), proclamaron su resurrección de entre los muertos por obra del Padre y su ascensión a los cielos.

También anunciaron lo mismo cuando dijeron: «Sale de lo más alto de los cielos y hasta la cumbre del cielo vuelve, y nada se libra de su calor» (Sal 19[18],7), pues fue asumido allá de donde descendió, y no hay quien escape de su justo juicio.

Otros dijeron: «El Señor reina, tiemblen las naciones. El está sentado sobre los querubines, se estremezca la tierra» (Sal 99[98],1). Con ello profetizaron, por una parte, la rabia de todos los pueblos que después de su ascensión se echó sobre aquellos que creyeron en él y la agitación de toda la tierra contra la Iglesia; y por otra parte, que toda

la tierra habrá de sacudirse cuando venga del cielo con sus poderosos ángeles (2 Tes 1,7), como él mismo dice: «Habrá en la tierra un gran terremoto, como no lo hubo desde el principio» (Mt 24,21).

Y cuando dice: «¿Quién es condenado? ¿que se presente! ¿Y quién está justificado? ¡acérquese ante el siervo del Señor!» (Is 50,8.10), y: «Ay de vosotros, envejeceréis como un vestido y os devorará la polilla» (Is 50,9), y: «Toda carne será abajada, y sólo el Señor será exaltado a las alturas» (Is 2,17), da a entender que después de su pasión y ascensión, Dios sujetará bajo sus pies a todos sus adversarios (Sal 8,7), será exaltado sobre todos, y nadie podrá ser justificado ni igualado con él.

33,14. Quienes afirmaban que Dios habría de establecer en favor de los seres humanos un Testamento Nuevo, no como lo estableció con sus padres en el monte Horeb (Jer 31,31-32) y habría de darles un corazón nuevo y un Espíritu nuevo (Ez 36,26), y también: «Ya no os acordéis de las cosas antiguas; he aquí que hago nuevas todas las cosas, nacerán ahora y las conoceréis. Abriré un camino en el desierto y ríos en la tierra árida para dar de beber a mi raza elegida, al pueblo a quien adquirí para que anuncie mi poder» (Is 43,18-21), claramente anunciaban la libertad del Nuevo Testamento, el vino nuevo en odres nuevos (Mt 9,17), la fe en Cristo, el camino de la justicia trazado en el desierto, los ríos del Espíritu en la tierra árida (Jn 7,37-39) que habría de apagar la sed del pueblo elegido de Dios, adquirido [1083] para que narre las hazañas de su poder, mas no para que blasfeme contra el Dios que ha hecho todas estas cosas.

33,15. El hombre espiritual sabrá interpretar con verdad todas las demás cosas predicadas por los profetas que hemos enumerado al exponer ampliamente las Escrituras. Sabrá explicar cada una de estas cosas, descubriendo los trazos de la Economía del Señor, y todo el conjunto de la obra que el Hijo de Dios llevó a cabo. Y en todos los casos reconocerá a un solo Dios, siempre admitirá al mismo Verbo de Dios, aunque sólo ahora se nos haya manifestado, y en todos los tiempos hallará al mismo Espíritu de Dios, aunque sólo en los últimos tiempos se haya derramado de manera nueva sobre nosotros. Asimismo encontrará un solo y mismo género humano desde la creación del mundo hasta el final, miembros del cual son aquellos que creyendo en Dios y siguiendo a su Verbo recibirán la salvación que de él proviene; y también lo son quienes, por haberse apartado de Dios, menospreciado sus mandamientos, haber deshonrado a aquel que los hizo y blasfemado con sus doctrinas contra el que los alimenta, echarán sobre sí una justísima condena. El hombre espiritual «juza a todos, pero ninguno lo juzga» (1 Cor 2,15), no blasfema contra su Padre, no echa a perder sus Economías, no acusa a los antiguos padres, no deshonra a los profetas diciendo que venían de parte de un Dios ajeno, o que las profecías emanaban de otra substancia.

4.4. Cristo mismo es la novedad del Nuevo Testamento: contra los marcionitas

34,1. Añadiremos algunas cosas contra todos los herejes, en primer lugar contra los marcionitas y sus semejantes, los cuales afirman que los profetas provienen de otro Dios: leed con más cuidado el Evangelio que nos han legado los Apóstoles, leed con más atención las profecías, y encontraréis cómo toda la obra, las palabras y la pasión de nuestro Señor se encuentran anunciadas en ellos. Pero tal vez se os viene a la cabeza pensar: ¿Entonces qué trajo de nuevo el Señor con su venida? Sabed que aportó consigo toda la novedad que había sido anunciada. [1084] Esto es precisamente lo que tiempo

atrás estaba anunciado: que la Novedad habría de venir para renovar y dar vida al ser humano. Cuando viene el rey, sus enviados avisan de antemano su venida a los súbditos, a fin de que, preparándose, se dispongan a recibir a su señor. Y cuando el rey llega y ellos se llenan de la felicidad que se les había anunciado, los súbditos que de él han recibido tal motivo de gozo y la libertad que les ha traído, que se han alegrado al verlo, al escuchar sus palabras y gozado de sus regalos, ya no preguntan (al menos los que tengan sentido común) qué novedades aportó el rey más allá de lo que hicieron quienes anunciaron su venida: pues les ha traído su propia persona y ha entregado a los seres humanos todos los bienes prometidos «que los ángeles desean contemplar» (1 Pe 1,12).

34,2. Sus servidores habrían sido mentirosos y no habrían sido enviados por el Señor, si Cristo no hubiese venido tal como ellos habían predicado, y si no se hubiesen cumplido sus palabras. Por eso decía: «No penséis que he venido a abolir la Ley o los profetas. No he venido a abolirlos, sino a darles cumplimiento. En verdad, en verdad os digo, el cielo y la tierra pasarán antes de que deje de cumplirse una iota o un acento de la Ley y los profetas, hasta que todo se cumpla» (Mt 5,17-18). En efecto, cumplió todas las promesas en su venida, y en su Iglesia sigue cumpliendo el Nuevo Testamento predicho por la Ley, hasta el fin de los siglos. Así lo predicó su Apóstol Pablo en la Carta a los Romanos: «Ahora, sin la Ley, se ha manifestado la justicia del Señor, de la cual dan testimonio la Ley y los profetas» (Rom 3,21). «El justo vivirá de la fe» (Rom 1,17). Y que el justo viviría por la fe, ya había sido anunciado por los profetas (Hab 2,4).

34,3. ¿Mas de qué manera los profetas habrían podido predecir la venida del Rey y anunciar de antemano la libertad que nos traería, anticipar todo cuanto Cristo hizo, predicó, y llevó a cabo en su pasión, y predicar el Nuevo Testamento, si hubieran recibido la inspiración profética de otro Dios que no conociese al Padre inenarrable (como vosotros alegáis), así como su Reino y sus Economías que el Hijo de Dios cumplió cuando vino a la tierra en tiempos recientes? Tampoco podéis decir que todas estas cosas sucedieron al acaso, como si los profetas [1085] hubieran hablado de otra persona, pero le hubiesen acaecido al Señor. Pues todos los profetas anunciaron estas cosas. Si le hubiesen sucedido a alguno de los antiguos, los demás no hubieran seguido predicando que habrían de tener lugar en los tiempos futuros. Además, no se encuentra ni entre los antiguos padres, profetas o reyes, alguno en el cual se hubiesen cumplido de modo preciso estas profecías.

Todos, en efecto, profetizaron los sufrimientos de Cristo, en cambio ellos estuvieron muy lejos de padecer de modo semejante a como habían anunciado. Y los signos avisados de antemano acerca de la pasión del Señor, no se verificaron en ningún otro: ni el sol se ocultó a mitad del día cuando murió alguno de los antiguos, ni se rasgó el velo del templo, ni tembló la tierra, ni las piedras se rompieron, ni se despertaron los muertos (Mt 27,45.51-52), ni resucitó alguno de ellos al tercer día, ni fue llevado a los cielos, ni se abrieron los cielos para él cuando fue asumido, ni los gentiles creyeron en el nombre de algún otro, ni alguno de entre los antepasados, al resucitar, abrió el Nuevo Testamento de la libertad. En consecuencia, sólo en el Señor, y no en algún otro, concurrieron todos los signos que los profetas habían anunciado desde antiguo.

34,4. Quizás alguno esté de acuerdo con los judíos en decir que el Nuevo Testamento se cumplió cuando Zorobabel reconstruyó el templo, después del exilio en Babilonia, una vez que el pueblo regresó después de setenta años. Sepa que entonces se restauró el

templo de piedra dedicado a conservar la Ley grabada en tablas de piedra; pero no se les dio entonces ningún Testamento nuevo, pues se siguió usando la Ley de Moisés hasta la venida del Señor. En cambio, con la venida del Señor, un Nuevo Testamento se extendió por toda la tierra, según habían dicho los profetas, como una ley de vida que habría de reconciliar los pueblos en la paz: «Porque de Sion saldrá la ley y de Jerusalén la Palabra del Señor. El juzgará a muchas naciones, convertirá las espadas en arados y las lanzas en hoces, y ya no se prepararán para la guerra» (Is 2,3-4).

[1086] Si otra ley u otra palabra salidas de Jerusalén hubiesen traído tanta paz a las naciones que lo recibieron, por las cuales se hubiese juzgado a un pueblo numeroso, entonces parecería aceptable que los profetas habían hablado de algún otro. Mas si la ley de la libertad, es decir la Palabra de Dios que los Apóstoles, saliendo de Jerusalén, anunciaron por toda la tierra, ha provocado tal transformación que las espadas y las lanzas se convierten en arados y en hoces que él nos ha dado para segar el trigo (es decir que los ha cambiado en instrumentos pacíficos), y en lugar de aprender a guerrear aquel que recibe un golpe pone la otra mejilla (Mt 5,39), entonces los profetas no han hablado de ningún otro, sino del que ha realizado estas cosas.

Y éste es nuestro Señor, «en esto se verifica lo dicho» (Jn 4,37), pues él hizo el arado y trajo la hoz, es decir la primera siembra que consistió en la plasmación de Adán, y en los últimos tiempos el Verbo levantó la cosecha. De esta manera el fin se volvió a unir con el principio, y siendo el mismo Señor del inicio y del término, al final mostró el arado, es decir el hierro incrustado en el madero, para limpiar la tierra: pues el Verbo unido a la carne e incrustado en la figura humana, ha limpiado la tierra cubierta de cardos. En los primeros tiempos Abel representaba la hoz, para indicar la cosecha de los justos: «Ve cómo el justo perece y nadie hace caso, cómo se elimina a los hombres justos y a nadie se le mueve el corazón» (Is 57,1). Abel lo inició, los profetas lo anunciaron y el Señor lo llevó a término. Y lo mismo se diga de nosotros, porque el cuerpo sigue a su Cabeza.

34,5. Estos argumentos valen para convencer a quienes afirman que los profetas han sido enviados por otro Dios diverso del Padre del que proviene nuestro Señor, si es que de algún modo renuncian a tan grande falta de razón. Por eso hemos hecho todo lo posible por mostrar las pruebas de la Escritura, a fin de que, refutándolos en cuanto somos capaces con sus mismas palabras, los apartemos de tan inmensa blasfemia y de fabricar tantos dioses.

4.5. Errores y actitudes de los valentinianos

[1087] 35,1. Los valentinianos y los demás que falsamente llevan el nombre de gnósticos, pretenden que algunas cosas que se hallan en la Escritura provienen del semen que salió de una Potencia Suprema; otros dicen que del Intermediario por medio de la Madre Prúnica; pero la mayor parte del Hacedor del cosmos, el mismo que también envió a los profetas. Contra ellos afirmamos que es muy irracional reducir a tan grande pobreza al Padre de todas las cosas, como si no tuviese sus instrumentos por medio de los cuales pueda anunciar las realidades del Pléroma en toda su pureza. ¿A quién le tendría miedo al punto de no ser capaz de dar a conocer claramente su propia voluntad, con toda libertad y sin mezclarse con el espíritu que cayó en penuria e ignorancia? ¿Acaso temía que muchos se salvaran, si abundaban quienes podían

escuchar la verdad en toda su pureza? ¿O acaso no tenía el poder de preparar por sí mismo a aquellos que debían anunciar de antemano la venida del Salvador?

35,2. Cuando el Salvador vino a la tierra, envió a sus discípulos a todo el mundo a anunciar en toda su pureza tanto su venida como la voluntad del Padre, sin que ellos tuviesen en su enseñanza nada de común con la doctrina de los gentiles y de los judíos. ¡Con cuánta mayor razón estando en el Pléroma habrá enviado a sus propios predicadores para que anuncien al mundo su venida, sin tener nada en común con los profetas enviados por el Demiurgo! Mas en cambio, si cuando estaba en el Pléroma usó el servicio de los profetas de la Ley, y por medio de ellos reveló sus palabras, ¡cuánto más, habiendo venido a la tierra, usó el servicio de sus discípulos para anunciar por medio de ellos el Evangelio! ¡Que no nos vengan ahora con que no fueron Pedro, Pablo y los demás Apóstoles quienes anunciaron la verdad, sino los escribas, fariseos y quienes enseñaban la Ley! Pues, si al venir él envió a sus propios Apóstoles en el espíritu de la verdad y no en el espíritu del error, hizo lo mismo con los profetas: porque siempre es el mismo el Verbo de Dios.

Según sus hipótesis, discutiendo sobre la primacía del Espíritu, dicen que el espíritu de luz, de verdad, [1088] de perfección y de conocimiento tiene el primado; en cambio el Espíritu del Demiurgo habría sido un Espíritu de ignorancia, de penuria, de error y de tinieblas. ¿Mas cómo pudieron coexistir en el mismo la perfección y la decadencia, el conocimiento y la ignorancia, la verdad y el error, la luz y la tiniebla? Ciertamente sería imposible encontrar esto en los profetas, los cuales de parte del único Dios predicaban al Dios verdadero y anunciaban la venida de su Hijo; y mucho menos en el Señor, que no habló unas veces de parte de la Potencia suprema y otras de parte del Fruto de la penuria (348), ni enseñó al mismo tiempo la gnosis y la ignorancia, ni dio gloria unas veces al Demiurgo y otras a un Padre que estuviese sobre él, pues el mismo Señor dice: «Nadie cose un parche de tela nueva en un vestido viejo, ni se echa vino nuevo en odres viejos» (Mt 9,16-17; Lc 5,36-37). Por consiguiente, que ellos o se abstengan de achacar a los antiguos profetas haber anunciado la novedad del Primado enviados de antemano por el Demiurgo, o escuchen la palabra del Señor que les arguye: «Nadie echa vino nuevo en odres viejos».

35,3. ¿De qué modo la semilla de la Madre que ellos enseñan habría podido conocer los misterios íntimos del Pléroma y hablar de ellos? Pues dicen que esa Madre, viviendo fuera del Pléroma, dio a luz a su semilla; y al mismo tiempo afirman que cuanto existe fuera del Pléroma está privado del conocimiento y habita en la ignorancia. ¿Entonces cómo la semilla concebida en la ignorancia podría anunciar el conocimiento? ¿O cómo la Madre misma habría sido capaz de conocer los misterios del Pléroma, puesto que habría carecido de naturaleza y forma determinadas, que habría sido arrojada fuera como un aborto, donde habría sido plasmada y recibido forma, y el Límite (349) le habría impedido entrar de nuevo, a tal punto que se mantiene excluida del Pléroma hasta la consumación, o sea fuera del conocimiento? Además se contradicen cuando afirman que la pasión del Señor es figura de la expansión del Cristo superior, por la cual éste se extiende hasta donde el Límite formó a la Madre, y ellos mismos se refutan al no poder continuar la semejanza de la figura. ¿Dónde al Cristo de arriba se le dio vinagre por bebida? ¿Dónde se le atravesó de modo que saliera sangre y agua? ¿O dónde sudó gotas de sangre? Y podríamos continuar con todo aquello que los profetas anunciaron sobre él. [1089] ¿Cómo la Madre o su semilla habrían adivinado aquellas cosas que no habían sucedido sino que estaban por venir?

35,4. Ellos añaden todavía que el Principio (350) declaró algunas cosas que están incluso sobre éstas, pero aquellas que la Escritura ha referido sobre la venida de Cristo los refutan. De qué cosas superiores hablan, se contradicen ellos entre sí, pues unos señalan unas, otros otras. Y si alguien quiere hacer la prueba, preguntándoles por separado aun a los mejores de entre ellos, acerca de alguna de estas cosas, se dará cuenta de que uno responderá que se han dicho acerca del Padre Primordial, o sea el Abismo; otro dirá que del Principio de todas las cosas, o sea el Unigénito; otro contestará que del Padre Universal, es decir el Verbo; otro hablará de alguno de los Eones que habitan en el Pléroma; uno más del Cristo, otro del Salvador. Si alguno de ellos tiene más experiencia, después de guardar silencio por largo rato dirá que lo revelado se refiere al Límite; alguien más afirmará que se ha querido significar la Sabiduría que mora en el Pléroma; otro, que se ha anunciado a la Madre que existe fuera del Pléroma; y finalmente alguno habrá que pretenda referirlo todo al Dios Demiurgo.

¡Tantas son las diversas interpretaciones que dan acerca de un mismo texto de la Escritura, de donde brotan sus diversas doctrinas! Todos ellos, cuando leen un mismo párrafo, enarcan las cejas, sacuden la cabeza, y dicen tener una palabra muy profunda que anunciar, pero que no todos son capaces de captar la grandeza de la idea que ella encierra, y por eso lo más propio del sabio es callar. Pues alegan que el Silencio Superior toma cuerpo en su propio silencio que ellos guardan. De esta manera todos se escapan, ya que conciben tantas sentencias diversas sobre cada punto, llevándose escondidas en el silencio sus propias armas.

Por eso, cuando se pongan de acuerdo acerca de lo que han anunciado las Escrituras, entonces nos será posible rebatirlos. Entretanto, ya que no tienen justas opiniones ni están de acuerdo en sus discursos, ellos mismos se refutan. Por nuestra parte seguimos como Maestro al único Dios verdadero, mantenemos la regla de la verdad para entender sus palabras, y todos afirmamos las mismas doctrinas. Pues sabemos que hay un solo Dios, Creador de todas las cosas, que envió a los profetas, sacó a su pueblo de Egipto, manifestó a su Hijo en los últimos tiempos, para confundir a los incrédulos y exigir el fruto de la justicia.

4.6. Las parábolas muestran a un solo Dios y Padre

4.6.1. Los viñadores homicidas

[1090] 36,1. El Señor no contradice esto, ni afirma que los profetas hayan venido de otro Dios, sino de su Padre, ni de otra substancia, sino del único y mismo Padre; ni que existe alguien aparte de su Padre que haya hecho cuanto hay en este mundo. El enseñó lo siguiente: «Había un padre de familia que plantó una viña, le puso un cerco, fabricó un lagar y construyó una torre. Luego la alquiló a agricultores y se ausentó. Cuando llegó el tiempo de la cosecha envió a sus criados a los viñadores para que cobrasen su parte del fruto. Los viñadores atraparon a los criados, a uno lo golpearon, a otro lo mataron y al tercero lo apedrearon. De nuevo envió a otros criados, más que los anteriores, pero les hicieron lo mismo. Por último envió a su único hijo, diciéndose: *Quizás respetarán a mi hijo*. Pero cuando los viñadores vieron al hijo, se pusieron de acuerdo: *Este es el heredero. Venid, matémoslo y nos quedaremos con su herencia*. Y habiéndole echado mano, lo arrojaron de la viña y lo mataron. ¿Qué hará el Señor de la viña a estos viñadores cuando regrese? Y le dijeron: *Hará desaparecer a esos malvados y rentará su viña a otros viñadores que le entreguen el producto a su tiempo*. Y el

Señor añadió: *¿Acaso no habéis leído: La piedra que desecharon los constructores se ha convertido en la piedra angular: esto es lo que ha hecho el Señor, y es admirable ante nuestros ojos?* Por eso os digo que se os quitará el reino de Dios para dárselo a un pueblo que produzca sus frutos» (Mt 21,33-43).

Con estas palabras el Señor claramente dio a entender a sus discípulos que uno solo y el mismo es el padre de familia, es decir, el único Dios Padre, que hizo todas las cosas por sí mismo; pero son muchos los agricultores, de los cuales unos son insolentes y soberbios (Rom 1,30), no dan fruto y matan al Señor; otros, en cambio, obedientes en todo, dan fruto a su tiempo. Y este mismo padre de familia es el que primero envió a sus siervos, luego a su Hijo. El mismo Padre que envió a su Hijo a los viñadores que lo mataron, es el que envió a los siervos; pero cuando vino el Hijo mismo, dotado con la autoridad de su Padre, dijo: «Mas yo os digo». [1091] En cambio los siervos decían: «Esto dice el Señor».

36,2. Así pues, el mismo Señor al que ellos predicaban a los incrédulos, Cristo lo dio como Padre a aquellos que lo obedecen: a los primeros Dios los llamó para ser siervos de la Ley, a los últimos los elevó a la dignidad de hijos.

Dios, en efecto, plantó la viña de la raza humana, primero al plasmar a Adán y al elegir a los padres; a los viñadores les dio la Ley por medio de Moisés; la rodeó de una valla, es decir cercó la tierra que habían de cultivar; edificó una torre cuando eligió a Jerusalén; fabricó un lagar al preparar a los profetas como vasos del Espíritu. De esta manera envió profetas antes del exilio en Babilonia, y después del exilio les envió de nuevo más que los anteriores, para reclamar su parte del fruto, diciéndoles: «Esto dice el Señor Dios: *Corregid vuestros caminos y vuestra conducta*» (Jer 7,3); «Juzgad con rectitud y justicia, cada uno tenga compasión y misericordia de su hermano; no oprimáis al huérfano, al extranjero o al pobre; que nadie recuerde en su corazón el mal que le ha hecho su hermano» (Zac 7,9-10); «Que no os guste jurar en falso» (Zac 8,17); «Lavaos, purificaos, echad la maldad de vuestros corazones, aprended a hacer el bien, buscad la justicia, defended al oprimido, haced justicia al pequeño y a la viuda. Entonces venid y disputemos, dice el Señor» (Is 1,16-18); y también: «*Cierra tu boca a la maldad y tus labios a la mentira. Apártate del mal y haz el bien, busca la paz y corre tras ella*» (Sal 34[33],14-15).

Esto proclamaban los profetas, reclamaban el fruto de la justicia. Pero, como no les creyeron, al final el Señor envió a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, al cual los malos colonos echaron de la viña y lo mataron. Por eso el Señor Dios ya no la mantuvo en el cercado, sino que la extendió a todo el mundo: la traspasó a otros colonos que le entregaran el fruto a su tiempo, le construyó una torre elevada y hermosa, pues en todo el mundo la Iglesia resplandece; le fabricó un lagar [1092] en todas partes, pues cada nación recibe el Espíritu. Dios justamente rechazó a aquellos que tramaron contra su Hijo, que lo echaron de la viña y lo mataron; por eso les cedió su tierra para que la cultivaran a las naciones fuera de la viña. Así lo anunció el profeta Jeremías: «El Señor reprobó y rechazó al pueblo que esto hizo, pues los hijos de Judá hicieron el mal en mi presencia, dice el Señor» (Jer 7,29-30). Y añade: «Os he puesto centinelas: ¡Escuchad la trompeta! Y dijeron: *No escucharemos*. Por eso han oído las naciones y cuantos apacientan sus rebaños entre ellos» (Jer 6,17-18).

En consecuencia, uno solo y el mismo es el Dios Padre que plantó la viña, que guio al pueblo, que le envió profetas, que le dio a su Hijo y que entregó su viña a otros viñadores que le entreguen los frutos a su tiempo.

36,3. Por eso el Señor decía a sus discípulos, a fin de prepararnos para ser buenos trabajadores: «Estad alerta siempre y vigilantes en todo momento, para que vuestros corazones no entorpezcan por comilonas, borracheras y preocupaciones profanas, porque de golpe os puede caer aquel día: pues llegará como un ladrón sobre cuantos habitan en la faz de la tierra» (Lc 21,34-36). «Tened ceñidas las cinturas y encendidas las lámparas, como siervos que esperan a su señor» (Lc 12,35-36). «Así como sucedió en los días de Noé -comían, bebían, compraban, vendían y se casaban, y nada advirtieron hasta que Noé entró en el arca, el diluvio se les vino encima y anegó a todos-, y como sucedió en tiempos de Lot -comían, bebían, compraban, vendían, plantaban y construían; hasta el día en que Lot huyó de Sodoma, llovió fuego del cielo y acabó con todos-, así sucederá el día en que venga el Hijo del Hombre» (Lc 17,26-30; Mt 24,37-39). «Velad, pues, porque no sabéis qué día vuestro Señor llegará» (Mt 24,42).

Anunció a un solo y único Señor, que en el tiempo de Noé envió el diluvio para castigar la desobediencia de los seres humanos, y en tiempo de Lot hizo llover fuego del cielo para castigar los muchos pecados de los sodomitas. De modo semejante en el día del juicio castigará la desobediencia [1093] y los pecados. Y dijo que ese día sería más tolerable para Sodoma y Gomorra que para la ciudad o casa que rechazare la palabra de sus Apóstoles: «Y tú, Cafarnaúm, ¿acaso piensas alzarte hasta el cielo? Caerás hasta el infierno. Porque si en Sodoma se hubiesen hecho los milagros que en ti tuvieron lugar, aún duraría hasta el día de hoy. En verdad os digo: el día del juicio será más tolerable para los habitantes de Sodoma que para vosotros» (Mt 11,23-24).

36,4. El Verbo de Dios es siempre uno y el mismo, la fuente de agua que salta para dar la vida eterna a quienes creen en Él (Jn 4,14), pero seca al instante la higuera estéril (Mt 21,19). Envioó justamente el diluvio en tiempo de Noé, para acabar con la raza malvada de aquellos seres humanos de esa época, los cuales ya no podían dar frutos para Dios, sino que se habían unido con los ángeles pecadores (Gén 6,2-4); y lo hizo para acabar con sus pecados, y al mismo tiempo salvar al modelo primitivo, es decir el plasma de Adán. El mismo en tiempo de Lot hizo llover del cielo fuego y azufre sobre Sodoma y Gomorra, «en testimonio del justo juicio de Dios» (2 Tes 1,5), a fin de que todos supiesen que «todo árbol que no produzca fruto será cortado y echado al fuego» (Mt 3,10; Lc 3,9).

El día del juicio universal será más tolerable para los habitantes de Sodoma que para quienes, habiendo visto los milagros que realizaba, no creyeron en él ni recibieron su doctrina. Porque, así como por su venida derramó mayor gracia sobre quienes creyeron en él y cumplieron su voluntad, de igual manera infligirá mayor castigo a quienes no creyeron; pues, siendo igualmente justo para todos, a quienes más dio, más exigirá (Lc 12,48). Cuando digo más, no me refiero a que haya dado a conocer a otro Padre, [1094] como de tantas maneras hemos probado; sino porque su venida derramó sobre el género humano una más abundante gracia del Padre.

4.6.2. El banquete de bodas

36,5. Tal vez haya alguien a quien no baste cuanto dijimos antes, para creer que uno y el mismo Padre envió a los profetas y a nuestro Señor. Esa persona abra los oídos de su corazón e invoque al Maestro, el Señor Jesucristo, a fin de que pueda escucharlo decir: «El reino de los cielos es semejante a un rey que celebró la boda de su hijo, y envió a sus criados a traer a los invitados a la boda». Algunos se negaron a obedecer: «De nuevo envió a otros criados, mandándoles: *Decid a los convocados: Venid, he preparado el banquete, he matado los toros y otros animales cebados. Todo está preparado, venid a la boda.* Pero unos los despreciaron y se fueron, otros partieron a sus campos, otros a sus negocios, y el resto cogió a los criados para golpear a unos y matar a otros. Entonces el rey, al saberlo, montó en cólera, mandó a sus ejércitos para acabar con esos asesinos, quemó su ciudad y ordenó a sus criados: *La boda está preparada, pero los invitados no fueron dignos. Id, pues, a las puertas de los caminos, y traed a la boda a cuantos encontréis.* Habiendo partido los criados, juntaron a cuantos hallaron, malos y buenos, y así llenaron de comensales la boda. Cuando el rey entró para saludar a los comensales, vio a un hombre que no llevaba el traje de bodas. Y le dijo: *Amigo, ¿cómo has venido sin traje de bodas?* Mas él calló. Entonces ordenó a sus siervos: *Tomadlo de pies y manos y echadlo [1095] a las tinieblas exteriores: ahí será el llanto y el rechinar de dientes. Pues muchos son los llamados y pocos los escogidos*» (Mt 22,1-14).

Con estas palabras claramente muestra al Señor de todas las cosas, y que el Padre es el único Rey y Señor universal, del que antes había dicho: «Ni jures por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey» (Mt 5,35). Y como desde el principio preparó la boda de su Hijo, en su inmensa bondad por medio de sus criados invitó a los antiguos al banquete de bodas; pero como no quisieron escuchar, de nuevo envió a otros criados a llamarlos; mas como otra vez se negaron a obedecer, y en vez de ello lapidaron y mataron a quienes les hacían conocer su llamado, acabó con ellos enviando su ejército y quemando su ciudad. Y en cambio invitó a personas de todos los caminos, es decir de todas las naciones, al banquete de bodas de su Hijo. Así lo dijo por boca de Jeremías: «Cada uno se aparte de su camino inicuo y cambie en mejor su obrar» (Jer 35,15). Y también: «Les he enviado a mis siervos los profetas, a la aurora y durante el día, pero sus oídos no me han escuchado ni obedecido. Les dirás estas palabras: *Esta raza no escucha la voz del Señor ni acepta su enseñanza. La fe se ha apartado de su boca*» (Jer 7,25-28).

El mismo Dios que a nosotros nos ha llamado por ministerio de los Apóstoles, es el que por medio de los profetas convocaba a los antiguos, como lo prueban las palabras del Señor. No fue uno el que envió a los profetas y otro a los Apóstoles, aunque unos y otros predicaron a pueblos diversos; sino que fueron enviados por el mismo y único Señor, al que todos anunciaron: unos llevaron la Buena Nueva del Padre, otros prepararon la venida del Hijo de Dios, y los últimos predicaron al que ya estaba presente entre «los que estaban lejos» (Is 57,19; Ef 2,17).

36,6. También nos enseñó que, fieles a nuestra vocación, debemos adornarnos con las obras de justicia, para que descansen en nosotros el Espíritu Santo; éste es el vestido de bodas, del que el Apóstol afirma: «No queremos despojarnos, sino revestirnos, a fin de que lo mortal sea absorbido en la inmortalidad» (2 Cor 5,4). Pues a quienes fueron invitados al banquete divino, [1096] pero por su conducta no acogieron al Espíritu Santo, se les echó a las tinieblas exteriores (Mt 22,13). Es muy claro que es el mismo Rey que invitó a todo tipo de fieles a la boda de su Hijo, a quienes ofreció un banquete incorruptible, es quien condena a las tinieblas exteriores a quienes no tienen el traje de

bodas, es decir a quienes lo desprecian. Como en el Antiguo Testamento «la mayor parte de ellos no lo agradó» (1 Cor 10,5), así también en el Nuevo, «muchos son los llamados y pocos los escogidos» (Mt 22,14). No es uno el Padre que juzga, otro el que otorga la luz eterna y un tercero el que manda echar a las tinieblas exteriores a quienes no llevan el traje de bodas; sino que es uno y el mismo Padre de nuestro Señor, el cual llamó también a los profetas. En su inmensa misericordia también invita a los indignos, pero observa a los invitados para ver si llevan el traje debido que corresponda a la boda de su Hijo, porque no se complace en nada que sea malo o indebido. Como el Señor dijo al que había sido curado: «Mira que has recibido la salud. Ya no peques más, no sea que te pase algo peor» (Jn 5,14). El es bueno y justo, puro e inmaculado, y por ello no soportará nada injusto o abominable en su tálamo de esposo.

Este es el Padre de nuestro Señor, por cuya providencia todo sucede, y que administra todas las cosas con su mandato. Da gratuitamente a quien conviene, distribuye los dones según los méritos, y castiga con justicia a los ingratos insensibles a su benignidad. Por eso dice: «Mandó sus ejércitos para acabar con esos asesinos y quemar su ciudad» (Mt 22,7). Habló de sus ejércitos, porque todos los seres humanos pertenecen a Dios, pues «del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe de la tierra y cuantos en ella habitan» (Sal 24[23],1). El Apóstol Pablo, a su vez, escribe en su Carta a los Romanos: «Ninguna autoridad hay si no viene de Dios, y todas las que existen, él las ha ordenado. Así, pues, quien se resiste a la autoridad, se resiste al orden querido por Dios. Así, quienes se resisten, ganan su propia condenación. Las autoridades no son de temer para quienes obran el bien, sino para quienes cometen en mal. [1097] ¿Quieres no temer la autoridad? Haz el bien y ella te alabará; pues ella es una sierva de Dios para tu bien. Mas si haces el mal, teme, pues no en balde lleva la espada. Porque es un ministro de Dios para vengar con cólera a quien obra mal. Por tanto, someteos, no sólo por la amenaza, sino también por motivo de conciencia. Por esta razón pagáis tributos: son, en efecto, ministros de Dios que de esta manera lo sirven» (Rom 13,1-6).

En todo caso, tanto el Señor como el Apóstol anunciaron a un mismo y único Padre, que dio la Ley, envió a los profetas e hizo todas las cosas. Por eso dice: «Envió a sus ejércitos» (Mt 22,7), pues todo ser humano, en cuanto humano, es su plasma, aunque no sepa que él es su Señor. Pues a todos concede la existencia aquel mismo que «hace salir su sol sobre los malos y los buenos, y manda llover sobre justos e injustos» (Mt 5,45).

4.6.3. *Parábolas diversas*

36,7. No sólo con lo ya dicho, sino también mediante la parábola de los dos hijos, de los cuales el menor se acabó su herencia viviendo en la lujuria con prostitutas (Lc 15,11-32), enseñó que uno y el mismo es el Padre que al hijo mayor no le regaló un cabrito, y en cambio mandó matar el becerro cebado para su hijo menor que había perecido y le mandó poner el mejor vestido.

Igualmente mediante la parábola de los trabajadores que a diversas horas fueron enviados a su viña (Mt 20,1-16) se prueba que el Señor es uno y el mismo, que llama a unos desde el principio de la creación del mundo, a otros algún tiempo después, a otros hacia la mitad de los tiempos, a otros hacia el ocaso de los tiempos, y a otros al final. El único Padre de familia que los llama quiere tener trabajadores en todos los tiempos. Porque una sola es su viña, y también es única su justicia. [1098] Uno es el administrador y uno el Espíritu de Dios que todo lo dispone. Así también uno solo es el

salario, pues «cada uno recibió un denario» (Mt 20,9), que llevaba impresas la inscripción y la imagen del Rey, es decir la gnosis del Hijo de Dios que da la incorrupción. Por eso «pagó el salario empezando por los últimos» (Mt 20,8), pues al final de los tiempos el Señor se manifestará para hacerse presente a todos.

36,8. También el publicano que en la oración superó al fariseo (Lc 18,10-14): el Señor no lo alabó por haber adorado a otro Padre, ni por ello salió justificado; sino porque, con gran humildad, sin soberbia ni jactancia, confesó a este Dios sus pecados.

La parábola de los dos hijos a quienes mandó a la viña (Mt 21,28-32) también muestra a un mismo y solo Padre: el primero de los hijos primero contestó mal a su padre, pero luego se arrepintió, cuando ya no le servía arrepentirse; en cambio el otro de inmediato prometió a su padre que iría, pero al fin no fue, porque «todo ser humano es mentiroso» (Sal 116[115],2) y, «si tiene a la mano el querer, no tiene la fuerza de actuar» (Rom 7,18).

La parábola de la higuera de la que el Señor dice: «Hace ya tres años que vengo a buscar el fruto de esta higuera y no lo encuentro» (Lc 13,7), claramente indica su venida anunciada por los profetas: vino a buscar el fruto de los antiguos, pero no lo halló; y por este motivo la higuera fue arrancada.

Y, aun sin parábolas, dijo el Señor acerca de Jerusalén: «Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, ¡cuántas veces quise recoger a tus hijos como la gallina bajo sus alas, pero no quisiste! He aquí que tu casa quedará desierta» (Mt 23,37-38). En la parábola había dicho: «Hace tres años que busco fruto», y ahora: «¡Cuántas veces quise recoger a tus hijos!». [1099] Todo esto sería una mentira, si no lo entendemos como referido a su venida que los profetas anunciaron, pues por primera y única vez vino a ellos. Mas, como es el mismo Verbo de Dios el que vino a los patriarcas a quienes eligió y visitó muchas veces por medio de su Espíritu profético, y el que ahora nos llama de todas las naciones mediante su venida, con razón afirmaba refiriéndose a todo lo que arriba hemos dicho: «Muchos vendrán de Oriente y de Occidente y se recostarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, en cambio los hijos del reino irán a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y rechinar de dientes» (Mt 8,11-12). Mas si quienes de Oriente y Occidente crean en él se recostarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos para participar junto con ellos de su banquete, entonces uno y el mismo Dios es quien eligió a los patriarcas, visitó a su pueblo y llamó a los gentiles.

4.7. El ser humano fue creado libre

37,1. Esta frase: «¡Cuántas veces quise recoger a tus hijos, pero tú no quisiste!» (Mt 23,37), bien descubrió la antigua ley de la libertad humana; pues Dios hizo libre al hombre, el cual, así como desde el principio tuvo alma, también gozó de libertad, a fin de que libremente pudiese acoger la Palabra de Dios, sin que éste lo forzase. Dios, en efecto, jamás se impone a la fuerza, pues en él siempre está presente el buen consejo. Por eso concede el buen consejo a todos. Tanto a los seres humanos como a los ángeles otorgó el poder de elegir -pues también los ángeles usan su razón-, a fin de que quienes le obedecen conserven para siempre este bien como un don de Dios que ellos custodian. En cambio no se hallará ese bien en quienes le desobedecen, y por ello recibirán el justo castigo; porque Dios ciertamente les ofreció benignamente este bien, mas ellos ni se

preocuparon por conservarlo ni lo tuvieron por valioso, sino que despreciaron la bondad suprema. Así pues, al abandonar este bien y hasta cierto punto rechazarlo, con razón [1100] serán reos del justo juicio de Dios, de lo que el Apóstol Pablo da testimonio en su Carta a los Romanos: «¿Acaso desprecias las riquezas de su bondad, paciencia y generosidad, ignorando que la bondad de Dios te impulsa a arrepentirte? Por la dureza e impenitencia de tu corazón amontonas tú mismo la ira para el día de la cólera, cuando se revelará el justo juicio de Dios» (Rom 2,4-5). En cambio, dice: «Gloria y honor para quien obra el bien» (Rom 2,10).

Dios, pues, nos ha dado el bien, de lo cual da testimonio el Apóstol en la mencionada epístola, y quienes obran según este don recibirán honor y gloria, porque hicieron el bien cuando estaba en su arbitrio no hacerlo; en cambio quienes no obren bien serán reos del justo juicio de Dios, porque no obraron bien estando en su poder hacerlo.

37,2. Si, en efecto, unos seres humanos fueran malos por naturaleza y otros por naturaleza buenos, ni éstos serían dignos de alabanza por ser buenos, ni aquéllos condenables, porque así habrían sido hechos. Pero, como todos son de la misma naturaleza, capaces de conservar y hacer el bien, y también capaces para perderlo y no obrarlo, con justicia los seres sensatos (¡cuánto más Dios!) alaban a los segundos y dan testimonio de que han decidido de manera justa y han perseverado en el bien; en cambio reprueban a los primeros y los condenan rectamente por haber rechazado el bien y la justicia.

[1101] Por este motivo los profetas exhortaban a todos a obrar con justicia y a hacer el bien, como muchas veces hemos explicado; porque este modo de comportarnos está en nuestra mano pero, habiendo tantas veces caído en el olvido por nuestra mucha negligencia, nos hacía falta un buen consejo. Por eso el buen Dios nos aconsejaba el bien por medio de los profetas.

37,3. Por este motivo el Señor predicó: «Que vuestra luz brille ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5,16). Y: «Tened cuidado de que vuestros corazones no se carguen con comilonas, embriaguez y preocupaciones profanas» (Lc 21,34). Y: «Estén ceñidas vuestras cinturas y encendidas vuestras lámparas, como criados que esperan a su Señor cuando está por volver de la boda, para abrirle cuando llegue y llame a la puerta. Dichoso el criado a quien el amo, al llegar, encuentre haciendo esto» (Lc 12,35-36). Y añadió: «El criado que conoce la voluntad de su amo y no la cumple, recibirá muchos azotes» (Lc 12,47). Y: «¿Para qué me llamáis: ¡Señor!, ¡Señor!, si no cumplís mi palabra? (Lc 6,46). Y también: «Si el criado dice en su corazón: *Mi amo tarda en venir*, y empieza a golpear a sus compañeros, a comer, beber y emborracharse, cuando su amo llegue, en el día que menos lo espere, lo echará y le dará su parte entre los hipócritas» (Lc 12,45-46). Todos los textos semejantes a éstos, que nos muestran al ser humano como libre y capaz de tomar decisiones, nos enseñan cómo Dios nos aconseja exhortándonos a obedecerle y apartarnos de la infidelidad, pero sin imponerse por la fuerza.

37,4. Incluso el Evangelio: si alguien no quiere seguirlo, le es posible, aunque no le conviene; porque desobedecer a Dios y perder el bien [1102] está en nuestras manos, pero hacerlo lesiona al ser humano y le causa serio daño. Por eso dice Pablo: «Todo es posible hacer, pero no todo conviene» (1 Cor 6,12). Por una parte muestra la libertad del ser humano, por la cual éste puede hacer lo que quiera, pues ni Dios lo fuerza a lo

contrario; pero añade «no todo conviene», a fin de que no abusemos de la libertad para enmascarar la malicia (1 Pe 2,16): eso no es conveniente.

Y añade: «Cada uno diga la verdad a su prójimo» (Ef 4,25). Y: «No salga de vuestra boca palabra maliciosa o deshonesta o vana o inconveniente, que no sea de provecho; sino más bien una acción de gracias» (Ef 4,29). Y: «Un tiempo fuisteis tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor. Caminad honestamente como hijos de la luz» (Ef 5,8), «no en comilonas, embriagueces, prostitución o lujuria, sin ira ni envidia» (Rom 13,13), «en otro tiempo habéis hecho todo esto, pero habéis sido santificados en el nombre de nuestro Señor» (1 Cor 6,11). Mas si no estuviese bajo nuestro arbitrio hacer estas cosas o evitarlas, ¿qué motivo habría tenido el Apóstol, y antes el mismo Señor, de aconsejar hacer unas cosas y abstenerse de otras? Pero, como desde el principio el ser humano fue dotado del libre arbitrio, Dios, a cuya imagen fue hecho, siempre le ha dado el consejo de perseverar en el bien, que se perfecciona por la obediencia a Dios.

37,5. Y no sólo en cuanto a las obras, sino también en cuanto a la fe, el Señor ha respetado la libertad y el libre arbitrio del hombre, cuando dijo: «Que se haga conforme a tu fe» (Mt 9,29). Esto muestra que el ser humano tiene su propia fe, porque también tiene su libre arbitrio. Y también: «Todo es posible al que cree» (Mc 9,23). Y: «Vete, que te suceda según tu fe» (Mt 8,13). Todos los textos semejantes prueban que el ser humano tiene libertad para creer. Por eso «el que cree tiene la vida eterna, mas el que no cree en el Hijo no tiene la vida eterna, sino que la cólera de Dios permanece en él» (Jn 3,36). Por este motivo el Señor mostró que el ser humano tiene su bien propio, que es su arbitrio y su libertad, como dijo a Jerusalén: «¡Cuántas veces quise recoger a tus hijos [1103] como la gallina bajo sus alas, pero no quisiste! He aquí que tu casa quedará desierta» (Mt 23,37-38).

4.8. ¿Por qué fue creado libre?

37,6. Algunos enseñan lo contrario. Suponen a un Señor que no puede llevar a cabo lo que quiere, o bien que ignora la naturaleza de los seres hechos de tierra, incapaces de recibir la incorrupción.

Pero, dicen, hubiera sido necesario que no hiciese libres ni siquiera a los ángeles, para que no pudieran desobedecer; ni a los seres humanos que al momento fueron ingratos contra El, por el mismo hecho de haber sido dotados de razón, capaces de examinar y juzgar; y no son como los animales irracionales, que nada pueden hacer por propia voluntad, sino que se ven arrastrados a lo bueno por la fuerza de la necesidad: en ellos se da sólo un instinto, un modo de proceder, no pueden desviarse ni juzgar, ni pueden hacer otra cosa fuera de aquélla para la que fueron hechos.

Mas si así fuera, (los seres humanos) ni se gozarían con el bien, ni valorarían su comunión con Dios, ni desearían hacer el bien con todas sus fuerzas, pues todo les sucedería sin su impulso, empeño y deseo propios, sino por puro mecanismo impuesto desde afuera. De este modo el bien no tendría ninguna importancia, pues todo se haría por naturaleza más que por voluntad, de modo que harían el bien de modo automático, no por propia decisión; y por la misma razón, ni podrían entender cuán hermoso es el bien, ni podrían gozarlo. Porque, en efecto, ¿cómo se puede gozar de un bien que no se conoce? ¿Y qué gloria se seguiría de algo que no se ha buscado? ¿Qué corona se les daría a quienes no la hubieran conseguido, como quienes la conquistan luchando?

37,7. Por eso el Señor dice que el reino de los cielos es de los violentos: «Los violentos lo arrebatan» (Mt 11,12), quiere decir aquellos que se esfuerzan, luchan y continuamente están alerta: éstos lo arrebatan. Por eso el Apóstol Pablo escribió a los corintios: «¿No sabéis que en el estadio son muchos los que corren, pero sólo uno recibe el premio? Corred de modo que lo alcancéis. Todo aquel que compite se priva de todo, y eso para recibir una corona corruptible, en cambio [1104] nosotros por una incorruptible. Yo corro de esta manera, y no al acaso; yo no lucho como quien apunta al aire; sino que mortifico mi cuerpo y lo someto al servicio, no vaya a suceder que, predicando a otros, yo mismo me condene» (1 Cor 9,24-27). Siendo un buen atleta, nos exhorta a competir por la corona de la incorrupción; y a que valoremos esa corona que adquirimos con la lucha, sin que nos caiga desde afuera. Cuanto más luchamos por algo, nos parece tanto más valioso; y cuanto más valioso, más lo amamos. Pues no amamos de igual manera lo que nos viene de modo automático, que aquello que hemos construido con mucho esfuerzo. Y como lo más valioso que podía sucedernos es amar a Dios, por eso el Señor enseñó y el Apóstol transmitió que debemos conseguirlo luchando por ello. De otro modo nuestro bien sería irracional, pues no lo habríamos ganado con ejercicio. La vista no sería para nosotros un bien tan deseable, si no conociésemos el mal de la ceguera; la salud se nos hace más valiosa cuando experimentamos la enfermedad; así también la luz comparándola con las tinieblas, y la vida con la muerte. De igual modo el Reino de los cielos es más valioso para quienes conocen el de la tierra; y cuanto más valioso, tanto más lo amamos; y cuanto más lo amamos, tanto más gloria tendremos ante Dios.

Por este motivo Dios ha permitido todas estas cosas a fin de que nos eduquen y nos hagan sabios, para que en el futuro seamos cautelosos y perseveremos en su amor (Jn 15,9-10) amando a Dios como seres racionales, admirando la generosidad que Dios ha mostrado ante la apostasía de los seres humanos a fin de educarlos por esa experiencia, como dice el profeta: «Tu alejamiento te enseñará» (Jer 2,19). Dios dispuso de antemano todas las cosas para el provecho del ser humano y para mostrar de modo eficaz su Economía, a fin de que se manifieste la bondad, se cumpla la justicia, la Iglesia «reproduzca la imagen de su Hijo» (Rom 8,29), y quizás algún día el ser humano madure a través de todas estas experiencias, para que madurando se haga capaz de ver y comprender a Dios.

4.9. No fue creado perfecto: necesita ser educado

[1105] 38,1. Tal vez alguien diga: «¿Pero qué, ¿acaso Dios no podría haber creado al ser humano perfecto desde el principio?» Sépase que Dios siempre es el mismo e idéntico a lo que él mismo es, y que todo le es posible. Pero las cosas creadas por él, puesto que comenzaron a existir cuando fueron hechas, por fuerza son inferiores a aquel que las hizo. Las cosas que llegaron a ser, no podían ser increadas; y por el hecho de no ser increadas les falta ser perfectas. Como fueron producidas más tarde, en ese sentido son niñas, y como niñas no están ni habituadas ni ejercitadas en un modo de actuar perfecto. Sucede como con una madre capaz de dar al bebé un alimento de adulto, pero él aún no puede comer ese alimento demasiado pesado para sus fuerzas. De modo semejante, Dios pudo dar la perfección al ser humano desde el principio, pero éste era incapaz de recibirla, pues también fue niño.

Por eso nuestro Dios en los últimos tiempos, para recapitular todas las cosas en sí mismo, vino a nosotros, no tal como podía mostrarse, sino como nosotros éramos

capaces de mirarlo. [1106] Porque podía venir a nosotros en su gloria inexpressable, pero nosotros no habiéramos resistido soportar la grandeza de su gloria. Por eso, como a niños, aquel que era el pan perfecto del Padre se nos dio a sí mismo como leche, cuando vino a nosotros como un hombre; a fin de que, nutriendo nuestra carne como de su pecho, mediante esa lactancia nos acostumbráramos a comer y beber al Verbo de Dios, hasta que fuésemos capaces de recibir dentro de nosotros el Pan de la inmortalidad, que es el Espíritu del Padre.

38,2. Por eso Pablo dice a los corintios: «Os he alimentado con leche, no con pan, pues aún no podáis digerirlo» (1 Cor 3,2). Quiere decir: habéis conocido la venida del Señor en cuanto hombre, pero aún no ha descansado en vosotros el Espíritu del Padre, dada nuestra debilidad. «Pues cuando hay envidia, discordia y disensiones entre vosotros, ¿no os mostráis carnales y camináis según el hombre? (1 Cor 3,3). Es decir, el Espíritu del Padre aún no habitaba en ellos, debido a su imperfección y la debilidad de su conducta. Mas así como el Apóstol podía darles el alimento -pues todos aquellos a quienes los Apóstoles imponían las manos recibían el Espíritu Santo (Hech 8,17-19), que [1107] es el alimento de la vida-, pero ellos no eran capaces de recibirlo por su relación con Dios aún débil y sin ejercicio (Heb 5,14); así también Dios habría podido desde el principio dar la perfección al ser humano; pero éste, recién creado, no era capaz de recibirlo, si lo recibía era incapaz de acogerlo, y si lo acogía no tenía fuerzas para conservarlo. Por eso el Verbo de Dios se hizo niño con el hombre, aunque él era perfecto: no por sí mismo sino por la pequeñez del ser humano, a fin de de algún modo se hiciese capaz de recibirlo. Así pues, no es que Dios fuera incapaz o indigente; sino que lo era el hombre recién hecho, pues no era increado.

38,3. En cambio en Dios al mismo tiempo se manifiestan el poder, la bondad y la sabiduría: el poder y la bondad en el hecho de que voluntariamente creó e hizo las cosas que no existían; su sabiduría en el hecho de que hizo todas las cosas de modo ordenado y en mutua concordancia. Estas creaturas, recibiendo de su inmensa generosidad el desarrollo y duración a través del tiempo, serán portadoras de la gloria del increado, ya que Dios les dará generosamente todo lo bueno. Habiendo sido hechas, no son increadas; pero como durarán por tiempo sin fin, recibirán el don del increado, [1108] pues él les concederá durar para siempre. De este modo Dios tendrá el primado en todo, porque es el único increado y anterior a todos los seres, a punto de ser su causa; en cambio todos los demás seres permanecerán siempre sometidos a Dios. Pero la sumisión a Dios trae consigo la incorrupción, y la perseverancia en la incorrupción es la gloria del increado.

Mediante este orden, con dicha conveniencia y con tal modo de proceder, el hombre hecho y plasmado se convierte en la imagen y semejanza del Dios increado: con el beneplácito y mandato del Padre, mediante el ministerio y la obra formadora del Hijo, siendo el Espíritu el que nutre y da el crecimiento. El hombre, a su vez, poco a poco se desarrolla y llega a la perfección, es decir, se hace más cercano al increado. Porque perfecto es lo increado, y éste es Dios. Pues convenía que primero el hombre fuese creado, que una vez creado creciera, una vez crecido llegara a la adultez, hecho adulto se multiplicase, multiplicado se consolidase, consolidado se elevase a la gloria, y en la gloria contemplase a su Señor. Pues es a Dios a quien ha de ver, y la visión de Dios produce la incorrupción; pero «la incorrupción nos acerca a Dios» (Sab 6,19-20).

38,4. Son irrazonables, pues, los que no esperan el tiempo de su crecimiento e imputan a Dios la debilidad de su naturaleza. No se conocen ni a sí mismos ni a Dios, [1109] ingratos e insaciables, rehúsan ser aquello que fueron hechos: seres humanos sujetos a pasiones; sino que, sobrepasando la ley de la raza humana, antes de hacerse hombres pretenden ser semejantes al Dios que los hizo negando la diferencia entre el Dios increado y el ser humano creado en el tiempo. Así se hacen más irracionales que los brutos animales. Estos al menos no reprochan a Dios por no haberlos hecho humanos; sino que cada uno, a su manera, le da gracias por lo que es, porque todo lo ha recibido. En cambio nosotros le reprochamos el no haber sido hechos dioses desde el principio, sino que primero nos hizo seres humanos, y sólo después dioses; aunque Dios lo hizo en la simplicidad de su bondad, de modo que nadie lo puede juzgar de celoso y egoísta: «Yo dije: *Todos sois dioses e hijos del Altísimo*» (Sal 82[81],6). Mas, como nosotros somos incapaces de soportar el poder de la divinidad, dice: «Pero vosotros moriréis siendo humanos» (Sal 82[81],7). Declara ambas cosas: la bondad de su don y la debilidad de nuestra libertad.

Por su bondad hizo el bien a los seres humanos al crearlos libres a su semejanza; sin embargo, por su preciencia conoció la debilidad de los hombres y sus consecuencias; por su amor y poder triunfará sobre la naturaleza creada. Pues era necesario que primero apareciese la naturaleza, luego que fuera vencida, en seguida que lo mortal fuera absorbido en la inmortalidad y lo corruptible en la incorrupción (2 Cor 5,4; 1 Cor 15,53), para que el ser humano se convierta en imagen y semejanza de Dios, habiendo recibido el conocimiento del bien y del mal (Gén 3,5).

4.10. Conocimiento del bien y del mal

39,1. El hombre aprendió el bien y el mal. El bien consiste en escuchar a Dios, poner en él la fe y guardar sus mandamientos. Esto es lo que da la vida al ser humano. En cambio el mal consiste en desobedecer a Dios, lo que lo lleva a la muerte. Por su generosidad Dios dio a conocer al ser humano el bien de la obediencia y el mal de la desobediencia, a fin de que el ojo de su alma por propia experiencia pueda elegir juzgando lo que es mejor, y nunca descuide por pereza el mandato divino. Y para que por experiencia aprenda lo que es malo y le arrebata la vida, y de esta manera no se vea jamás tentado a desobedecer a Dios. [1110] En cambio puede guardar con empeño y por propia decisión la obediencia a Dios, sabiendo que en ello consiste su bien.

Por eso su conocimiento de ambas cosas va en los dos sentidos, a fin de que pueda elegir lo mejor con discernimiento. ¿Mas cómo podría discernir sobre el bien si ignorase lo que se le opone? La percepción de las cosas que tocamos es más firme y segura que la que proviene de suposición o conjetura. Así como la lengua mediante el gusto experimenta lo dulce y lo amargo, el ojo por experiencia distingue lo negro de lo blanco y la oreja por medio del oído descubre la diferencia de los sonidos, así también la mente, habiendo experimentado una y otra cosa, puede discernir sobre el bien y hacerse más firme en mantener la obediencia a Dios: ante todo por la penitencia aleja de sí la desobediencia, como cosa mala y amarga, y luego, aprendiendo por comparación lo que es contrario a lo dulce y bueno, evita ser tentado a gustar la desobediencia a Dios. Mas si alguno rehuyese conocer ambos extremos y el doble sentido al que se dirigen los pensamientos, de modo inconsciente estaría matando en sí su ser humano.

39,2. ¿Cómo podrías hacerte dios, si primero no te haces un ser humano? ¿Cómo pretendes ser perfecto, si fuiste creado en el tiempo? ¿Cómo sueñas en ser inmortal, si en tu naturaleza mortal no has obedecido a tu Hacedor? Es, pues, necesario que primero observes tu orden humano, para que en seguida participes de la gloria de Dios. Porque tú no hiciste a Dios, sino que él te hizo. Y si eres obra de Dios, contempla la mano de tu artífice, que hace todas las cosas en el tiempo oportuno, y de igual manera obrará oportunamente en cuanto a ti respecta. Pon en sus manos un corazón blando y moldeable, y conserva la imagen según la cual el Artista te plasmó; guarda en ti la humedad (351), no vaya a ser que, si te endureces, pierdas las huella de sus dedos (352). Conservando tu forma subirás a lo perfecto; pues el arte de Dios esconde el lodo que hay en ti. Su mano plasmó tu ser, te reviste por dentro y por fuera con plata y oro puro (Ex 25,11), y tanto te adornará, que el Rey deseará tu belleza (Sal 45[44],12). Mas si, endureciéndote, rechazas su arte y te muestras ingrato a aquel que te hizo un ser humano, al hacerte ingrato a Dios pierdes al mismo tiempo el arte con que te hizo y la vida que te dio: hacer es propio de la bondad de Dios, ser hecho es propio de la naturaleza humana. Y por este motivo, si le entregas lo que es tuyo, es decir tu fe y obediencia a él, entonces recibirás de él su arte, que te convertirá en obra perfecta de Dios.

39,3. Mas si rehúsas creer y huyes de sus manos, [1111] la culpa de tu imperfección recaerá en tu desobediencia y no en aquel que te llamó: él mandó a quien convocara a su boda: quienes no obedecieron, por su culpa se privaron de su cena regia (Mt 22,3). A Dios no le falta el arte, siendo capaz de sacar de las piedras hijos de Abraham (Mt 3,9; Lc 3,8); pero aquel que no se somete a tal arte, es causa de su propia imperfección. Es como la luz: no falta porque algunos se hayan cegado, sino que la luz sigue brillando, y los que se han cegado viven en la oscuridad por su culpa. Ni la luz obliga por la fuerza a nadie, así como Dios a nadie somete por imposición a su arte. Aquellos, pues, que se han apartado de la luz del Padre transgrediendo la ley de la libertad, se han alejado por su culpa, pues se les concedió la libertad y el libre albedrío.

39,4. Dios, que de antemano conoce todas las cosas, preparó para unos y para otros sendas moradas: con toda bondad otorga la luz de la incorrupción a aquellos que la buscan; en cambio aparta de sí a quienes la desprecian y rechazan, huyendo por su cuenta y cegándose. Para quienes repudian la luz y escapan de él, ha preparado las tinieblas correspondientes, a las que los entregará como justo castigo. Sujetarse a Dios es el descanso eterno. Por eso quienes huyen de la luz tendrán un puesto digno de su fuga, y quienes huyen del descanso eterno también tendrán la morada que merecen los desertores. En Dios todo es bien, y por eso quienes por propia decisión huyen de Dios, a sí mismos se defraudan y privan de sus bienes. Y por ello quienes a sí mismo se han defraudado en cuanto a los bienes de Dios, en consecuencia caerán en su justo juicio. Quienes se escapan del descanso, justamente vivirán en su castigo, y quienes huyeron de la luz vivirán en tinieblas. Así como sucede con la luz de este mundo: quienes se fugan de ella, por sí mismos se esclavizan a la oscuridad, [1112] de manera que es su propia culpa si quedan privados de la luz y deben habitar en las sombras de la noche. La luz no es la causa de ese modo de vivir, como antes dijimos. De igual modo, quienes evaden la luz eterna que contiene en sí todos los bienes, por su propia culpa vivirán en las tinieblas eternas, privados de todo bien, pues ellos mismos han construido su propio tipo de morada.

4.11. Por eso el premio y el castigo

40,1. Por consiguiente es uno y el mismo el Dios y Padre, que en su casa prepara bienes para quienes lo buscan, viven en su comunión y perseveran en su obediencia; mas también ha preparado el fuego eterno para el diablo, príncipe de la apostasía, y para los ángeles que con él se le apartaron. El Señor dice que serán arrojados al fuego aquellos que están a su izquierda (Mt 25,41). Y lo mismo dice el profeta: «Yo soy un Dios celoso, construyo la paz y condeno el mal» (Is 45,7). Construye la paz para quienes se arrepienten y se convierten a El: los llama a la amistad y a la unidad. En cambio prepara el fuego eterno y las tinieblas exteriores, grandes males para quienes caen en ellos, para los impenitentes que huyen de su luz.

4.12. Parábolas del juicio

40,2. Mas si fuese uno el Padre que da el descanso, y otro el Dios que preparó el fuego, también habrían de ser diversos los hijos: uno que conduciría al Reino del Padre, y otro al fuego eterno. Pero el Señor que juzgará a todo el género humano se mostró uno y el mismo: [1113] «Como el pastor separa las ovejas de los cabritos» (Mt 25,32), a unos les dirá: «Venid, benditos de mi Padre, a recibir el reino preparado para vosotros» (Mt 25,34), y a otros: «Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno que mi Padre preparó para el diablo y sus ángeles» (Mt 25,41). Con estas palabras muestra de modo evidente que también su Padre es uno solo y el mismo, «el que construye la paz y condena el mal», el que prepara para unos y otros lo que merecen, así como el único juez enviará a unos y otros al puesto justo.

Lo mismo manifestó el Señor en la parábola del trigo y la cizaña: «Como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin de los tiempos. El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles a recoger de su reino todos los escándalos y a los que han obrado con iniquidad para arrojarlos al horno de fuego: allí habrá sólo llanto y rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre» (Mt 13,40-43). El mismo Padre que preparó para los justos el reino al que su Hijo hace entrar a quienes son dignos, así también preparó el horno de fuego para quienes por mandato del Señor serán arrojados en él por los ángeles que enviará el Hijo del Hombre.

40,3. El había sembrado semilla buena en su campo (Mt 13,24), y dice: «El campo es el mundo; pero mientras los hombres dormían, el enemigo vino y sembró encima cizaña entre el trigo, y se marchó» (Mt 13,25.38). Desde entonces el enemigo es el ángel apóstata, desde el día en que tuvo celos de la creatura de Dios, y se empeñó en hacerla enemiga de Dios. Por eso [1114] Dios también separó de su comunión al que en oculto y por su cuenta había sembrado la cizaña, esto es la transgresión que él mismo provocó; en cambio se compadeció del hombre que por negligencia aceptó la desobediencia, e hizo rebotar la enemistad por la cual aquél lo había querido hacer enemigo de Dios, contra el mismo autor de la enemistad; quitó su enemistad contra el hombre para echarla contra la serpiente. Como dice la Escritura que dijo él a la serpiente: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y el linaje de la mujer: él te quebrantará la cabeza, mientras tú acecharás su talón» (Gén 3,15). El Señor recapituló en sí mismo esta enemistad, como un hombre «nacido de mujer» (Gál 4,4), y le aplastó la cabeza, como lo hemos explicado en nuestro libro precedente ([353](#)).

4.13. Los hijos del maligno

[1115] 41,1. El afirmó que algunos de los ángeles pertenecen al diablo, y para ellos se preparó el fuego eterno (Mt 25,41). También dice en la parábola de la cizaña: «La cizaña son los hijos del maligno» (Mt 13,38). Por eso debemos decir que adscribió a todos los apóstatas a aquel que es el iniciador de la transgresión. No es que (el demonio) haya creado en cuanto a su naturaleza a los ángeles y a los seres humanos. En efecto, nada se halla (en la Escritura) que el diablo haya hecho, pues él mismo es una criatura de Dios, como lo son los demás ángeles. Dios fue quien hizo todas las cosas, como dice David: «Dijo, y todas las cosas fueron hechas; lo mandó, y fueron creadas» (Sal 33[32],9).

41,2. Y como Dios creó todas las cosas, pero el diablo se convirtió en causa de la apostasía propia y de los otros, con justicia la Escritura a quienes perseveran en la apostasía siempre los llama hijos del diablo y ángeles del maligno. Según hemos explicado anteriormente, de dos maneras se puede llamar *hijo* a una persona: o por naturaleza, en cuanto que es hijo de nacimiento; o porque se hace hijo y se le tiene por tal. Y hay diferencia entre nacer y hacerse: porque el primero nace de otro; en cambio el segundo es hecho por otro, es decir, o en cuanto a su ser o en cuanto a la enseñanza doctrinal (354); pues suele llamarse hijo de un maestro también a quien éste educa con su palabra, y al maestro se le llama padre. En cambio, por naturaleza todos somos hijos de Dios por la creación, pues él nos ha hecho. Mas en cuanto a la obediencia y la doctrina, no todos son hijos de Dios, sino los que creen en él (Jn 1,12) y hacen su voluntad (Mt 12,50). Quienes no creen ni hacen su voluntad son hijos y ángeles del diablo, porque hacen la voluntad del diablo (Jn 8,41.44). Por eso dice Isaías: «Hijos crié y elevé, pero ellos me despreciaron» (Is 1,2). Y también [1116] los llama hijos de extraños: «Esos hijos extranjeros me engañaron» (Sal 18[17],46). Por naturaleza son sus hijos, porque él los hizo; pero por sus obras no son sus hijos.

41,3. Entre los seres humanos, los hijos rebeldes a sus padres que reniegan de ellos, son hijos por naturaleza; pero por ley se pueden enajenar, pues sus padres naturales los desheredan. De modo semejante quienes no obedecen a Dios y reniegan de él, dejan de ser sus hijos. Por eso no pueden recibir su herencia, como dice David: «Desde antes de nacer se corrompen los malvados, su veneno es semejante al de la víbora» (Sal 58[57],4-5). Por eso el Señor, sabiendo que eran hijos de seres humanos, sin embargo les llamó «raza de víboras» (Mt 23,33), pues se parecen a esos animales por su modo tortuoso de moverse para dañar a los demás: «Cuidaos, dijo, de la levadura de los fariseos y saduceos» (Mt 16,6). Y afirmó de Herodes: «Id y decid a esa zorra» (Lc 13,32), para dar a entender su dolo y su astucia llena de malicia. Por eso el profeta Jeremías dijo: «El hombre a quien se eleva a los honores se convierte en bestia» (Sal 49[48],21) (355). Y también: «Se hicieron como caballos en celo ante la hembra, cada uno de ellos relincha por la mujer del prójimo» (Jer 5,8).

Isaías, predicando en Judea en disputa con Israel los llamaba «príncipes de Sodoma y pueblo de Gomorra» (Is 1,10). Así daba a entender que ellos se habían hecho semejantes a los sodomitas, por la transgresión y por cometer los mismos pecados: por la semejanza de sus actos los llamó con la misma palabra. No es que Dios los hubiera hecho así por naturaleza, ya que ellos podían obrar justamente, pues les dijo dándoles un buen consejo: «Lavaos, purificaos, arrojad de vuestros corazones la maldad ante mis ojos, apartaos de vuestras iniquidades» (Is 1,16); porque ellos cometían pecado como los

sodomitas, también como ellos recibirían el castigo; mas si se convertían, hacían penitencia y se apartaban de sus maldades, podían volver a ser hijos de Dios y alcanzar la herencia [1117] de la incorrupción que él otorga. En este sentido llamó a quienes creen en el diablo y actúan según sus obras, ángeles del diablo e hijos del maligno. Uno y el mismo Dios los creó a todos en un principio; cuando creen en Dios, lo obedecen, perseveran en guardar su doctrina, son hijos de Dios; mas cuando se apartan de él y pecan, se les adscribe al diablo, el cual desde el principio se convirtió en causa de la apostasía, propia y de los otros.

Conclusión

41,4. Puesto que son muchas las palabras del Señor que anuncian a un solo y el mismo Padre Creador de este mundo, era necesario que nos explayásemos ampliamente en refutar a quienes están atrapados en muchos errores, con la esperanza de que, habiendo sido rebatidos de tantas maneras, se conviertan a la verdad y puedan salvarse. Mas es preciso que a todo este escrito, en seguida de las palabras del Señor, añadamos también la doctrina de Pablo y examinemos su enseñanza. Al exponer al Apóstol, aclaramos todos aquellos dichos de Pablo que los herejes, [1118] o no han entendido en absoluto, o han explicado optando por otras interpretaciones. De este modo ponemos en evidencia su insensata demencia y, a partir del mismo Pablo, del cual toman ocasión para cuestionarnos, desenmascaramos sus mentiras al exponer cómo el Apóstol predicó la verdad, y que todo cuanto enseñó concuerda con ella: que uno solo es el Dios Padre que habló a Abraham, envió de antemano a los profetas, en los últimos tiempos envió a su Hijo, y otorga la salvación a su plasma, que es la substancia de la carne.

Por consiguiente, en el próximo libro expondremos las restantes palabras del Señor mediante las cuales, en forma directa y sin parábolas, enseñó la doctrina sobre el Padre. En seguida agregaremos una exposición acerca de las cartas del Santo Apóstol. Con esta última tarea te ofreceremos un trabajo completo de «denuncia y refutación de la falsa gnosis». A ti y a nosotros estos cinco libros nos servirán de ejercicio para rebatir a todos los herejes.

296. Nótese la ironía de San Ireneo: para los valentinianos, el Abismo es el Protopadre y el origen de todo el Pléroma. El es, precisamente, el Protopadre y origen del *abismo de su error*. [\[Regresar\]](#)

297. La versión latina dice que el hombre (alma y carne) fue formado a imagen de Dios. La retroversión griega (inspirada en el texto armenio: ver Introd. en SC 100*, p. 190, nota a p. 391,1), dice que «el hombre está compuesto de alma y carne» y que *ésta* (la carne) «fue formada a imagen de Dios», siguiendo la misma pauta antignóstica de V, 6,1. [\[Regresar\]](#)

298. Tomó esta imagen del Antiguo Testamento (Job 10,8; Sal 8,7; 119,73; Sab 3,1), pero dándole un nuevo sentido, para convertirla en una de las primeras imágenes del mundo físico que sirvieron para, de algún modo, ilustrar el misterio de la Trinidad, no sólo en la obra de la creación, sino en toda la Economía. [\[Regresar\]](#)

299. La casa, es decir el templo. Se refiere al texto que acaba de comentar poco antes: «Mi casa se llamará casa de oración». [\[Regresar\]](#)

300. Nótese cómo San Ireneo interpreta este pasaje, en el contexto de que el Verbo (encarnado) que de los antiguos padres ha tomado su ascendencia, por su resurrección se ha manifestado padre para ellos: Cristo es, en su humanidad, hijo de los patriarcas; por su divinidad (como Verbo) se muestra su padre, es decir el autor de la vida. [\[Regresar\]](#)

301. En varios lugares (ver IV, 21,1 y 25,1) San Ireneo habla de Abraham como del predecesor que inicia e impulsa nuestra fe, y de nuestro original modelo. En este pasaje expresa una idea semejante, aunque con una expresión más bella. [\[Regresar\]](#)

302. Nótese la idea de San Ireneo (que implica la *perichóresis*): al revelarse el Verbo a sí mismo en su carne, *en esa misma revelación* como Hijo, el Señor revela al Padre (compárese con IV, 6,3.5.7 y V, 16,3). Y ver IV, 6,6: «Pues lo invisible del Hijo es el Padre, y lo visible del Padre es el Hijo». [\[Regresar\]](#)

303. Se tiene noticia de que Justino escribió este libro, que no se conserva. [\[Regresar\]](#)

304. Está latente aquí la enseñanza de Santiago: «¿Tú crees que existe un solo Dios? Haces bien; pero también los demonios lo creen y se estremecen» (Sant 2,19). [\[Regresar\]](#)

305. San Ireneo ve en Cristo la total revelación del Padre, no sólo en el Nuevo Testamento, sino también en el Antiguo: el Hijo es quien revela al Padre, pero también el Padre revela al Hijo por medio del Hijo mismo. Este es *el único plan de salvación de toda la historia*, aunque más especialmente manifestado en la Encarnación (ver III, 11,6). [\[Regresar\]](#)

306. *Apocalypse, revelaverit*: «lo revelare». [\[Regresar\]](#)

307. Algunos manuscritos antiguos del Nuevo Testamento en versión latina atribuyen el *Magnificat* a Isabel, como los de la *Vetus Latina* a, b1, C, V y la versión armenia del *Adversus Haereses*, así como Nicetas de Remesiana, en *De Psalmodiae Bono* IX,11. En el siglo pasado se lo atribuyeron a Isabel D. Völter, A. Loisy, y a principios de este siglo A. von Harnack. La edición de PG 7, 991 lee: «Sed Maria ait». [\[Regresar\]](#)

308. Hijos de Abraham no sólo son los israelitas (lo son en el orden físico), sino todos los que aceptan la fe en Cristo, que es la fe de Abraham.: ver IV, 7,2; 5,3; 34,2; V, 32,2; D 35. [\[Regresar\]](#)

309. En la reconstrucción del texto griego se lee: «Se ha servido ... de su progenie y sus propias manos, o sea el Hijo y el Espíritu Santo». San Ireneo advierte que del Padre provienen el Hijo y el Espíritu Santo, y que el Padre se sirve de éstos como de sus manos para llevar a cabo la creación. Que tanto el Hijo como el Espíritu Santo sean «*gennema*» (progenie) del Padre, es claro, por ejemplo en IV, 6,6 y 20,3. (Nótese que en siglos posteriores, a partir de la disquisición de Orígenes acerca de la «procedencia» al interior de la Trinidad, ser «progenie» del Padre se reserva al Hijo, como su carácter personal, a diferencia del Espíritu Santo). [\[Regresar\]](#)

310. O bien, «de una misma substancia» (*ousías*). [\[Regresar\]](#)

311. Es típica de San Ireneo la idea de que Dios siempre se ha comunicado con el hombre por medio de su Hijo (o del Verbo), desde los inicios, conversando con Adán (ver D 12), y revelándose a Abraham (ver D 44), a Jacob (A 45), a Moisés (D 46). Ver III, 6,1; IV, 22,2; 34,5. [\[Regresar\]](#)

312. San Ireneo concibe toda la Economía como una gran sinfonía. Hay diversas etapas históricas en la manera como el único plan de salvación se desarrolla (como son diversas las notas que componen una única melodía), pero todas ellas cantan la misma gloria del Padre. Nótese que San Ireneo se inspira en el texto de la Biblia que está citando: en Lc 15,25 leemos que el hijo mayor, al regresar del campo, advirtió que su hermano menor había regresado a la casa paterna, cuando «oyó la sinfonía». En II, 25,2 ha usado una imagen semejante para refutar a los gnósticos, los cuales, por las distintas obras, deducen a diversos creadores: la pluralidad de las obras es como la de las notas que construyen una sola melodía. [\[Regresar\]](#)

313. Signo de la absoluta generosidad de Dios. Resuena el eco del Sal 50: en 9-13 Yahvé aclara no tener necesidad de que le ofrezcamos sacrificios de animales, pues toda la tierra y cuanto contiene es suyo. Y, sin embargo, en 14-15 acepta el sacrificio de alabanza para liberar al hombre: así éste, al quedar liberado, le dará gloria. [\[Regresar\]](#)

314. Este no es un texto bíblico. Parece una sentencia tomada de alguna colección de *espíritu bíblico*, más o menos semejante a Eccl 39,14. También lo cita CLEMENTE DE ALEJANDRIA, *Pedagogo* III, 12: PG 8,669. [\[Regresar\]](#)

315. Recuérdense que para San Ireneo Dios hace todo por su Verbo, incluso en el Antiguo Testamento: el Verbo llamó a Abraham y a Moisés, habló a Adán (ver IV, 10,1), a Caín y a los profetas. Poco más adelante nos dice que «Dios *siempre* concede al justo...» (ver IV 20,1 y 4): estos son signos de la única Economía del Padre, realizada a través del tiempo. Esta unidad perfecta elimina la posibilidad de la doctrina gnóstica sobre el Dios del Antiguo Testamento, distinto del Padre de nuestro Señor Jesucristo. [\[Regresar\]](#)

316. Conéctese con IV, 14,1 y 17,1: San Ireneo subraya la absoluta generosidad de Dios, que nada necesita de nuestros dones porque todo es suyo. Por eso respecto al culto y el sacrificio (cuyo prototipo es la Eucaristía: ver I, 13,2), si Dios los ha mandado y acepta, lo hace sólo por nuestro bien. Esta actitud cristiana contrasta con la de los gnósticos: si ellos consideran malos los dones creados por Dios, entonces al ofrecérselos (por ejemplo en la caricatura de Eucaristía celebrada por Marco) más bien ofenden a Dios al ofrecerle sus dones que, por hipótesis suya, son frutos de corrupción y de desecho. [\[Regresar\]](#)

317. San Ireneo muestra en este pasaje el valor de la Eucaristía. [\[Regresar\]](#)

318. Es decir, cuántos codos miden los cielos. [\[Regresar\]](#)

319. Atribuido erróneamente a la Escritura. En realidad es de HERMAS, *El Pastor* II, 1. San Ireneo tiene en mente este pasaje que, o cita parcialmente o al menos de modo implícito, en varias ocasiones (ver I, 15,5; 22,1; II, 10,2; 30,9). [\[Regresar\]](#)

320. San Ireneo algunas veces atribuye la inspiración profética al Verbo, otras al Verbo por el Espíritu: ver D 5, 3, 49, 100. [\[Regresar\]](#)

321. Párrafo riquísimo que condensa varios aspectos de la teología de San Ireneo, y a su vez resulta una fuerte arma contra la gnosis: es verdad que Dios es invisible y trascendente; pero esto no lo hace del todo desconocido: en su omnipotencia puede acercarse a nosotros y darse a conocer si él lo quiere. Y contra la división entre el Dios del Antiguo Testamento y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, propone el único plan de salvación: Dios se dejó ver en forma profética en el Antiguo Testamento por el Espíritu; en el Nuevo Testamento por la adopción en el Hijo; y se nos manifestará en plena visión como Padre en su Reino futuro. [\[Regresar\]](#)

322. Recuérdese que el Nuevo Testamento llama a la Palabra de Dios hecha hombre *la Roca*: Mt 7,25; Lc 6,48; 1 Cor 10,4; 1 Pe 2,4-8. [\[Regresar\]](#)

323. La Iglesia del Nuevo Testamento, que proviene en mayoría de los gentiles. [\[Regresar\]](#)

324. Es decir, el pueblo judío. [\[Regresar\]](#)

325. PG 7, 1045: «a Judaeis patitur». [\[Regresar\]](#)

326. Aquí se halla implícita una extensión de la imagen paulina del primer y segundo Adán, a todos los seres humanos: los «primeros hombres» son los encabezados por el primer Adán en el pecado; «los últimos» son los discípulos de Cristo, los redimidos cuya cabeza es el segundo Adán. [\[Regresar\]](#)

327. San Ireneo también cita este texto en III, 20,4 (ver ahí la nota), donde lo refiere a Isaías, y en IV, 33,1.12; V, 31,1, sin atribución especial. No se conoce en la Biblia como la conservamos. [\[Regresar\]](#)

328. San Ireneo afirma la estrecha unidad de los dos Testamentos (preludia la afirmación del Concilio Vaticano II, DV 16): el Antiguo Testamento prepara y da comprensión al Nuevo, y éste, a su vez, da sentido y cumplimiento al Antiguo. Argumento antiherético, destruye la idea marcionita de los dos dioses. [\[Regresar\]](#)

329. Idea muy cara a San Ireneo: por su resurrección, Cristo no sólo es el Primogénito de los muertos, sino también el inicio de la vida para los que duermen, es decir, el principio de su resurrección (ver II, 22,4; III, 22,4). [\[Regresar\]](#)

330. Ver III, 12,10. [\[Regresar\]](#)

331. Es decir, judíos y gentiles. Estos, después de Hech 15, no están obligados a circuncidarse para ser recibidos en la fe. [\[Regresar\]](#)

332. Ver IV, 16,1-5. [\[Regresar\]](#)

333. *Episkópous*, lit. *guardianes*; en el latín traducido, con la mentalidad de Ireneo, como *obispos*. [\[Regresar\]](#)

334. Es decir, no condenan la ingratitud de los egipcios que habían recibido todo de los antepasados del pueblo hebreo. [\[Regresar\]](#)

335. Es decir, a los hebreos que tomaron objetos de los egipcios. [\[Regresar\]](#)

336. *Hai dyo synagogaí*, literalmente *las dos asambleas*, es decir las dos Iglesias, la del Antiguo y la del Nuevo Testamento. [\[Regresar\]](#)

337. Es decir, el hombre espiritual, sujeto del pasaje anterior. Es también el sujeto de los párrafos siguientes. [\[Regresar\]](#)

338. Signo de que, desde el siglo II, se consagraba una mezcla de vino y agua, como después lo confirman muchos de los Padres. [\[Regresar\]](#)

339. Los Eones provienen, según ellos, de la unión del principio masculino con el femenino. [\[Regresar\]](#)

340. Fuerte ironía contra las fantasiosas teorías acerca del nacimiento de los Eones en el Pléroma. Los herejes fabrican estas fábulas y las enseñan con todo aplomo como si fuesen el fundamento de toda la verdad. Y las proclaman con tal seguridad, que pareciera que (a falta de toda prueba) ellos mismos han sido testigos de los orígenes del Pléroma (ver II, 28,6). [\[Regresar\]](#)

341. HOMERO, *La Ilíada*, 9, 312-313. [\[Regresar\]](#)

342. Los ebionitas afirman que Jesús nació naturalmente de Jesús y de María, como un simple hombre sobre el cual descendió el Cristo durante el bautismo. San Ireneo sabe que la concepción virginal de Jesús es el signo de su divinidad. Si los ebionitas la niegan, es porque no reconocen en Jesús al Hijo de Dios. Pero, si es así, ellos mismos, al renegar de la fe en Jesús, el Hijo de Dios, renuncian a ser salvos. Al mismo tiempo, esa concepción virginal es el signo del renacimiento (es decir del bautismo) cristiano: si se rechaza el signo, el bautismo pierde significado como nuevo nacimiento. [\[Regresar\]](#)

343. Ver III, 16,6 y 18,1-2. Antes de la venida del Hijo en la carne, se sabía que el ser humano es imagen de Dios, pero no se conocía que el Hijo era su imagen, y según él habíamos sido creados. La encarnación revela esta imagen en nosotros, de modo que descubramos en nuestro ser que estamos destinados a ser hijos de Dios, y por ende se nos desvele Dios como Padre. Ver D 22. [\[Regresar\]](#)

344. A fines del s. II aún no existía el símbolo de la fe como tal. Aquí, como en otras «formulaciones trinitarias» de San Ireneo (ver «Trinidad» en el índice analítico), se hallan en semilla los elementos básicos de la confesión de la fe que dio origen al credo (ver poco adelante, IV, 33,15). [\[Regresar\]](#)

345. Está en esta palabra insinuada la original etimología: el *testimonio* de la fe. [\[Regresar\]](#)

346. Ver III, 20,4. [\[Regresar\]](#)

347. Véase la nota de III, 22,4. Aquí se apunta la finalidad del descenso al Hades (como en D 78): si tras su muerte el Hijo hecho carne no hubiese descendido para buscar a la oveja perdida, la Economía de Dios hubiera quedado sin efecto en el Antiguo Testamento, Adán y los justos no habrían sido recapitulados, habría vencido en ellos la serpiente. [\[Regresar\]](#)

348. Es decir, de parte del Demiurgo psíquico (ver III, 5,1; 10,1, etc.). [\[Regresar\]](#)

349. Esto es, Horus. [\[Regresar\]](#)

350. *Authéntia*: el Principio, el Principado o la suprema Potencia. [\[Regresar\]](#)

351. En varias ocasiones San Ireneo compara el Espíritu de Dios con el rocío, la humedad o el agua viva. [\[Regresar\]](#)

352. Imagen muy semejante a la de las dos manos de Dios: indica al Verbo y al Espíritu. Tanto más que, al principio del próximo párrafo (39,3) se refiere a las manos. [\[Regresar\]](#)

353. Ver III, 23,3. [\[Regresar\]](#)

354. En la antigüedad era común llamar «padres» a los maestros. [\[Regresar\]](#)

355. Nótese que atribuye a Jeremías la cita de un Salmo. [\[Regresar\]](#)